

EL SINDICATO DE ROMA

LEONA WHITE

PINTADO EN PECADO

LEONA WHITE

Copyright © 2025 por Leona White

Reservados todos los derechos.

Ninguna parte de este libro puede reproducirse de ninguna forma ni por ningún medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso por escrito del autor, excepto para el uso de citas breves en una reseña de un libro.

❀ Formateado con Vellum

TAMBIÉN POR LEONA WHITE

El Sindicato de Roma Serie

Pintado en Pecado

El Legado de Baranov Serie

Rebelión Vigilada || Rendición Salvaje || Secretos Protegidos || Amor Indomable

La familia Constella Serie

Bajo su Protección || Bajo Su Mirada || Bajo su Control || Bajo Su Abrazo

Los Jefes de la Mafia Serie

El acuerdo irlandés || La Última Vendetta

ÍNDICE

Sinopsis

1. Isabella
2. Victor
3. Isabella
4. Victor
5. Isabella
6. Víctor
7. Isabella
8. Víctor
9. Isabella
10. Victor
11. Isabella
12. Victor
13. Isabella
14. Victor
15. Isabella
16. Victor
17. Isabella
18. Victor
19. Isabella
20. Víctor
21. Isabella
22. Victor
23. Isabella
24. Victor
25. Isabella
26. Victor
27. Isabella
28. Victor
29. Isabella
30. Victor
31. Isabella
32. Epílogo: Víctor

SINOPSIS

Ella es la clave de su venganza. Él es la ruina de su reputación.

Una obra maestra robada. Dos enemigos unidos por secretos.

Y un amor que podría incendiar los bajos fondos de Roma.

Victor Costa nació para tomar el control de la dinastía mafiosa más temida de Roma.

Para lograrlo, necesita un cuadro de valor incalculable y los diamantes escondidos detrás de su marco.

¿El problema?

Solo una mujer en el mundo puede autentificarlo.

Isabella De Luca.

Reconocida comisaria de arte.

Reputación impecable.

La mujer cuyo pasado está ligado a la traición que casi destruye a la familia de Victor.

Él la chantajea para que coopere.

Ella jura que nunca se doblegará.

Pero en un mundo donde el poder seduce y los secretos matan, el deseo es el arma más peligrosa de todas.

Se suponía que ella sería su peón.

Se suponía que él sería su captor.

Entonces, ¿por qué sienten que ambos están perdiendo el control?

Porque cuanto más se acercan,

más difícil resulta discernir quién está utilizando a quién...

y quién será el primero en traicionarlo todo por amor.

La familia Costa tiene una regla: proteger el linaje.

Pero Victor está a punto de romperla...

por la única mujer que nunca debió tocar.

ISABELLA

Las burbujas del champán bailan en mi lengua mientras doy un sorbo largo y lento, dejando que el sabor perdure mientras echo un vistazo alrededor de la galería. Preferiría vino, pero al menos esto reduce la tensión. La amplia sala abierta zumba con el murmullo de la élite romana, visitantes reunidos para ver la colección de pinturas expuestas aquí esta semana, todas auténticas, la mayoría valoradas en cientos de miles. Una en particular, autentificada por mí a principios de esta semana, está valorada en más de trece millones de dólares, el punto focal para muchos de los invitados de esta noche.

—Otro llenazo —dice Paolo, acercándose a mí. Sujeta su copa por la base, agarrándola como si fuera una botella de cerveza. Poco refinado y ligeramente excéntrico, Paolo es lo más parecido que tengo a un amigo cercano aquí en Roma.

—Sí, así es. —Hemos tenido miles de personas desfilando por la galería esta semana, cada una de ellas con afición por algún tipo de arte, la mayoría fascinadas por la brillantez de Rafael con el pincel. Era un genio en el lienzo. En mi opinión, el pináculo de su carrera y vida consiste en estas catorce pinturas yuxtapuestas con artistas que otros pueden considerar muy superiores. Pero él tenía una forma de contar una historia con cada pincelada. Algo a lo que aspiro.

—Es una pena que las tuyas no puedan estar aquí fuera —dice Paolo suavemente, y siento que mis mejillas se sonrojan.

Un invitado que pasa me sonríe y asiente, una forma de distraerme del comentario de Paolo. Él ha visto mi arte, a altas horas de la noche, cuando termino mi trabajo de limpieza, restauración y autentificación de piezas como las que tenemos delante. Para mí, no es nada especial. Para él, debería estar enmarcado y montado junto a los grandes. Me siento halagada de que él lo considere un hecho, pero yo difiero en opinión.

—Bueno —digo, suspirando—, la belleza está en los ojos... —Mi respuesta distraída se apaga mientras mis ojos echan otro vistazo a los espectadores. Van y vienen, entrando y saliendo de la galería, pasando por la colección y dirigiéndose a otras cosas. He debido de ver un millón de personas en este lugar a lo largo de mi vida, pero un hombre en particular en esta noche llama mi atención.

Es alto, con hombros anchos, una chaqueta de traje cara que se tensa sobre su pecho y espalda. Su cabello castaño cálido cae suelto en ondas que casi roban la vista de sus ojos, y una barba incipiente oscurece su mandíbula. Es atractivo, y parece intimidar a los que lo rodean con su presencia. Le dejan mucho espacio, quizás debido a su actitud seria.

—¿Quién es ese? —le pregunto a Paolo, señalando con la cabeza al encantador diablo de hombre. No lleva a ninguna mujer del brazo, ni anillo en el dedo, y sin embargo cautiva la atención de la gente a su alrededor cuando habla, como si estuviera revelando secretos que cada oyente anhela.

—Victor Costa —dice Paolo en voz baja—. Es un coleccionista de arte, tal vez un marchante. No sé mucho sobre él, pero se rumorea que también posee un Rafael. Puede que esté aquí para examinar el resto de la colección.

Ese interesante trozo de información despierta mi curiosidad y satisface una de las preguntas que tengo sobre este encantador

conocedor del arte. Está aquí porque posee uno, lo que significa que entiende el valor y la estima de estas piezas. El tipo de hombre que me gusta entretener, cuya mente no solo está en las cosas simples de este mundo, sino también en las cosas etéreas: la creatividad y la trascendencia más allá de lo que es. Siento como si la gravedad me atrajera hacia él, la intriga me invita a flotar en su dirección.

—No estarás pensando en hablar con él. —El tono de Paolo es desalentador. Estamos aquí para supervisar, responder preguntas y alertar a seguridad si algo parece fuera de lugar. Nico, nuestro jefe y el dueño de la galería, espera la máxima profesionalidad en eventos como este, y ningún tipo de confraternización. Dice que nos distrae de nuestro trabajo.

—No veo ningún daño. —Mis labios se aferran a la copa mientras tomo el último sorbo, luego se la entrego a mi asistente y me aliso el vestido negro de lentejuelas con las manos—. ¿Y si el señor Costa tiene algunas preguntas sobre las pinturas?

Le lanzo una mirada astuta mientras toma mi copa vacía, y me alejo, acercándome al cautivador señor Costa. La suave música que suena desde los altavoces parece una banda sonora para este momento: emotiva, conmovedora, construyendo tensión para la primera interacción que tendré con él. Estudio su lenguaje corporal y postura. Parece tranquilo y relajado, pero siempre serio mientras examina la pintura y habla en voz baja con un hombre que está cerca de él.

Al acercarme, levanta la mirada y su expresión se suaviza. Sigue serio pero ahora más acogedor. Las arrugas junto a sus ojos se relajan. Sus cejas bajan.

—Señorita Isabella De Luca —dice, ofreciéndome su mano, sobre la que coloco mis dedos mientras asiento. Es más atractivo de cerca que desde el otro lado de la galería. Me sorprendo a mí misma lamiéndome inconscientemente el labio mientras lleva mi mano a su boca y presiona un beso en el dorso de mis dedos—. Es un placer

conocerla al fin. He oído cosas increíbles sobre su trabajo. No sabía que estaría aquí esta noche.

Así que me conoce, y ha oído hablar de mi trabajo, probablemente por la autentificación de estas pinturas. Ha sido mi pasión desde la universidad, algo para lo que he viajado por todo el mundo más de una docena de veces para aprender y perfeccionar mis habilidades. Sonrío suavemente mientras retiro mi mano de su agarre, pero tomo nota mental de lo suaves que son sus manos: las manos de un hombre que nunca ha visto un día de trabajo duro en su vida.

—¿El señor Costa, supongo? —Mis cejas se arquean mientras él asiente una vez.

—Esta colección es exquisita, pero nada comparada con la belleza voraz que tengo delante —Los ojos de Costa recorren mi cuerpo de la cabeza a los pies y de vuelta—. La mujer que demuestra que el arte es arte en sí misma —Mis mejillas arden aún más, mi interior se inunda de calor mientras él bate sus pestañas hacia mí—. Rocco, una bebida, por favor —dice, agitando su mano, y el hombre a su lado se esfuma.

—¿Está disfrutando de las obras de arte esta noche? —pregunto, sintiéndome de repente menos segura sin su amigo como intermediario. El Patek Philippe en su brazo, el Kiton que viste... el señor Costa no es solo rico. Es la personificación de la riqueza, algo que yo definitivamente no soy. Solo el traje tiene que costar unos treinta mil euros.

—De repente, estoy disfrutando de algo mucho más interesante — Costa da un paso hacia mí y, aunque su expresión permanece estoica, hay un cambio en sus ojos, en la forma en que me devora, observando cómo mi lengua vuelve a deslizarse sobre mi labio inferior.

—¿Tiene alguna pregunta? —Mi mirada se desvía, buscando a Paolo, pero se ha ido, seguramente a atender a algún visitante exigente, supongo. Ahora estoy a solas con Costa, al menos físicamente. Las

cámaras cubren casi el cien por cien de la sala de la galería. El equipo de seguridad puede verme, pero los ojos indiscretos de Paolo no están aquí para juzgar mis acciones.

—Tengo solo una —dice, y como por arte de magia, su amigo aparece con dos copas de champán. Víctor las toma y me ofrece una con naturalidad—. ¿Bebe conmigo? —pregunta.

Una sonrisa se dibuja en mis labios mientras acepto la invitación y la copa. El señor Costa se acerca a mí, deslizando su palma en mi espalda baja mientras comienza a caminar, y yo me acompaso a sus pasos mientras bebo el champán.

—Entonces, ¿usted es la responsable de autenticar todas estas obras? —El calor de su mano penetra a través de la tela de mi vestido hasta mi piel. No es incómodo, y no me desagrada en absoluto. Tiene esta forma de tomar el control sobre mí, maniobrándonos de una pintura a otra.

—Así es. He dedicado toda mi carrera hasta ahora a estudiar las obras de Rafael, viajando a varias galerías y a su casa natal en Urbino, vi sus obras en el Vaticano. Según muchos, soy la mayor autoridad mundial en su vida y obras —Mi confianza en este tema nunca ha flaqueado. Creo que conozco a Rafael mejor de lo que él se conocía a sí mismo. Podría detectar una falsificación a kilómetros de distancia.

—Bien, bien... —Su barbilla se inclina hacia arriba, y lleva su bebida a los labios para tragarla de un solo sorbo, luego la coloca en la bandeja de un camarero que pasa—. Debo admitir que nunca he conocido a una autenticadora de arte tan encantadora como usted —Me guía más profundamente en la galería, a través del laberinto serpenteante de exhibiciones y paredes. Camino con él sin vacilación. Este es mi hogar, donde paso el setenta por ciento de mi tiempo y casi todas mis horas de vigilia.

—¿Está interesado en las pinturas o en mí? —pregunto en tono de broma. El señor Costa esboza la primera sonrisa que le he visto, una

señal de que no es solo negocios.

—Me ha pillado —Sus ojos se encuentran con los míos mientras me guía alrededor de una esquina para ver una escultura que se cree que es del primer siglo en Grecia. Es una pieza única que admiro, y también adoro la ubicación, escondida en uno de los únicos puntos ciegos de este museo. Encuentro consuelo aquí durante mis horas de trabajo cuando quiero un lugar para pensar sin que los ojos de Nico o Paolo me estén observando.

—¿De verdad? —pregunto, volviéndome para mirarlo. Es un hombre encantador, pero estar fuera de la vista del público es un poco incómodo. No puede hacerme nada aquí, y no temo que lo haga, pero si Nico descubre que no estoy siguiendo sus reglas, no dejaré de oírlo.

—Sí —dice Víctor, tomando mi copa. La coloca en el soporte junto a la escultura antes de tomar mi mano y llevarla nuevamente a sus labios. Nunca he conocido a un hombre tan directo sobre sus intenciones, y no es desagradable. Mi vientre chisporrotea con excitación mientras él besa mi brazo interior hasta el codo, luego me mira mientras coloca mi brazo sobre su hombro—. ¿Le apetece compartir un baile?

La música es un vals, *Valse Triste*, y antes de que pueda consentir, me atrae hacia él y estamos bailando. Es elegante, gentil, y sigo su guía mientras me hace girar. Sin duda, la cámara capta el vuelo de la falda de mi vestido cuando gira al hacerme dar vueltas. Me siento ligera como el aire, y él me atrae de nuevo contra su cuerpo, esta vez presionando con fuerza su mano en mi espalda para que estemos unidos desde los hombros hasta las rodillas. Hay un bulto duro que roza mi muslo, y me estremezco ante su excitación.

—Señor Costa, estoy trabajando —digo, sintiéndome agitada pero atraída—. Y el señor Giani...

—Giani no te echará de menos ni un momento —La mano de Costa se desliza sobre la curva de mi trasero y aprieta mientras me fuerza

a acercarme más. Sus labios están lo suficientemente cerca de los míos como para robarme un beso, pero sus ojos estudian mi rostro en su lugar—. ¿Estás diciendo que te sientes incómoda conmigo?

—En absoluto —ofrezco rápidamente. Maldita sea, quiero que me bese. Quiero que haga más que besarme. Es tan sexy, la forma en que toma el control, la manera en que hace saber lo que quiere.

—Bien, entonces no te importará que te mantenga aquí un momento más —Los labios de Víctor rozan los míos, y estoy deshecha. No puedo respirar. No puedo pensar.

Soy una artista con dificultades que creció en los barrios bajos de Florencia y me pagué la escuela de arte trabajando como barista y vendiendo mis pinturas para ganarme la vida y sobrevivir hasta que Nico me ofreció este trabajo. Un hombre como este podría tener a cualquier mujer que deseara, y ha puesto su diana en mí. Demonios, no, no me siento incómoda aquí.

—Si lo desea —le digo, sin estar segura de cómo responder. Siento su mano alcanzar entre nuestros cuerpos, pensando que se está preparando para tocarme en lugares que harán que mi cuerpo vibre de placer, y justo cuando dejo que mis ojos se cierren con la esperanza de que sus labios acaricien los míos nuevamente, suena la alarma de la galería.

Mis ojos se abren de golpe y mis manos se elevan hasta su pecho, extendiéndose allí. Me aparto. Tengo que ir a averiguar qué está pasando, pero la mano de Costa es más fuerte, sujetándome a su pecho. Lucho, entrecierro los ojos, sintiéndome frenética.

—¿Qué está pasando? Oh, Dios mío, suélteme.

La dureza entre nosotros ha desaparecido, ahora solo está su cuerpo contra el mío, y estoy confundida mientras algo frío presiona contra mis costillas. —Señorita De Luca, voy a necesitar que permanezca muy tranquila —Costa tiene una pistola clavada en mi costado, sus ojos oscuros de nuevo—. Y le voy a pedir que no grite.

—Oh, Dios —murmuro, tragándome cada gota de vergüenza que me inunda. Soy una idiota. No hay ninguna buena razón en la tierra de Dios para que este hombre me desee jamás, y aquí estoy en un punto ciego de las cámaras en esta galería en una noche en que tenemos obras de arte valoradas en millones de euros en exhibición. Nico va a matarme.

—Dios no tiene nada que ver con esto, cariño. Pero sería un pecado si no intentara al menos explicártelo... —Sonríe con sorna y me hunde más la pistola en el costado. Oigo gritos y jadeos. Los de seguridad están dando voces. Escucho la voz de Paolo pidiendo a la gente que mantenga la calma, y no puedo apartar la mirada de los ojos posesivos de este demonio. Siguen captando toda mi atención.

—Verás, ahora mismo, alguien está intentando robar una de esas hermosas pinturas que hay expuestas en la galería. Tienen huellas dactilares de silicona sacadas de la copa de champán que has bebido antes esta noche, y si no haces exactamente lo que te digo, se asegurarán de que seas tú quien cargue con la culpa de este intento de robo.

El estómago se me revuelve. La bilis me sube a la garganta e intento apartarme de él otra vez. —No puedes hacer esto. Perderé mi trabajo. Lo perderé todo. —¿Quién se cree que es este hombre? ¿Y por qué está haciendo esto?

—Ahora trabajas para mí, cariño. Dejémoslo claro. —Se inclina y deja que la punta de su nariz recorra el lateral de mi cuello, aspirándome con una profunda inhalación. Luego me susurra al oído —: Y el trabajo que necesito que hagas para mí es lo más importante que harás jamás. ¿Lo entiendes?

Con la pistola en mi costado y su fuerte brazo sujetándome, no tengo más remedio que asentir. Estoy gimoteando, muerta de miedo, pero asiento.

—Bien. Ahora, bailemos —dice, y me hace girar mientras el corazón me late con fuerza en el pecho. ¿Quién es Victor Costa y por qué no

podía simplemente pedirme que trabajara para él de forma educada, sin pistolas ni amenazas? ¿Y por qué querría incriminarme en un robo de arte?

No tengo buenas sensaciones sobre esto en absoluto.

VICTOR

El restaurante bulle de actividad esta noche a pesar de la hora tardía, con el murmullo bajo de voces mezclándose con el tintineo de platos y copas. El aire huele a ajo y carne asada, denso por el calor de las ricas salsas y el pan recién horneado. Nuestra mesa está ubicada en la esquina, sombreada por una gran columna de mármol, ofreciendo la privacidad justa para una conversación que es cualquier cosa menos casual.

Mi padre se sienta frente a mí, el hombre que lo ha hecho todo posible, que ha moldeado todo lo que soy. Su presencia se cierne sobre todo, incluso cuando está en silencio. Tan solo pronunciar su nombre es entender el miedo para la mayoría de la gente en Roma. A su derecha está el intermediario, un hombre con cara delgada y manos nerviosas, escaneando constantemente la sala como una rata en una trampa.

—El trato es bueno, señor Costa —Sus manos tiemblan mientras mete el lienzo enrollado en el largo tubo de plástico y lucha por colocar la tapa. La correa de tela para colgarlo del hombro resulta discreta para una obra tan cara, pero si hubiera sido uno de los Rafaeles, habría insistido en algo más adecuado. Este hombre sabe lo que hace, sin embargo.

—Muy bien, entonces —dice mi padre. Sus dedos se curvan alrededor de la copa frente a él y bebe profundamente del vino tinto

oscuro que hemos estado disfrutando. Nuestra comida está casi terminada, solo quedan algunos asuntos por resolver. Como el pago.

—Sabe que la Interpol ha estado vigilando ese cuadro. —Incluso el intermediario no se atreve a mencionar el Rafael que tenemos escondido en la trastienda de este restaurante. Lo llama "ese cuadro" como si estuviera enfermo o llevara algún tipo de maldición, pero es una reliquia familiar que, de ser auténtica, restaurará cierto estatus jerárquico al apellido Costa, robado de nosotros hace años.

—"Ese cuadro" vale más que tu aliento, Antony, así que cierra el pico. —Entrecierro los ojos ante él y su presunción de que puede hablar con tanta familiaridad. Le sobresalta, y se aferra al Pollock robado como si fuera un salvavidas.

Las yemas de los dedos de mi padre se levantan de la mesa en un gesto destinado a calmarme, y me relajo de nuevo en el reservado detrás del pilar de mármol y le permito hablar.

—Estoy seguro de que tienes el oído pegado al suelo, Antony. Dinos, ¿qué está buscando exactamente la Interpol? —Sus dedos forman un campanario y se inclina sobre la mesa. El intermediario me mira nerviosamente, prefiriendo hablar con mi padre en lugar de conmigo, lo cual me resulta cómico. Emilio Costa es el criminal más peligroso de Roma. Yo solo soy su protegido, su hijo.

—Cada importación y exportación —murmura, lanzándome miradas furtivas cada pocos segundos—, están cazando el Rafael desaparecido para enviarlo al museo. Y no se andan con tonterías. Es el más famoso que existe. Si supieran que lo tenéis...

Sus dedos se alzan de nuevo, esta vez hacia el intermediario, cuya nuez sube y baja con fuerza. —Gracias por reunirte con nosotros —le dice mi padre, y luego frota su pulgar y dedos juntos en un movimiento circular.

El intermediario mete la mano en el bolsillo interior de su abrigo y extrae un gran sobre blanco, grueso y lleno de dinero, que golpea

sobre la mesa mientras se levanta. —Solo es una advertencia justa. No queréis que se os echen encima. No puedo moverlo hasta que se despeje el humo, así que el pago es menor.

La trampa, sin embargo, ya está tendida. El trabajo de Rocco está hecho. Se hizo hace tres noches cuando el Pollock fue levantado y reemplazado por una falsificación, y las huellas dactilares de Isabella De Luca están por todas partes, en la vitrina, el cristal y el marco falso. Cuando este Pollock auténtico salga a la luz, decidiré si tenemos la intención de continuar con el montaje o no. Hasta ahora, ella ha accedido a ayudar.

—Un placer hacer negocios contigo. Ahora lárgate de aquí —gruño, y el hombre sale corriendo como si le persiguiera un gato. Me vuelvo hacia mi padre, que hojea el sobre como si estuviera contando el dinero, y le pregunto—: ¿Todavía quieres ver el cuadro?

He estado en posesión del Rafael perdido durante unos días, manteniéndolo bajo llave y fuera de la vista aquí en el restaurante administrado por mi familia. Ha estado pidiendo verlo y su hermoso marco dorado desde el momento en que interceptamos su movimiento a través del Mediterráneo el mes pasado. Cuando fue robado de nuestra familia hace siglos, desapareció, luego resurgió algunas veces a lo largo de los años. Ahora que está en nuestro poder, tengo la intención de demostrar que es auténtico, y para eso, necesito a Isabella.

Mi padre se levanta, metiendo el sobre de dinero en el bolsillo interior de su chaqueta, y asiente. Dejamos el reservado para que lo limpie el personal y lo guío a través del comedor hacia la cocina.

Hay gente por todas partes moviéndose de un lado a otro, llevando bandejas de bebidas, platos de comida y vajilla sucia para ser raspada y lavada. El chef grita algunas órdenes y la gente se dispersa para atenderlas, y pasamos por la parte principal de la cocina hacia la parte trasera, más allá del área de refrigeración y hasta la zona de almacenamiento. Una puerta muy discreta es mi

objetivo, custodiada por mi querido amigo Rocco, que ayudó con el robo del Pollock hace solo unos días.

Le hago un gesto con la cabeza y él se hace a un lado, abriéndonos la puerta. Mi padre me sigue mientras entro en la habitación y enciendo la luz que cuelga sobre el cuadro. Está colocado en un caballete con un gran mantel verde oscuro cubriéndolo para proteger el lienzo y el marco de acumular polvo.

—Bueno, veámoslo, Víctor. No tengo todo el día. —Se ajusta la corbata y junta las manos frente a él mientras espera a que yo retire el paño, y así lo hago, despegándolo con cuidado para no estropear el cuadro o volcarlo. En su marco, pesa cerca de treinta y cinco kilos, con el oro espolvoreado sobre la vieja y robusta madera y el grueso lienzo utilizado por Rafael siglos atrás, muy pesado para su época.

—Magnífico —suspira, y acto seguido mete la mano en el bolsillo, saca una pequeña navaja plegable y la abre—. El Rafael perdido.

—Sí, La Última Cena de San Francisco —le digo, admirando la atención al detalle que Rafael puso en el cuadro. Reflejando La Última Cena de Cristo, la escena está ambientada con una mesa y copas de vino, hombres dispersos vistiendo túnicas, calvos. Es espectacular, los colores, cada pincelada. No tengo ninguna duda de que es el que estamos buscando, pero la opinión experta de Isabella sellará el trato para nosotros.

—Es hora de que lo comprobemos de una vez por todas —dice mi padre, acercándose al lienzo con su navaja en mano. Nunca suelo corregir a mi padre ni interponerme en su camino, pero salto entre él y el cuadro con los brazos extendidos, completamente impactado por lo que está haciendo.

—¿Qué demonios crees que estás haciendo? ¡Ese cuadro vale millones! —Por poco me gano una bofetada. Puedo ver la molestia en su rostro mientras se endereza y retrocede.

—No es el cuadro lo que vale algo, hijo. —Mira más allá de mí, entornando los ojos hacia el rostro de San Francisco, que nos observa desde la obra con puro juicio. ¿Qué hombre en su sano juicio cortaría un Rafael auténtico por cualquier motivo?

—¿Así que vas a rebanar una obra de arte de cientos de años? —Me burlo y me río, pero luego me doy cuenta de que habla en serio.

Me aparta a un lado, después se inclina hacia el cuadro, pero veo que no es el arte lo que está observando. Es el marco. Entrecierra los ojos y presiona la punta de la navaja en la esquina de la madera, concentrándose cuidadosamente mientras arranca una astilla tan diminuta del marco que nadie la notaría. Luego la pone en su lengua y la saborea antes de cerrar la navaja.

—Esta experta tuya, ¿puede decir si es el marco original? —Pasa una mano por las curvas de la madera tallada con ornamentos. Dudo que Rafael hiciera el tallado, probablemente fue algún enmarcador común de la época quien lo hizo. Pero él parece muy interesado en ello, demasiado interesado.

—Dudo que tenga algún valor, pero estoy seguro de que puede decirme si al menos es de la época. —Niego con la cabeza y me hago a un lado mientras él continúa ignorando por completo la increíble obra de arte alojada dentro del marco y estudia el marco en sí. Sus dedos recorren las líneas, sus pulgares hurgan en cada grieta y hendidura. Incluso camina por detrás y despega el papel utilizado para proteger la parte trasera del cuadro, rompiéndolo y arrojándolo al suelo.

—Dios mío, ¿qué tiene de fascinante el marco? Estás mirando un Rafael auténtico, papá. —Me paso una mano por el pelo y luego me meto un dedo en la boca y me muerdo el nudillo. Va a destruirlo antes de que Isabella pueda siquiera echarle un vistazo. No valdrá nada.

—Lo entenderás a su debido tiempo, hijo. Ahora... —Finalmente, deja de torturarme y se gira para encontrarse con mi mirada—.

¿Esta especialista en arte tuya cuidará bien de mi cuadro? —Escupe la astilla de madera y se mete las manos en los bolsillos, y yo suspiro aliviado. Cuanto antes lo aleje de él y lo ponga en manos de Isabella, mejor.

—Con suerte, hará más que eso. Si es real y es el que se ha perdido, la autentificación demostrará que nos pertenece. —En mi mente, eso significa un vínculo con nuestro legado, mi tatarabuelo descansará más tranquilo en su tumba, y mi familia tomará posesión del único Rafael que el mundo nunca ha visto. Solo eso ya significará algo, pero el legado que hay detrás catapultará nuestro nombre a la vanguardia de todas las autoridades artísticas del mundo.

—Y la fortuna también será nuestra... —Los ojos de mi padre brillan con orgullo y codicia, algo que estoy acostumbrado a ver.

Ahora, solo tenemos que autentificarlo, y mostraremos al mundo que los Costa están en el juego.

ISABELLA

Esta galería se utiliza para muchas cosas: clases de arte, restauración de obras antiguas, autenticación de piezas históricas... pero no para actividades delictivas. Me encuentro junto a Paolo en mi estación de trabajo en la parte trasera de la galería, donde unas paredes de cristal reforzado separan mi espacio del resto del estudio. El aire está climatizado, con la humedad perfecta para trabajar con lienzos antiguos y pinturas al óleo, y se mantiene limpio también, esterilizado por múltiples filtros y sistemas de filtración para mantener el aire puro y sin esporas de hongos. No corremos riesgos por aquí, no cuando trabajamos con cuadros tan antiguos como los Rafael que hemos tenido expuestos.

La galería está en silencio ahora, las pinturas guardadas en la cámara acorazada que cuenta con el mismo control de clima y humedad, y estoy esperando a que el señor Costa traiga su cuadro. No soy tonta. He investigado sobre él desde la semana pasada, cuando me coaccionó de forma desagradable para que aceptara trabajar para él. Hasta que lo conocí, no tenía ni idea de que el apellido Costa estaba vinculado al crimen internacional, al tráfico de drogas y, aparentemente ahora, al robo de arte. Si lo hubiera sabido, Paolo habría sido quien lo atendiera durante la exposición.

Nico lleva un rato hablando con el señor Costa, discutiendo el acuerdo. Estoy segura de que su arma está guardada en algún sitio, no exhibida y clavada en las costillas del propietario de la galería

como hizo conmigo. Cuando mencionó que trabajara para él, no tenía ni idea de lo que implicaría. Aquel baile que compartimos después de ese momento, mientras Paolo y el equipo de seguridad aseguraban el edificio y descubrían que no se había tocado nada —era una falsa alarma— me iluminó considerablemente.

Si el cuadro que el señor Costa me trae para autenticar es verdaderamente el Rafael perdido, no tendré más remedio que llamar a las autoridades. Con arma o sin ella, no pienso volver a meterme en ese lío. Mi ex casi me hunde a mí y a mi carrera en un plan de falsificación, y que me condenen si voy a dejarme sobornar, chantajear o forzar a hacer cosas ilegales otra vez.

—Ya está aquí —susurra Paolo, y mi atención se dirige hacia la puerta exterior, donde la galería da paso al estudio.

Las luces están tenues, pero puedo ver el gran cuadro que transportan dos hombres de pecho robusto. Lo sostienen horizontalmente, cubierto con un grueso paño verde, y lo maniobran cuidadosamente entre los caballetes y mesas preparados para las clases de arte que ofrecemos cada tarde. A su alrededor caminan cuatro hombres, todos portando un arma grande en la mano, vestidos con camisetas negras y vaqueros, luciendo gafas de sol como un auténtico sindicato criminal.

Pongo los ojos en blanco, pero sus medidas de seguridad no son injustificadas. Si alguien como mi ex se enterara de que esta pintura está aquí, no esperarían menos. El Rafael perdido está valorado en más de trece millones. Nadie lo ha visto nunca, aunque se rumorea que es una de sus mejores creaciones, encargada por un granjero para el cumpleaños de su esposa hace más de quinientos años.

—Mira qué músculos —murmura Paolo, y percibo el tono de admiración en su voz mientras contempla a los hombres de pecho ancho con bíceps tan gruesos como mis muslos. No estoy impresionada, ni siquiera cuando veo al propio Víctor Costa entrar en el estudio portando su propia arma. Al menos tiene el sentido común

de llevarla con una correa colgada sobre su hombro, no apuntando al aire descuidadamente.

—Controla tus impulsos, Paolo —le digo, conteniendo una sonrisa mientras atraviesan la puerta de cristal hacia el espacio de trabajo y entran. Me pongo un poco más erguida, preguntándome cómo Costa convenció a Nico para permitirme autenticar esta pintura en la galería o qué tipo de acuerdo han alcanzado. Supongo que exigirá mantenerla expuesta aquí durante un tiempo. Eso puede ser difícil, dado mi plan.

—Señorita De Luca, quiero presentarle al señor Víctor Costa. —El señor Giani hace un gesto amplio y señala al adinerado hombre que, según he descubierto, es un delincuente involucrado en lo que creo que es robo de arte y posiblemente otros delitos de guante blanco. Quizás algunos crímenes más siniestros también.

—Ya nos conocemos —digo, extendiendo mi mano de manera profesional. Víctor toma mi mano con suavidad, llevándola nuevamente a sus labios para besar mis dedos delicadamente, lo que me hace sonrojar. Maldita sea, odio lo atractivo que es. Hace que sea tan doloroso saber lo que tengo que hacer para asegurar esta pintura si resulta ser auténtica. Aprendí la lección con Nicola. No volveré a meterme en la cama con alguien así.

—Encantado de verte de nuevo, Bella —murmura Costa, con ojos oscuros y seductores como lo estaban la otra noche.

Retiro mi mano y asiento hacia la mesa de trabajo donde los hombres están colocando el cuadro. Parece pesado. Probablemente necesitaré la ayuda de Paolo para manipular esta cosa cuando me ponga con ello. Las pinturas antiguas como esta suelen pesar entre treinta y cincuenta libras cada una, y dado el tamaño de esta, diría que está en el extremo más pesado.

—¿Puedo verla? —digo con curiosidad. Mis ojos se dirigen hacia los de Víctor. Él hace un gesto con la cabeza a sus hombres, que

desdoblan cuidadosamente el paño verde, que ahora puedo ver que es un mantel, utilizado para cubrir la pintura.

En cuanto mis ojos se posan sobre la imagen, sé que es auténtica. Llevo suficiente tiempo haciendo esto como para reconocer la obra de Rafael. Es como una huella dactilar. Casi puedo distinguir cuáles eran sus pinceles favoritos, qué pinturas estaba realizando al mismo tiempo basándome en la forma y profundidad de la pintura sobre el lienzo. Es fascinante, y voy a disfrutar mucho reimaginando cómo cada toque de pintura cayó sobre este lienzo para crear esta obra de arte.

—Bien, ¿qué te parece? —pregunta Costa. Veo a Paolo por el rabillo del ojo con su monóculo de aumento contra el ojo, estirando el cuello para ver más de cerca. Le estoy enseñando lo que sé, y aprende rápido. Incluso él probablemente puede decir que esto es auténtico, pero no lo revelaré todavía.

—Es definitivamente el estilo de Rafael, pero no puedo asegurarlo ahora mismo. —Apartar la mirada de la imagen es doloroso, pero ofrezco una sonrisa firme aunque forzada a Costa y luego a mi jefe —. Tardaré aproximadamente una semana en evaluar esta pintura. Tengo que tomar una muestra de la pintura... no os preocupéis, no dañará el cuadro ni su valor. Y luego analizaré el marco, y tomaré un hilo de este lienzo para hacer también una datación por carbono. Podré deciros no solo si Rafael pintó esto, sino definitivamente en qué año aproximado y en qué región de Italia se encontraba cuando fue pintado. —Junto las manos para no verme obligada a tocarle de nuevo, y le miro a los ojos.

El fuego que veo allí, una chispa de deseo e intriga, coincide con el mío. Cómo un hombre como este ha llegado a poseer una obra tan rara está fuera de mi comprensión. Con toda seguridad lo ha conseguido ilegalmente, lo que me hace estar más convencida de que mi plan debe prevalecer. Es diabólicamente atractivo, sin embargo, y ese detalle es una distracción que hace que mi corazón y mi estómago se sientan alterados y confundidos.

—Confío en su experiencia —dice Costa, asintiendo hacia mí. Si tan solo sonriera, destruiría cualquier sentido de rectitud moral que mantengo. Afortunadamente para mí, es un hombre demasiado serio —al menos cuando se trata de esta pintura— para ofrecerme ese privilegio, y me ahorro el pecado que podría cometer si ocurriera—. Señor Giani, lo dejo en manos de sus muy capaces empleados. —Se gira hacia mí—. Señorita De Luca, ha sido un placer.

Paolo y yo permanecemos hombro con hombro observando cómo se marchan. La puerta se cierra, y no muevo un músculo hasta que están en la galería exterior, fuera de la vista de mi absolutamente impactado cuerpo. Entonces mis manos vuelan a mi boca y la cubro, con los ojos muy abiertos mientras me vuelvo hacia Paolo.

—¿Es auténtico? —pregunta en un susurro.

—De buena fe —digo detrás de mis manos.

—¿Qué vas a hacer?

Ya he puesto a Paolo al tanto del secreto. Si esta cosa es auténtica, Costa no la recuperará. Ambos sabemos que es el hijo de uno de los jefes de la mafia más poderosos de Roma. No hay razón legítima para que ellos tengan esto.

Miro fijamente el cuadro y bajo las manos, exhalando lentamente mientras me apoyo en el borde de la mesa de mármol y dejo caer mi cabeza.

—Voy a hacer lo único que puedo. Voy a crear una falsificación, reemplazarla en este marco, ocultarla, y enviar la pintura auténtica a Interpol donde pertenece. Ellos sabrán cómo encontrar al verdadero propietario, y estará a salvo de Costa y sus matones. —Los pelos de mi nuca se erizan al darme cuenta de en qué me estoy metiendo. Puede que Nicola ya haya arruinado mi credibilidad en ciertos círculos, pero si dejo que este Rafael auténtico vuelva a manos de la mafia, nunca me tomarán en serio de nuevo.

—Voy a lavarme las manos y a empezar —dice Paolo, dándome un apretón en la muñeca. Sale, dirigiéndose a la estación de lavado para prepararse para nuestro examen inicial antes de comenzar a limpiar la pintura, y yo meto la mano en mi bolsillo para sacar mi teléfono.

Suena solo una vez antes de que mi contacto responda, diciendo:

—Matthias Winslow, ¿quién es?

—Matty, soy yo, Isabella. —Me muerdo el labio y miro nerviosa hacia donde se fue Paolo—. No vas a creer esto.

—Bella —arrulla suavemente—. Ha pasado tanto tiempo. ¿Cómo estás?

Su genuina preocupación me tranquiliza. Cuando las cosas con Nicola se torcieron, fue solo este hombre quien protegió mi reputación de ser destruida. Su trabajo en Interpol para detener a los ladrones de arte que contrabandeaban obras invaluables de país a país es la razón por la que lo estoy llamando.

—Estoy bien. Escucha, tengo algo que necesito discutir contigo. Implica un Rafael muy raro y a Victor Costa. ¿Tienes tiempo para reunirte conmigo? —Mis manos están temblando solo de pensar en lo que podría tener que hacer para asegurar esta pintura. Hombres como Nicola son bastante aterradores. Hombres como Costa son mortales.

—Sí, lo tengo. Costa... ese es un nombre que da miedo en Italia. ¿Estás bien? —Su tono adquiere un filo, y me estremezco al pensar en lo que sabe, cosas que quizás no quiera escuchar o perderé el valor.

—Estoy bien. Solo necesito tu ayuda, y no quiero hablar de ello por teléfono. —Inhalo y exhalo mientras él continúa.

—He estado preocupado. Iba a llamarte de todos modos. Parece que Nicola está fuera. Sobrepoblación carcelaria... Está buscando

venganza, Bella, y no está bromeando. —Matthias suena tan preocupado como dice estar. Justo lo que necesitaba también... mi ex, que casi me llevó a prisión con él, ahora me está persiguiendo por venganza...

—Ven tan pronto como puedas. —Veo a Paolo venir, y no quiero que sepa lo asustada que estoy—. Tengo que irme —le digo a Matthias, y cuelgo antes de que Paolo entre.

Ahora, si puedo evitar que mis manos tiemblen, podré hacer una copia de esto, una réplica exacta que nadie notará a menos que contraten a un tasador o autentificador de arte diferente. Y rezo para que mi plan funcione o estaré en una situación peor que en la que puse a Nicola la última vez que hice esto.

VICTOR

Mis codos descansan sobre el fieltro, con las cartas desplegadas en mis manos mientras observo lo que sucede a mi alrededor en la mesa. Con Rocco a mi derecha y algunos pardillos que él ha traído para completar nuestra partida, llevo horas bebiendo y apostando. La música del club golpea rítmicamente contra mi pecho, del mismo modo que las manos de las preciosas mujeres que me adulan acarician mi espalda y hombros.

—Voy —digo, recostándome en el asiento y dejando que el juego siga su curso.

Esto solía ser lo mío, jugar al póker y quitarle dinero a hombres adinerados que creen que pueden superarme. Rodeado de mujeres hermosas que suplican ser la elegida en mi cama esa noche y disfrutando cada segundo. No esta noche. Estoy aburrido, pasando el tiempo solo por tener algo que hacer.

La rubia que ronda a mi lado ahora me acaricia el pecho en círculos, inclinándose de vez en cuando para presionar sus tetas contra mi hombro y susurrarme al oído. Está bien, el tipo de mujer para follar y olvidar, pero no hay mucho que admirar de los hombros hacia arriba. Sus susurros de ánimo me irritan más que otra cosa.

—Oye, cariño —le digo mientras el crupier reparte otra ronda de cartas—, ve a buscarme otro bourbon, solo. —Le guiño un ojo y sé que saldrá corriendo a cumplir mi petición, dejándome tranquilo

unos minutos. Su vacante es ocupada inmediatamente por la siguiente facilona, y habrá otra aquí si también envío a esta a hacer algún recado.

—Me retiro —gruñe Rocco, dejando sus cartas sobre la mesa y asumiendo sus pérdidas—. ¿Qué te pasa esta noche, tío? Las estás despachando como si fuesen moscas. —Se ríe y hace un gesto hacia la voluptuosa belleza que ahora cuelga de mis hombros como una bufanda barata.

—Meh... Tengo el ojo puesto en otra persona. —Apartando a la actual adorno de brazo, observo a otras que rondan alrededor de la mesa. Cinco hombres sentados aquí y ni una sola de estas mujeres parece importarle un comino ninguno de ellos excepto yo.

—¿La chica del arte? —pregunta, burlándose. Su cabeza se sacude como un muñeco de resorte en el salpicadero mientras se pasa una mano por el pelo. Las mujeres parecen molestas por mi comentario y el suyo, aunque no se retiran de sus posiciones. Al menos la morena que está encima de mí me da espacio para moverme mientras me inclino hacia delante y muestro mis cartas. Escalera grande: mano ganadora.

—Sí, la chica del arte. —Extiendo los brazos para recoger mis ganancias, las acerco a mi pecho y levanto la mano—. ¡Una ronda de copas invito yo! —anuncio, recibiendo gritos de celebración y aplausos—. Reparte —le digo al crupier y me giro hacia Rocco mientras barajan la baraja—. ¿Tienes algún problema con eso?

—Qué va, tío, solo digo que no es propio de ti rechazar a bellezas como estas. —Rocco agarra a la morena que está a mi lado y la sienta en su regazo. Ella se ríe y le rodea los anchos hombros con los brazos mientras se acomoda sobre él, que la sujeta con sus brazos—. Puedes tener a cualquier mujer de este club esta noche, ¿y te estás conteniendo por una tasadora de arte? No parece el tipo de chica arriesgada, tío.

Pongo los ojos en blanco ante su ignorancia y dirijo mi atención a la mesa donde recojo mis cartas. —Y cojo a esa —lanzo una mirada a la mujer en su regazo, y luego a las que están de pie alrededor de la mesa—, y ella saca el condón de la basura para inseminarse a sí misma, solo para quedarse embarazada y decirle a mi padre que va a tener otro heredero. ¿Qué pasaría entonces?

No es la primera vez que hago esta observación. Veo el asco en sus ojos, pero conozco a las de su tipo sin siquiera saber su nombre. Debe de ser la cabecilla, porque se levanta y chasquea los dedos, y al instante, las cinco mujeres que pululan alrededor nos abandonan la mesa con miradas de desprecio.

—Vaya, qué duro. —Rocco se ríe y las observa, estirando el cuello hacia un lado para echarles un vistazo.

—Créeme, te estoy salvando, pedazo de imbécil. ¿Quieres ser el padre del hijo de alguna zorra? —Levanto las cejas hacia él, doy un golpecito con mis cartas en la mesa y empujo algunas fichas hacia el centro mientras Rocco toma sus cartas.

—Solo digo, ¿esa mujer de la galería merece que arruines tu diversión por esta noche? Ni siquiera vas a conseguir un polvo. —Rocco hace una mueca a sus cartas antes de juntarlas y sujetarlas con fuerza.

Me sorprendo a mí mismo mientras pienso las palabras antes de decirlas, pero suenan verdaderas cuando las pronuncio. —Hay más en una mujer que su coño, Rocco. Es inteligente y aguda como una navaja. Puedo follarme a cualquier puta de dos duros cualquier día, pero ir a por una presa como esa requiere paciencia y práctica. —El crupier reparte las cartas y yo vuelvo a hablar, deslizando más fichas hacia el centro de la mesa. Es una buena mano, pero acabaré retirándome antes de que termine la apuesta.

—¿Y cómo reaccionará Papà a eso? ¿Haciendo carantoñas a una femme fatale conocida por falsificar arte? —Rocco revela un poco más sobre la vida de Isabella de lo que me gustaría que revelase en

compañía mixta, pero muchas mujeres podrían encajar aún en esa descripción. Además, su turbio pasado es la menor de mis preocupaciones. He matado a hombres con mis propias manos. Falsificar un cuadro o dos no parece algo que cambie la vida. Aunque es arriesgado, considerando lo que le estoy pagando para que haga por mí.

—Deja a mi padre fuera de esto —gruño, golpeando con los nudillos sobre el fieltro. La rubia regresa con mi bebida en la mano y la coloca junto a mí. Sus esbeltos dedos se entrelazan en mi pelo y se inclina para susurrarme al oído.

—Señor Costa, le he traído su bebida y esperaba que pudiéramos terminar esta partida e ir a un lugar más privado. —Sus tetas me rozan el hombro, sus labios casi tocándome el lóbulo de la oreja. La atención en cualquier otra noche le habría ganado un sitio en mi regazo, pero prefiero perseguir la atención de la mujer más intrigante que he conocido en años.

Cuando llega mi turno, junto mis cartas y niego con la cabeza, arrugando la nariz mientras dejo el montón sobre el fieltro y me giro hacia la belleza tetona que piensa que su favor de servirme una copa va a ganarle un hueco en mi almohada.

—¿Qué tal si —le digo, sonando seductoramente listo para follar aquí mismo—, te pones a cuatro patas y te arrastras bajo esta mesa por mí... Sé una buena chica, y a quien tenga la polla fuera, se la chupas. Pero mantén tus tetas lejos de mi hombro y tus zarpas fuera de mi espalda o no necesitarás anillos nunca más.

La mujer se endereza y retrocede, con los ojos entrecerrados y las manos temblorosas. Rocco se ríe mientras empieza a desabrocharse los pantalones. El tintineo de la hebilla de su cinturón hace que ella dé un respingo y se gire, y cuando él toma su polla con la mano para acariciarla, ella le da una bofetada fuerte y se marcha apresuradamente, con pasos vacilantes y perdiendo un tacón.

—Ahora, decidme si no es más divertido cazar un poco y que una mujer te haga trabajar para conseguirla. —Los hombres estallan en carcajadas mientras me levanto y asiento hacia Rocco—. Ocúpate de mis fichas. Tengo que ver a alguien. —Les hago un gesto con la cabeza mientras me aliso la corbata sobre el pecho y me abrocho la camisa. Ahora tengo un lugar adonde ir, un lugar donde no me esperan, pero que no puedo quitarme de la cabeza. Es una comezón que no puedo rascar.

Tengo que ver a la señorita De Luca otra vez.

ISABELLA

Mi pincel se alza del lienzo en la pincelada final, el último toque a la obra de arte recién creada que pasará como el Raphael original, al menos, con suerte el tiempo suficiente para que pueda llevar el auténtico a Matthias. Actualmente, está enrollado y guardado de forma segura en un tubo humidificado en mi taquilla de personal, detrás de mi candado, donde nadie sospechará. Solo espero que este cuadro que acabo de terminar convenza a todos los que necesiten examinarlo con detenimiento de que es el Raphael original.

Tengo las manos sucias y el pelo revuelto. He usado acrílicos en lugar de óleos, aunque un poco de aceite de linaza le da a la pintura el mismo brillo que tiene el óleo cuando se seca. Recojo todas mis cosas y las guardo, dejando la pintura colgada en el caballete junto al marco. No es común sacar un cuadro del marco para autentificarlo, pero cualquiera que sepa de esto nunca verá esta pintura en particular fuera del marco.

Voy al lavabo para limpiarme, dejando que la pintura se seque al aire. Tardará unos veinte minutos para que las pinceladas finales queden completamente fijadas y secas, y durante ese tiempo, puedo tomarme una taza de té y preparar lo que podría decirle a Mattias sobre el original cuando venga. Tiene previsto visitarme esta noche para recoger el Raphael auténtico y llevarlo a la sede de Interpol, y después de su pequeña advertencia sobre Nicola, que está fuera de

prisión y buscando venganza, es lo mejor. No puedo arriesgarme a que me pillen llevando la pintura original por Roma.

Cuando estoy limpia y me dirijo de vuelta a la estación de trabajo para comprobar la pintura y ver si está seca, saco el móvil del bolsillo. Quiero que Matthias venga cuanto antes. Cuanto más rápido maneje la entrega, mejor. Si el Sr. Giani descubre que he cambiado un Raphael auténtico por una falsificación y he entregado la pintura robada, perdida durante tanto tiempo, a las autoridades, podría perder mi trabajo. Después de ver tantas armas cuando Costa lo trajo aquí, solo puedo imaginar la presión que ejerció sobre mi jefe para mantener la pintura segura.

Pero antes de que pueda marcar el número de Matthias, la puerta de la galería se abre. Estoy sola aquí. El lugar está cerrado, asegurado con puertas de acero reforzado, triples cerraduras, seguridad de alta tecnología con biometría, y entra Victor Costa como si fuera el dueño del lugar. No solo estoy tan sorprendida que se me cae el móvil, sino que un miedo instantáneo me recorre.

—Sr. Costa —balbuceo, retrocediendo unos pasos. Mi primer pensamiento es el cuadro, cómo está fuera del marco, sobre un caballete como si hubiera estado trabajando en él. Mis pinturas están recogidas, los pinceles lavados, pero el olor a pintura en el aire le alertará si no tengo cuidado—. ¿Qué hace usted aquí?

Se acerca con una mano en el bolsillo y un brillo en la mirada. Su atención está centrada en mí, no en las paredes de cristal de mi espacio de trabajo que nos separan de su pintura. Me observa de arriba abajo, con la mirada recorriendo mis pantalones salpicados de pintura y el delantal negro. Estoy hecha un desastre esta noche, y me siento muy inquieta por la forma en que me mira como un trozo de carne que devorar.

—¿No es obvio, Isabella? He venido a comprobar mi cuadro. Han pasado seis días. Esperaba una llamada tuya. —Su muñeca gira hacia afuera, la mano rotando mientras sus dedos se extienden. Los tatuajes en sus nudillos son muy evidentes esta noche, y me

pregunto si no los vi las últimas veces que estuvo aquí o si estaba demasiado centrada en su adictiva sonrisa.

Trago saliva con dificultad y tanteo la mesa detrás de mí, alejándome poco a poco mientras él avanza. Se ve bien esta noche, con la chaqueta abierta y sin corbata. Incluso los primeros botones de su camisa están desabrochados, dejando ver algo de piel que solo me tienta a imaginar cómo será su pecho bajo esa camisa. Es otro traje de veinte mil dólares, algo más caro que el maldito coche que conduzco, pero joder, le queda muy bien.

Nada de eso, sin embargo, resta un ápice a lo aterrador que es este hombre. Literalmente me puso una pistola en el costado y bromeó conmigo al respecto. Sus hombres se llevaron un auténtico Pollock de esta misma galería —Dios sabe dónde lo tendrán, si es que aún lo conservan— y amenazaron con incriminarme personalmente por el robo si no colaboro. La falsificación es buena, también, pero no tan buena como mi trabajo.

—Está bien —logro decir con dificultad, todavía aturdida por su llegada. ¿Cómo ha entrado siquiera aquí? ¿Acaso Giani le dio una maldita llave y añadió su huella digital al escáner biométrico?—. Eh, ¿cómo ha...? —Arrugo la nariz y niego con la cabeza—. Creía que había cerrado.

Él asiente, alzando las cejas, siempre tan serio. Sin esbozar siquiera una sonrisa, dice:

—Tengo mis métodos, dulce Bella. —Su mano se levanta y señala la puerta de mi espacio de trabajo mientras dice—: ¿Pasamos?

Asiento nerviosa, evitando el contacto visual mientras me giro y abro la puerta de mi zona de trabajo. Me sigue de cerca como si supiera que algo va mal, como si hubiera escondido una cámara en este lugar para saber que he falsificado una nueva versión de su preciada pintura. He examinado el marco, y aunque hay varias anomalías —probablemente alguien lo rompió y reparó en el pasado— definitivamente no hay ninguna cámara oculta allí.

De hecho, lo he escrutado minuciosamente porque he oído cosas, cosas secretas que podrían ser peligrosas para la persona equivocada si supiera que las he escuchado. El marco en sí podría valer más que la pintura para el comprador adecuado, pero no es el marco lo que le interesará a Matthias. Y no puedo falsificar un marco. Soy artista, no carpintera.

Señalo rígidamente el cuadro, estremeciéndome internamente por su estado. Está seco ahora, pero ni siquiera he tenido la oportunidad de inspeccionarlo, y mucho menos de volver a enmarcarlo. Y ahora que lo miro otra vez, veo que mi firma no es exactamente igual a la de Raphael.

—Aquí está —digo, cruzando los brazos sobre el pecho.

Victor entorna los ojos al mirarme y luego camina hacia el cuadro con expresión curiosa, deslizando ambas manos en sus bolsillos. —¿Lo has sacado del marco? —pregunta, lanzándome una mirada tormentosa. Mantengo la mirada firme, sin revelar mis verdades tan fácilmente mientras él se inclina y examina la esquina superior derecha—. A mi padre le encanta ese marco.

Me aclaro la garganta antes de responder, segura de que si hablo sin hacerlo, mi voz se quebrará y delataré mi nerviosismo.

Me pregunto dónde estarán ahora sus hombres, esos fornidos con bíceps gruesos y armas automáticas para intimidarme. No me cabe duda de que no está aquí solo. Probablemente estén esperando en el coche, o justo dentro de la galería, inspeccionando el lugar. Mañana, iré a seguridad y les contaré cómo entró sin permiso, pediré revisar la grabación del circuito cerrado. Quizás eso aclare cómo entró sin llave.

—A veces retiro el cuadro del marco para una inspección más minuciosa. En este caso, el marco es bastante pesado y engorroso. Mi asistente me ayudó a quitarlo para examinarlo más de cerca, pero no se preocupe. Lo tensaremos de nuevo y nunca notará que fue retirado. —Mis palabras suenan más rígidas y profesionales de lo que

me gustaría, pero en presencia de este hombre, ¿qué más puedo hacer?

Se endereza y dirige toda la fuerza de su mirada hacia mí. Me calienta el cuerpo hasta el centro, remolinos de atracción acumulándose en mi vientre mientras dice: —¿Y lo has autentificado? —Su mirada es escéptica, ojos entrecerrados, pero espera mi opinión profesional, que puedo dar con sinceridad sin necesidad de fingir.

—En mi opinión profesional, el cuadro que me trajo para autentificar es el Rafael original, pintado a principios del siglo XVI en la región cercana a Urbino. Probablemente estaba en sus veintitantos años, ya que las pinceladas aquí son más pesadas, indicativas de sus años formativos cuando aún perfeccionaba su técnica. —Señalo mi propio cuadro, sin el más mínimo atisbo de culpa mientras digo—: Los tonos de piel son casi translúcidos, como es normal en sus obras, y el uso robusto de colores es...

—¡Fantástico! —dice Victor, dando una palmada y juntando las manos frente a sí—. Entonces me acompañarás a cenar para celebrarlo.

—¿Qué? No —jadeo, sacudiendo la cabeza—. Usted dijo que tenía que autentificar su cuadro, y lo hice. Es auténtico, señor Costa. Eso es todo lo que puedo ofrecerle. —Mi mente va a toda velocidad, mi pulso rápidamente subiendo a más de cien latidos por minuto. Siento un intenso vértigo de ansiedad y adrenalina mezclarse en el fondo de mi mente mientras él se inclina, usando un solo meñique para apartar un mechón de pelo de mi ceja y colocarlo detrás de mi oreja.

—Permítame recordarle el Jackson Pollock que tenemos, señorita De Luca... Bella, ¿puedo llamarla así? —pregunta pero continúa sin esperar mi respuesta—. Odiaría que se metiera en problemas por esto. —Chasquea la lengua y se acerca más, con la mano apoyada en mi cadera—. Además, bailamos tan bien hace unas semanas. Sería una pena no ver adónde nos lleva esa química. Además,

tenemos que esperar hasta que sea el momento de mover el cuadro como quisiéramos.

Al alejarse, se lleva mi aliento consigo. Me quedo ahí agarrando la mesa de mármol detrás de mí, preguntándome cómo diablos voy a salir de esta. No voy a salir con un criminal de nuevo, ni aunque me obligue a hacerlo. Pero sé que en algún lugar bajo ese traje, lleva un arma. Puede que no tenga un ejército con él, pero solo se necesita una bala.

—Señor Costa, solo soy una artista. No estoy en el mercado para ser comprada y vendida como estos cuadros. —Mi mirada titubea cuando encuentro sus ojos y veo el fuerte deseo en ellos. No me está invitando a cenar. Yo soy la cena.

—Coja su chaqueta, señorita De Luca. Pasaremos por su casa para que se ponga algo adecuado. —Camina hacia la puerta y la abre, sin aceptar un no por respuesta, y miro al Rafael con un débil suspiro de oración. Si San Francisco es real, quizás me proteja mientras hago esta cosa. No puedo luchar contra este hombre y estoy aquí sola. Es mejor acompañarlo que hacer que me fuerce.

Cogiendo rápidamente mi chaqueta, lo sigo a través del estudio hasta la galería, apagando las luces a medida que avanzamos. Cierro puertas, activo los escáneres biométricos y miro las cámaras. Las luces normalmente parpadeantes de color rojo están apagadas. Significa que las desactivó de alguna manera, lo que significa que nada de esto va a quedar grabado... aún más posibilidades de que me incrimine por algo siniestro.

Me odio por esto, pero no tengo elección. Lo sigo hasta el callejón detrás de la galería donde su coche está aparcado y en marcha. El humo del escape flota como una nube alrededor de la parte trasera, suspendido en la notable ausencia de brisa. Victor abre la puerta, y me dirijo hacia el coche después de cerrar, solo para ver una forma oscura y sombría parada junto a mi coche.

Entrecierro los ojos brevemente pero sigo moviéndome, subiendo a la limusina de Costa, y me deslizo hacia el extremo más alejado del asiento donde puedo ver mejor mi coche. Hay una persona allí, acechando sobre mi pequeño sedán como si le perteneciera. Sudadera oscura con capucha, ojos cubiertos, y cuando Victor entra y cierra la puerta, la persona se baja la capucha.

Nicola. Maldita sea.

Matthias tenía razón. Mi ex no está esperando. Viene a por mí. Y por una vez, me alegro de estar con el criminal y no sola. Al menos aquí, estoy a salvo.

VÍCTOR

Isabella De Luca es exquisita. Todos los ojos de este restaurante le han robado una mirada esta noche. El vestido negro de lentejuelas que ha elegido para la ocasión revela el escote justo para ser inmodesto, pero no lo suficiente como para despertar mis celos cuando otros hombres la admiran. Y la abertura en su muslo es tentadora, haciendo que mis dedos anhelen acariciar la seda de su piel, sentir cómo se eriza bajo mi tacto.

Me siento en mi reservado privado, el mismo donde hace poco más de una semana recibí a nuestro amigo Antony, el intermediario. La gran columna de mármol no está ahí por casualidad, posicionada específicamente para que pueda evitar las miradas indiscretas mientras permito a mis invitados el privilegio de lo mismo.

Isabella parece nerviosa, un poco tensa esta noche. No esperaba que yo me presentara en la galería para comprobar su trabajo, pero hay mucho en juego con este cuadro. Ya me han alertado de tres facciones diferentes que esperan llevarse el cuadro cuando se exhiba, por eso ni siquiera pestañeé cuando noté la falsificación.

—¿Disfrutando del vino? —pregunto, llevándome mi propia copa a los labios. La señorita De Luca es un enigma que estoy desesperado por descifrar y explorar. No me molesta en absoluto su reticencia a hablar conmigo, ni el hecho de que falsificara el Rafael.

Probablemente tiene el original escondido en algún lugar seguro, lo más probable con la intención de entregarlo a las autoridades.

Más "oídos en tierra" me revelaron esta misma tarde que un agente de la Interpol habló de reunirse con ella esta noche, razón por la cual la saqué rápidamente de la galería y la traje a este restaurante. No puede entregar un cuadro a alguien con quien no tiene un encuentro cara a cara.

—Mucho, gracias —dice educadamente. Estoy esperando a que cruce la línea entre la cortesía y la desinhibición, confiando en que el vino la relaje un poco.

—Tu trabajo es muy interesante, Bella —he comenzado a usar este nombre con ella como medio para mostrarle su posición conmigo: cerca de mí, pero por debajo de mí—. ¿Siempre has amado tanto a Rafael?

Entorno los ojos mientras sus hombros se relajan un poco. Conozco exactamente la manera de pelar las capas de esta cebolla y revelar el centro aromático que anhelo. Una suave sonrisa se dibuja en sus labios mientras termina su tercera copa de vino, con ojos nebulosos y pesados mirándome.

—Así es —ronronea—, desde que era adolescente. —Su copa está vacía y su mano revolotea hasta la mesa para dejar la cristalería—. Rafael es un genio. Su trabajo a menudo se pasa por alto debido a la simplicidad de sus pinturas, sin nobles ni escenas famosas. Pintaba imágenes crudas, a menudo siendo encargadas por gente común en lugar de la realeza. Y tiene una forma especial con cada pincelada, como si las propias pinceladas me contaran sus emociones mientras deslizaba su pincel por el lienzo.

Me encanta cómo puedo sacar a relucir este lado de ella, la parte que come, bebe y respira el arte. Su consciencia está en un plano diferente al de la mayoría de las personas, y me resulta cautivador cómo describe las cosas cuando está en este modo.

—¿Alguna vez has pensado en pintarlos? Ya sabes... usar las obras de Rafael como un análogo del que extraer inspiración y recrear sus pinceladas? —Mis palabras son escogidas con cuidado. La señorita De Luca tiene un pasado turbio, del que soy consciente. Si no fuera por el hilo oscuro tejido en el tapiz de su vida, la habría descartado como una fuente válida para mi autenticación.

Es precisamente por su pasado con este vicio específico por lo que la he elegido. Una mujer que una vez casi cayó por falsificación es la más probable que comprenda la delicada naturaleza de mi mundo y el trabajo que necesito que se haga.

Se aclara la garganta y evita el contacto visual mientras alcanza la botella de vino para rellenar su copa. Levanto una mano, haciéndole un gesto para que no se moleste, mientras me levanto para alcanzarla yo mismo y servirle unos dedos más en su copa. Mi cercanía hace que sus hombros se tensen de nuevo, pero no se aparta. Veo el rubor de sus mejillas, la forma en que sus labios se oscurecen con un arrebato de atracción. Quiere abrirse, pero por ahora sé que se esconderá dentro de sí misma, pensando que no hay forma de que yo pudiera entenderla.

—No, nunca —dice secamente, aceptando la copa llena de vino y llevándosela a los labios rápidamente. La he desconcertado, quizás he tocado un punto demasiado sensible, lo que es lo último que quiero hacer. No quiero que esté a la defensiva, que huya. Quiero que florezca como una flor bajo mi mirada y sienta el calor de todo lo que puedo ofrecerle.

—Pero sí que pintas —afirmo con seguridad. Esto hace que levante las cejas y asiente una vez.

—Lo hago, pero no me considero una experta. —Un hombro sube y baja mientras encuentra mi mirada, y permito que esa unión persistente la inquiete un poco. Sus ojos son fabulosos, profundos pozos del verde esmeralda más rico con motas de oro y marrón. Impresionantes.

—¿Me permitirás ver parte de tu trabajo? —La pregunta no tiene ningún propósito en nuestros asuntos de negocios. Es egoísta en el mejor de los casos, un medio para sacarla de su caparazón y permitirle ver mi lado más suave. No soy solo un asesino y un contrabandista de arte. Soy un hombre con deseos, y en este momento, esos deseos están completamente centrados en ella.

—No, no creo que eso sea posible —se sonroja y aparta la mirada, apurando su cuarta copa de vino mientras se desliza fuera del reservado—. Si me disculpas, necesito ir al servicio.

Con otra ligera inclinación de cabeza, se aleja y yo también me levanto. Mi servilleta cae al suelo. Me agacho para recogerla y la coloco sobre mi plato vacío, luego espero su regreso. Mi personal limpiará la mesa y mi padre se encargará de la cuenta, incluyéndola en los gastos del restaurante.

Toda esta velada ha tenido como único propósito preservar el derecho de mi familia sobre el Rafael... y la absurda obsesión de mi padre con el marco. Aun así, la encuentro fascinante y no soy capaz de separar mi deseo primario de poseerla de la tarea entre manos. Bien podría haberla llevado simplemente a su casa y dejarla allí, vigilando su ático para asegurarme de que no recibiera visitas a altas horas de la noche. Pero elegí esto porque hay algo curiosamente entretenido en ella, algo de lo que quiero experimentar más.

Así que cuando regresa del servicio y se sorprende al verme de pie con el codo extendido, listo para escoltarla hasta el coche, no me sorprende ver su vacilación. Sus ojos se desvían hacia la mesa y luego hacia la salida. Entrelaza las manos frente a ella y niega con la cabeza en un gesto casi imperceptible.

—¿Qué estás haciendo?

—Voy a llevarte a casa, Bella. No pensarías que iba a permitir que alguien tan valioso para mí como tú se fuera a casa sola en este estado de embriaguez —alcanzo su mano y la coloco alrededor de

mi bíceps. El intenso rubor regresa a sus mejillas mientras se abanica la cara y niega con la cabeza otra vez.

—Estoy segura de que tiene cosas mejores que hacer, señor Costa. Puedo encontrar el camino a casa sola —su protesta es adorable pero ineficaz.

—Tonterías, voy a llevarte a casa donde podrás dormir y que se te pase la borrachera —mi mano aprieta la suya con firmeza contra mi codo y empiezo a caminar. Isabella mira hacia la mesa una vez más antes de acompasar su paso al mío. Creo oírla gemir suavemente, pero no se resiste y me doy cuenta de que esto es principalmente culpa mía. He forzado su mano. En lugar de comportarme como un caballero, he sido exigente.

Inclinándome más cerca de ella, le doy unas palmaditas en la mano y digo:

—Está bien relajarse, Bella. No voy a hacerte daño. En realidad te valoro más de lo que imaginas —mucho más, por razones que quizás no le gusten tanto, y algunas que puede encontrar seductoras.

Su mirada silenciosa es suficiente reconocimiento para mí. La guío hasta el coche y abro la puerta. Ella sube y se sienta, luego se desliza por el asiento. La veo vacilar un momento, tambaleándose al bajar sobre el asiento, y sonrío al ver cómo intenta parecer compuesta mientras que, en realidad, está cada vez más ebria. La risita la delata.

Una vez que estamos dentro del coche y le he dado órdenes a mi chófer de llevarnos a su ático, la atraigo contra mi costado y siento el calor de su cuerpo en mis costillas. Una mano presiona contra mi pecho, y ella se tensa cuando mi mano se eleva para apartar el cabello de su rostro. Es el mismo moño despeinado que llevaba durante todo el día cuando estaba salpicada de pintura, pero de alguna manera, con este vestido, lo hace parecer alta costura.

—¿Qué estás haciendo? —su lengua recorre su labio inferior, y me transporto a aquel baile la noche que nos conocimos por primera vez. Ella estaba achispada. Yo estaba cazando algo, y encontré esta atracción.

—Eres fenomenalmente hermosa, Bella —nuestros rostros permanecen a solo centímetros de distancia, y estoy embelesado. Quiero coger su fruta madura, pero quiero que ella desee que lo haga—. Gracias por estar dispuesta a ayudarme con mi cuadro, y por venir a cenar conmigo esta noche.

Sus ojos se mueven nerviosos, apartándose de mí. Cuando empieza a girar la cabeza, acuno su mejilla y vuelvo a dirigir su mirada hacia la mía.

—No siento que tuviera elección.

De nuevo, es culpa mía. Una mujer tan increíble como ella merece tomar la decisión de someterse, especialmente una mujer tan moldeable como la señorita De Luca. Parece demasiado ansiosa por derretirse contra mí ahora mismo, su mirada saltando entre mis ojos y mis labios.

—Por supuesto que siempre tienes elección, y me disculpo por hacer parecer que no te la estaba dando. ¿No disfrutaste de la cena y de hablar sobre arte? —mi dedo meñique se desliza por su ceja, apartando mechones de pelo de sus ojos. Los tiene entrecerrados, ahogados en lujuria y alcohol, esperando que algo suceda.

—Sí —admite, y sonrío.

—Y también tienes elección sobre lo que sucede a continuación —mi mente viaja a las mujeres de aquel club, las que, dada la misma situación, ya estarían de rodillas, con la boca envolviendo mi polla, chupando. Hay algo absolutamente irresistible en una mujer ingenua que, en su más pura inseguridad, no tiene ni idea de quién está sentado a su lado.

Su lengua recorre su labio otra vez y niega ligeramente con la cabeza.

—¿Qué sucede ahora? —respira.

—Esto —susurro antes de cerrar la distancia, reclamando sus labios en un beso abrasador. Sé adónde me gustaría que llegara esto, pero no voy a forzarla... esta noche, al menos. Quiero que me suplique, y quiero que lo haga por voluntad propia.

ISABELLA

Me da vueltas la cabeza y mi cuerpo hierve bajo su suave tacto. Victor Costa tiene esa manera de hacerme olvidar que es el enemigo, el malo, de quien se supone que debo protegerme. O quizás sea el alcohol, pero cuando sus labios chocan contra los míos, no puedo pensar con claridad. Le devuelvo el beso y dejo que me desarme.

¿Mi elección? Nadie debería darme esta opción porque sé que está mal y mi buen juicio ha estado lanzando más señales de alerta que un árbitro en un partido de fútbol. Simplemente no consigo que mi cuerpo se alinee con lo que mi cabeza sabe que es la verdad. Sus ojos y la forma en que me mira me han estado inquietando toda la noche, haciéndome cuestionar lo que realmente quiero.

—Victor —suspiro, apartando su pecho.

—¿Qué? —pregunta, con los labios manchados con mi pintalabios, los ojos salvajes de lujuria. Sé que si tocara su regazo, sentiría la evidencia de una erección que a mi centro le encantaría sentir deslizarse dentro.

—No lo sé... —Jadeo, recuperando el aliento después de ese beso abrasador. No sé por qué le he detenido o por qué mi cuerpo se siente absorbido por su órbita.

—He dicho que lo que pase a continuación es tu elección. —Victor empieza a alejarse, y mi pecho se contrae con esa sensación que tienes cuando parece que no va a ocurrir lo que desesperadamente quieres que ocurra. Y me doy cuenta de que lo que quiero es que siga besándome, y no solo besarme. Quiero que me haga más cosas.

Le agarro de la corbata y le atraigo hacia mí, con un poco más de fuerza de la que pretendía, y su boca choca de nuevo contra la mía, entrechocando nuestros dientes, pero no pierdo tiempo en corresponderle. Sus manos agarran mis muslos, guiándome mientras me muevo y giro hasta quedar a horcajadas sobre él en el asiento trasero de su limusina. Su erección, caliente y dura, presiona contra mí, haciendo que mi centro duela de necesidad.

Se me escapa un gemido silencioso cuando levanta las caderas, restregándose contra mí, y muevo mis caderas hacia delante en respuesta, desesperada por más contacto. Sus manos están por todas partes, una en mi pecho, apretando y provocando el erecto pezón a través del vestido, la otra guiando mi mano hacia su bragueta. Acaricio el contorno de su longitud a través de los pantalones y le oigo gruñir desde lo profundo de su pecho.

—Yo... —estoy sin aliento por la excitación—, yo... te deseo.

Él se libera con destreza, y gimo. Es incluso más impresionante de lo que pensaba que sería. Ansiosa, envuelvo mis dedos alrededor de él, bombeando su dura longitud, mientras él deja un rastro de besos a lo largo de mi mandíbula, chupando, provocando. Gimo cuando su lengua se desliza en mi oído, luego lo rodea antes de morderme el lóbulo.

—Quiero oírte suplicar como la buena chica que eres. —Sus manos trabajan para subir mi vestido alrededor de mis caderas mientras le acaricio y continúo devorando beso tras beso. Son rudas, sin cuidado con el frágil material. Oigo cómo se rasga y gimo mientras presiono su longitud contra mi monte y me restriego contra él. Estoy deshecha, tan excitada que ni siquiera me importa cómo pueda

verse esto para nadie. El vino está en juego, pero también los pensamientos con los que he estado luchando desde ese estúpido baile en la galería. ¿Cómo puede un hombre tan rico y atractivo fijarse en alguien como yo?

Él susurra—: Mmm, tan húmeda —antes de apartar mis bragas a un lado e introducir un dedo en mi interior, extrayendo más de mi humedad, lo que solo me excita más. Mi sexo está gritando por atención, probablemente empapado y formando charcos, arruinando estas bragas.

—Sí, por favor. Oh, joder, sí... —gimo, arqueando la espalda mientras desliza un segundo dedo dentro de mí, con el pulgar descansando justo por encima de mi clítoris. Las sensaciones explotan y mi mente se nubla de placer, borrando el mundo fuera del coche. Todo en lo que puedo pensar es en él, su tacto, su dureza.

Ríe oscuramente, con las esmeraldas de sus ojos destellando picardía y lujuria al encontrarse con los míos. —Eso está mejor —gruñe. Sus dedos continúan haciendo magia en mi centro, arrancando jadeos sin aliento de mis labios, gemidos de necesidad —. Voy a destrozar este coño tan apretado, Bella. Destruirlo por completo. Nunca querrás a otro hombre después de mí.

Sus palabras me inflaman aún más, espoleándome mientras le trabajo con mi puño más rápido, gimiendo y meciéndome contra su mano. —Sí, tómame. Dios mío, te necesito dentro de mí... —Las palabras salen de mis labios sin ser invitadas pero desesperadas. El palpitar en mi centro no se detiene. No me deja descansar. Mi mano ordeña su turgente longitud, aunque algo desorganizada, mientras él presiona mi clítoris y muerde mi clavícula. Su otra mano manosea un pecho, bajando la tela de mi vestido para exponer la carne a su ávida palma.

Gruñe—: Oh, joder. Vas a hacer que pierda el control, Bella.

La forma en que dice mi nombre solo me excita más, me vuelve más salvaje. Con las uñas clavándose en su cuello, le suplico que me

tome. —¡Fóllame! ¡No puedo soportarlo más! —bramo como un animal en celo, mi centro pulsando alrededor de sus dedos, y la primera ola rompe, arrastrándome bajo ella. Gruño y convulsiono, inclinada sobre él, mordiéndole el hombro. Victor trabaja mi sexo, sincronizando sus suaves caricias con los espasmos de mis gruesas y calientes paredes alrededor de sus dedos. El placer recorre mi cuerpo. Me olvido de dónde estoy, con quién estoy, de que mi mano está envuelta alrededor de su miembro, hasta que él aparta mi débil agarre y siento cómo se alinea con mi entrada.

—Oh, Dios —gimo cuando empuja la gruesa cabeza de su pene en mi interior. Es tan grande, avanzando poco a poco en mi tembloroso pasaje como si quisiera memorizar la textura de mi cuerpo, crear un mapa en su cabeza para la próxima vez. Es grueso, haciéndome sentir como una virgen otra vez, aunque difícilmente creo que me desgarre. Pero cuando su cabeza se desliza contra mi pared posterior y continúa empujando hacia dentro, jadeo y me estremezco.

Su mano encuentra mi clítoris, acariciándolo en lentos círculos mientras se introduce completamente dentro de mí. Mueve sus caderas con pequeños empujes, estabilizándonos a ambos para no perder la cabeza por lo malditamente bien que se siente. Un centímetro más y estaría en mi útero, y parece que lo está intentando, llamando a esa puerta, toc-toc-toc.

—Estás tan estrecha, Bella —gruñe Victor entre dientes apretados—. Puedo sentir cada maldito centímetro de ti —Su longitud entra y sale, torturándome—. Podría desgarrarte de un agujero a otro, estás tan estrecha.

Respondo con un gemido, demasiado distraída por su verga abriéndome para pensar en otra cosa. Abrazo mis caderas alrededor de él para atraerlo más profundo, más profundo, pero me mantiene a raya, justo antes del orgasmo. —No... más —suplico. Estoy demasiado cerca, demasiado cerca del límite, y quiero caer por el precipicio de nuevo.

Se ríe, el muy cabrón, un sonido de pura victoria mientras aumenta el ritmo, entrando y saliendo, follándome como un animal. —Eso es, Bella. Déjate ir para Papi. —El nombre me saca de mi aturdimiento por un segundo. *¿Papi? ¿De dónde ha salido eso?* Mi mente da vueltas, pero mi cuerpo se precipita al borde, catapultándome hacia el olvido de nuevo mientras mi núcleo detona en un explosivo segundo orgasmo.

Su mano me empuja hacia abajo con más fuerza mientras embiste contra mí, y estoy segura de que atravesará mi cuello uterino para inseminarme directamente en el ovario. Es doloroso y erótico, y no quiero que pare. Mi coño lo ordeña, apretando y liberando el agarre como un torno una y otra vez mientras me folla. Me siento como un fideo flácido, zarandeada pero sujeta firmemente en su agarre.

—Joder —murmuro, con los ojos pesados por la bebida. Y no está bromeando. Va a desgarrarme de un agujero a otro si no para. Mis manos reposan en su hombro, pero no lo aparto. En cambio, lo agarro más cerca como si mi vida dependiera de ello.

Victor embiste dentro de mí, sin hacer caso a mis gemidos. Jadeando, entierro mi cara en su clavícula húmeda, y sus músculos tiemblan bajo mi mejilla con cada poderoso empuje. El alcohol se está apoderando ahora, arrastrándome hacia el sueño, y su verga también es implacable. Estoy casi en carne viva y todavía suplicando por más mientras él gruñe.

Veo estrellas tras mis ojos cuando Victor se libera, su verga derramando su cálido semen profundamente dentro de mi cuerpo dispuesto, marcándome como suya. Sus embestidas comienzan a ralentizarse, sus dientes hundiéndose en la carne de mi hombro. La barba incipiente de su barbilla raspa a lo largo de mi cuello cuando pasamos por un bache, pero su verga aún dura golpea con más fuerza contra mi cuello uterino, haciéndome gemir. Siento que su semen se derrama de mí hacia su regazo, y suspiro, sabiendo que ha terminado.

Las endorfinas también recorren mi cuerpo, bombeando a través de él al ritmo de mis latidos. Las manos de Victor son más suaves ahora, acariciando mi espalda, soltando mi moño despeinado para dejar caer mi pelo. Lo aparta de mis hombros, expone mi cuello de nuevo, y luego me besa allí en mi punto de pulso.

—Eso fue un regalo. Gracias, Bella —dice en voz baja. No respondo. Estoy demasiado borracha, demasiado aturdida y demasiado delirante de placer.

Pero como todas las cosas buenas, incluso esto debe terminar. El coche se detiene y nos sacude suavemente. Sus manos acunan mi trasero, sosteniéndome hasta que el balanceo termina. Todavía está dentro de mí, aún metido hasta las pelotas y goteando con mis fluidos y los suyos.

Con ojos entornados y pesados, me enderezo y respiro profundamente. Solo entonces finalmente vuelvo en mí y me doy cuenta de lo que he hecho. Victor Costa es un criminal y un hombre peligroso, y he permitido que se meta en mi cabeza y bajo mi piel.

—Esto fue un error —murmuro, empujándome fuera de él. Se desliza fuera de mí, dejando que mis bragas vuelvan a su sitio, y se queda allí sentado mirando mientras tiro de mi vestido para bajarlo sobre mis caderas. Su verga todavía está dura como una roca, brillando con nuestro sexo, y alcanzo la manilla de la puerta para abrirla, pero su chófer está allí, abriéndola. Salgo tambaleándome mientras Victor se ríe.

—No hay necesidad de salir corriendo, Bella. Justo empezábamos a ponernos cómodos.

Ni siquiera le miro. El conductor se aparta mientras doy unos pasos vacilantes hacia la acera y reconozco el edificio frente al que estoy. Es casa. Estoy en casa. Ha hecho que su chófer me trajera aquí, y me alegro mucho.

Mi visión está borrosa mientras me tambaleo hacia las puertas dobles de cristal. Intento no parecer demasiado borracha, pero para una persona sobria, probablemente parezco hilarante. Está oscuro, y no hay demasiada gente por aquí, pero veo una figura sombría junto a la puerta, apoyada en el exterior de ladrillo del edificio. Es un hombre, fumando un cigarrillo. Tiene el pie firmemente apoyado contra el ladrillo, la rodilla hacia fuera, y mientras paso junto a él, arroja la colilla de su cigarrillo y me sigue.

Es un poco aterrador, y me giro esperando ver a Victor junto a su limusina observando, pero la limusina se ha ido y estoy sola.

—¿Qué quieres? —espeto con miedo. Mis hombros están tensos, mi mente aún dando vueltas por el giro abrupto.

—Isabella, vamos... ¿No puedes adivinar por qué estoy aquí? —El rostro del hombre se hace visible bajo la luz cerca de la puerta.

—Nicola —susurro, tragando con dificultad contra la forma en que se me contrae la garganta. Casi puedo sentir sus dedos envueltos alrededor de mi cuello, exprimiendo la vida de mí como lo hace en mis pesadillas. Mi testimonio lo envió a prisión durante años. Hombres como él no dejan pasar esas cosas fácilmente.

—Sí, Bella. *Nee-cole-uh*... —Odio la forma en que acentúa las sílabas como si yo fuera un bebé que apenas aprende a pronunciar su nombre—. Y he venido por lo que me corresponde.

Retrocedo, buscando a tientas el tirador de la puerta detrás de mí, pero él presiona una palma firme y fuerte contra el cristal y mantiene la puerta cerrada, atrapándome entre su cuerpo y la puerta. La adrenalina combate mi embriaguez y me despeja, y mis ojos se mueven alrededor, esperando que alguien vea lo que está pasando y me salve. Podría matarme. Sé que quiere hacerlo.

—No tengo nada tuyo. Por favor, vete. —Mi boca está repentinamente seca, las palmas sudorosas. Pienso en Matthias y nuestra reunión de esta tarde. Se suponía que debía darle el Rafael

y Victor apareció. Podría haber dicho a Matthias que quería seguridad, un equipo que me siguiera hasta que estuviéramos seguros de que Nicola había salido de la ciudad. No debería haber permitido que Victor me presionara para cenar.

—Oh, pero sí lo tienes. Sabes lo que estoy buscando. Ese Rafael no tiene precio, Bella, y lo quiero. Vas a dármelo. —Pasa el dorso de sus dedos por mi mejilla, y giro la cara para no tener que mirarlo a los ojos ni sentir su contacto.

—No puedo. Está con la Interpol. —Mi mentira es tan obvia. Ni siquiera soy buena mintiendo, nunca lo he sido. Nicola también lo sabe, y lo ve claramente.

Cuando su mano se envuelve alrededor de mi garganta, apretando mi tráquea, mis manos vuelan instintivamente a su muñeca y tiran de ella.

—He dicho que me lo vas a dar. No me creo ni por un segundo que hayas soltado ese cuadro. Eres una mentirosa de mierda. Y me vas a dar el Rafael y la falsificación que creaste para él —Mis ojos están muy abiertos, gruñidos guturales en busca de aire vibran desde mi garganta constreñida. Le miro directamente a los ojos y niego con la cabeza, y él aprieta más fuerte—. Y lo vas a hacer esta semana.

Me empuja con fuerza, luego me suelta, y mis manos vuelan hacia mi cuello. Jadeo en busca de aire, tosiendo mientras mis ojos se llenan de lágrimas. Nicola no está bromeando. Me va a hacer mucho daño si no hago lo que dice, pero ¿cómo puedo? Tengo a Matthias viniendo a por el original, a Victor por la falsificación, y a mi jefe, el señor Giani, esperando que sea la autenticadora de arte respetable y honesta que tengo fama de ser.

—Volveré. Más te vale tenerlo para mí.

Nicola se marcha sin tocarme de nuevo, pero tiemblo tan violentamente que ni siquiera puedo abrir la puerta. Si Victor Costa no acaba conmigo, lo hará Nicola Vitale.

VÍCTOR

Mientras mi chófer me aleja a toda velocidad del edificio de Isabella, me guardo el miembro en los pantalones y luego lamo su humedad de mis dedos. Ha sido como quitarle un caramelo a un niño. Es agradable a la vista y también fácil de manipular. Sus propios deseos la traicionan y tropieza consigo misma intentando llegar a mí, que es el efecto que tengo en las mujeres. Nunca pensé que sería tan fácil convencerla de que quiere ser tomada de esa manera. La próxima vez, haré que se arrepienta brevemente de esa elección antes de satisfacerla.

Estamos a medio camino por la ciudad y estoy listo para servirme una copa antes de acostarme cuando suena mi teléfono. Lo saco para leer la identificación de la llamada y veo que es mi amigo Antony, el intermediario. Probablemente tenga una actualización sobre el estado de nuestra última venta, y no estoy de humor, así que lo envío al buzón de voz, pero vuelve a sonar casi inmediatamente. Irritado, contesto:

—¿Qué?

—Señor Costa, espero no haberle despertado —suena sin aliento y asustado, pero eso es normal. Es un hombre sabio, terco, a veces maleducado, pero siempre tiembla como un flan cuando me habla. Es cobardía, o quizás ese es el efecto que tengo en los hombres débiles.

—Ni siquiera es medianoche, *cazzone* —me masajeo el puente de la nariz y aspiro una bocanada de aire que ayuda a inflar completamente mis pulmones. Estoy tenso, y lidiar con esta mierda a estas horas de la noche me enfurece.

—Lo siento, señor Costa, solo quería saber si va a necesitar un comprador para ese Rafael. Tenemos algunas opciones y ya estoy recibiendo ofertas por el...

—Cállate, Antony —espeto, y la línea queda mortalmente silenciosa. Oigo el temblor en la forma en que contiene la respiración, luego la humedad en su boca mientras traga y cierra el pico—. Puede que no venda ese cuadro.

—Pero, señor —protesta, para mi disgusto.

—La obra de arte pertenece a mi familia. Era el cuadro de mi tatarabuelo, encargado para su propio tatarabuelo antes que él, robado de la villa de mi familia en el sur de Francia hace más de cien años —esta historia se ha contado tantas veces que me molesta tener que explicársela al hombre.

—Pero señor, su padre...

—Sé lo que dijo mi padre, y puede tener sus opiniones sobre el asunto, pero yo soy una persona diferente. Contraté a Vitale para recuperar este cuadro para mí y, por ahora, me pertenece —pienso en el ladrón de arte encarcelado no hace mucho por sus vínculos con una red de contrabando y falsificación de arte y me enfado aún más. Cree que le debo algún pago mayor que el precio de su libertad, que compré para concederle el privilegio de trabajar para mí.

Nicola no tiene ni idea de hasta dónde he llegado para sacarlo de prisión. Debería estar agradecido de estar caminando por estas calles y no tras las rejas todavía, y sin embargo, piensa que voy a soltar un porcentaje del precio cuando venda la obra de arte. Eso puede que ni siquiera ocurra.

—Entiendo, señor Costa, pero Emilio me dijo que solo el marco ya era...

—A la mierda lo que diga mi padre, Antony. No eres el intermediario de mi padre. Eres el mío, y si me llamas otra vez con preguntas estúpidas como esta, verás unos zapatos de cemento y un viaje a Grecia. ¿Me explico? —Estoy hirviendo ahora, con las fosas nasales dilatadas, apretando el teléfono con tanta fuerza que podría aplastarlo. Después de toda esa relajación con Isabella, este bufón tiene que ir y estropearlo.

—Sí, señor. Entiendo.

Antony cuelga, y dejo caer la cabeza contra el reposacabezas. No puedo entender qué está pasando por la cabeza de mi padre con este cuadro. Empujándome a venderlo entusiasmando a Antony para que busque compradores... No es la forma en que trabajamos. De hecho, ni siquiera es el ámbito de experiencia de mi padre. Él prefiere limitarse a la tarea de gestión, dejando que sus capos dirijan el espectáculo, confiando en su juicio siempre que le den parte de cada céntimo. Y ahora me está microgestando por un cuadro... y ni siquiera eso. Parece no importarle nada el cuadro. Es el marco lo que quiere.

El coche gira y me hace balancearme un poco, y miro por la ventana el perfil de la ciudad. Roma es hermosa incluso de noche, especialmente desde esta elevación donde la mayoría de las luces centelleantes brillan intensamente, perfilando edificios y carreteras. Es una joya escondida entre colinas ondulantes, admirada por su arquitectura histórica y prominencia, como el cuadro en mi posesión. Pero en el interior de la ciudad se encuentra una red de ladrones y criminales esperando ser vistos, tener su momento bajo el sol, por así decirlo. Esto enciende una idea dentro de mí que inquieta mi conciencia.

—Mario —llamo, y la división entre mi cabina y mi conductor se desliza hacia abajo.

—Sí, señor —dice, echando un vistazo en su espejo retrovisor.

—¿Has oído hablar alguna vez de una obra de arte famosa donde el marco sea tan valioso como el arte mismo? —Mi mente está zumbando, dando vueltas a ideas de por qué mi padre está tan obsesionado con el marco. Sí, está dorado, pero incluso con eso, el valor total de un cuadro de ese tamaño con el marco dorado no aumenta sustancialmente.

Incluso si hubieran usado oro de veinte quilates para dorar el marco, considerando el tamaño del cuadro en cuestión y el hecho de que tendrían que rasparlo, fundirlo, reconstituirlo y luego forjarlo en algo... mi padre gastaría más en soportar el proceso que lo que vale el oro. Menos de seiscientos cincuenta euros.

—Bueno, no, señor —dice—, no creo haberlo oído nunca. Por lo general, son solo de madera, ¿verdad?

Eso también me hace pensar. ¿Y si el marco no es solo de madera? Aunque, no es lo suficientemente pesado como para estar hecho de un metal precioso, o de cualquier metal, en realidad. Entonces, ¿por qué podría mi padre valorar el marco por encima del cuadro mismo?

El valor sentimental del cuadro no es lo único que busco. Entiendo que trece millones de dólares es mucho dinero para una obra de arte, y eso por sí solo es lo que la hace tan deseable para muchas personas. Pero trece millones son calderilla para mi padre, más que suelto pero no lo suficiente para arruinar su fortuna. Hice que Nicola lo recuperara para mí y le pagué bien por ello para que pudiera colgar con orgullo en la pared de mi casa como una reliquia familiar.

—¿Por qué crees que a mi padre podría importarle más el marco de un cuadro que la imagen en sí cuando está valorado en millones de dólares? —Las luces de los coches que pasan destellan por la ventana y desenfoco la mirada para poder pensar con más claridad.

—Supongo que si hubiera algo escondido en el marco, tal vez...

Su comentario casual despierta mi curiosidad. ¿Podría mi padre o uno de mis antepasados haber escondido algo en ese marco para aumentar su valor? ¿Es posible que todo mi linaje familiar sepa cosas sobre este cuadro que aún no me han revelado, cosas que merezco saber?

Presiono el botón para subir la mampara y al mismo tiempo levanto mi teléfono y marco el número de Rocco en mi marcación rápida. Cuando contesta, hay música alta sonando, lo que me distrae pero no me disuade del propósito de mi llamada.

—Sí, jefe, ¿qué pasa? —Su voz suena forzada e incómoda. Me imagino a una de sus fulanas de rodillas frente a él como la razón. Hay pocos motivos aparte de ese que le harían sonar tan fuera de lugar.

—Rocco, necesito una máquina de rayos X tan rápido como sea posible. ¿Puedes encargarte de eso? —Ya estoy pensando diez pasos por delante. Mi padre sabe algo que yo no, y no voy a parar hasta descubrir qué es.

—Sí, jefe, pero ¿podemos esperar hasta mañana?

—Por el amor de Dios, Rocco. —Pongo los ojos en blanco y suspiro —. Lo antes posible... Y ya que estás, investiga un poco más sobre este cuadro. Pregunta por ahí, a ver si puedes averiguar si hay alguna historia en torno al marco.

Cuelgo antes de que reconozca mis órdenes, y mi mente vuelve a Isabella. Bien podría ser la mejor persona a quien preguntar, pero si sabe algo, no lo ha dejado entrever hasta ahora. Y si es un secreto tan grande, o no quiere que lo descubra o ni siquiera lo sabe.

Sea lo que sea, tengo intención de averiguarlo.

ISABELLA

—Srta. De Luca, ¿está bien? —La voz me sobresalta. Si no estuviera medio borracha, habría salido corriendo calle abajo rompiéndome un tobillo con estos tacones. Me giro y veo a la Sra. Amhurst, una estadounidense trasplantada a Roma que vive dos pisos más abajo que yo. Lleva a su caniche de juguete bajo un brazo y una lata de spray de pimienta en la otra mano.

—Yo... eh... —Todavía estoy temblando, tan alterada por la interacción con Nicola que ni siquiera puedo recuperar el aliento. Probablemente huelo a alcohol y sexo, y seguramente parezco un desastre también, después de que Victor me soltara el moño dejando que mi pelo cayera suelto.

—Oh, querida, ¿qué te ha pasado? —Pulsa el botón de seguridad en la puerta en la que estoy apoyada. No hay forma de pasar hasta que me recupere, y ahora mismo no tengo piernas firmes para mantenerme en pie.

Gio, el portero, aparece en un instante, empujando lentamente la puerta mientras la Sra. Amhurst me ayuda a apartarme. No puedo articular una frase coherente mientras ellos parlotean en italiano sobre qué hacer. Cuando Gio finalmente consigue llevarme dentro del edificio hasta la recepción y sentarme en una silla, empiezo a respirar de nuevo.

—¿Necesitamos llamar a la Polizia? —pregunta, agachándose frente a mí. Es un hombre de mediana edad, con más canas que pelo oscuro y mirada amable.

—¿Qué? —Levanto las cejas y les miro boquiabierta.

—¿Polizia? ¿Estás herida? ¿Qué ha pasado, Isabella? —Sus ojos me examinan. La Sra. Amhurst permanece distante, mirando la puerta y luego el ascensor. Puedo notar que esto no estaba en sus planes, pero tampoco quiere dejarme así.

—Dios mío, no. Nada de policía. No necesito eso. —Me froto la cara e imagino tratando de explicar a los policías locales por qué un criminal convicto me está acorralando fuera de mi edificio. La humillación de estar asociada con Nicola la primera vez ya fue bastante difícil de superar, pero lo logré. No quiero que esto se sepa de nuevo.

—Bueno, no puedo dejarte subir a tu apartamento sola. Pareces un desastre —dice la Sra. Amhurst—. Ven a mi casa y te serviré una copa de oporto.

Intento ponerme en pie pero me tambaleo. Gio me estabiliza con una mano en el codo y una mirada inquietante fija en mí. Puedo notar que solo quieren ayudar, pero estaré mejor sola. Además, si Nicola sabe que otras personas se preocupan por mí por cualquier motivo, los castigará a ellos también.

—De verdad, estoy bien. Era mi ex-novio. Se puso un poco brusco y le hice irse. —Todavía puedo sentir sus garras alrededor de mi garganta, y la toco inconscientemente.

Gio frunce el ceño ante las marcas rojas que seguro están ahí, pero no puedo verlas. No tengo un espejo. De todos modos, no quiero verlas aunque estén ahí. No necesito ningún recordatorio de lo que Nicola y los hombres con los que anda son capaces de hacerme.

—Si le parece bien, Srta. De Luca, me gustaría acompañarla a su apartamento. —Entorna los ojos mirándome, y asiento, cediendo. No

es probable que pueda evitarlo después de esto, y sé que tiene buen corazón.

—Gracias, Giordano. —Con una sonrisa falsa y mi mano temblando sobre su bíceps, me conduce a los ascensores. Subimos hasta el piso de la Sra. Amhurst, que sale con una advertencia de que lleve spray de pimienta conmigo, y después ascendemos más arriba hasta mi ático. Gio espera, de espaldas, mientras introduzco el código de mi puerta y luego mantiene las puertas del ascensor abiertas mientras yo salgo con paso inseguro.

—Solo tienes que marcar la estrella desde tu interfono si me necesitas. —Su recordatorio me tranquiliza. Estoy en el piso catorce, no hay forma de que nadie, a menos que sea un acróbata, pueda llegar a mí a menos que tenga un helicóptero para aterrizar en mi azotea.

—Gracias, Giordano. Agradezco tu preocupación. —Manteniéndolo lo más profesional posible, me giro y espero hasta que las puertas del ascensor se cierran, me quito los tacones y me dirijo directamente a la cocina.

Sé que he bebido demasiado esta noche, pero hay demasiadas cosas en mi cabeza para que me importe. Me acosté con Victor Costa en el asiento trasero de su maldita limusina y momentos después, fui agredida por Nicola Vitale, un hombre al que nunca quiero volver a ver. La vida se está descontrolando y no estoy segura de qué hacer. No está bien. No estoy bien.

El corcho se rompe dentro de la botella y lo maldigo. Luego paso los siguientes diez minutos buscando un destornillador y un martillo para empujar lo que queda del estúpido corcho dentro de la botella para que el vino pueda fluir libremente. Cuando tengo una copa llena y un buen trago directamente de la botella, llevo ambos a mi baño y abro el agua para la ducha.

Quiero lavarme toda esta noche del pelo como hacen las mujeres en las novelas románticas cursis cuando el héroe las trata mal o las

decepciona. Estoy desastrosamente borracha, cansada y emocional. Nicola está en mi pasado, y ahí es donde debería quedarse. La advertencia de Matthias llegó demasiado tarde. Con tan poco tiempo, no he podido ni siquiera hacer un intento de protegerme o prepararme.

Miro mi teléfono, que dejé en la encimera del baño mientras me vestía para la cena con Victor. Podría haberme negado, quedarme en mi ático y hacer que Gio lo despidiera, pero algo dentro de mí quería ir.

Y luego está la reunión con Matthias a la que falté. Pero no hay llamadas perdidas de él. Si iba a reunirse conmigo y yo no estaba allí, habría pensado que me llamaría para preguntar dónde estaba y cuándo podríamos reprogramar. Pero no hay nada. Ni un solo aviso.

Dejando que el agua se caliente, me quito el vestido manchado y lo tiro a la basura. Nunca volveré a usarlo. ¿Y las bragas? Están rotas, ya no me sirven. También van a la basura, y voy a mi dormitorio para sacar un camisón y ropa interior limpia para cuando termine de ducharme. Mientras lo hago, la portada rosa de mi diario de espiral me llama la atención.

Durante los últimos cinco años, no he hecho otra cosa que investigar las afirmaciones de los teóricos de la conspiración sobre las obras de Rafael. En mi mundo, no basta con conocer el arte en sí. Tengo que conocer las leyendas, las razones por las que Rafael pintó sus obras, dónde estuvo, los secretos detrás de ellas y las personas que le encargaron pintarlas.

He oído historias sobre algunas pinturas en las que se utilizó sangre en la pintura, «la sangre de los mártires», como algunos la llaman. Como si Rafael hubiera asesinado a pobres almas inocentes para crear obras prohibidas o él mismo hubiera derramado sangre para proteger su arte. Y también he oído cosas sobre este Rafael perdido, cosas que sé que harían que Costa perdiera la cabeza si lo supiera.

El diario me llama, a pesar de la ducha abierta que silba emitiendo vapor tentador. Cojo el diario y abro las páginas, pasándolas hasta que encuentro lo que estoy buscando. Por todo lo que he observado, no hay nada extraordinario en la pintura aparte de ser un Rafael original. La pintura es solo eso: pintura. No hay sangre, no hay evidencia de asesinato, aunque existe una gran cantidad de pruebas externas de que se produjo un robo. Tiene el nombre de Nicola por todas partes, pero no puedo entender cómo habría podido acceder a ella hace semanas cuando se suponía que estaba en prisión.

Pero no es la pintura de la que habla la leyenda. Se dice que el marco fue cambiado a mediados del siglo veinte, reemplazado por uno hueco que alberga diamantes sin tallar extraídos de las minas de Siberia a finales del siglo dieciocho y guardados en un consulado ruso sin nombre en Glasgow.

Cuánto de esto es cierto está por comprobar, pero tengo mis dudas. Aun así, estos garabatos de diamantes dibujados en mi diario privado junto a notas sobre Rafael solo mostrarán a Costa mis pensamientos, y si se da cuenta y registra este lugar, es probable que descubra qué puede ser tan especial en ello.

Arranco las páginas y vuelvo a guardar el diario, las arrugo y las llevo conmigo al baño. El agua está tan caliente que todo el baño está lleno de vapor, el espejo y la ventana empañados. Tiro el papel arrugado al inodoro y tiro de la cadena, luego dejo mi ropa sobre el tocador junto al lavabo y me meto bajo el chorro de agua.

Permití que Nicola me arrastrara a un círculo mortal de falsificadores y ladrones de arte y casi me cuesta la vida. Ahora ha vuelto, y no se dará por vencido hasta que consiga lo que quiere. No se suponía que yo formara parte de su plan antes. Vino a mí y nos enamoramos, y vi el mundo en sus ojos. Amaba el arte y sentía pasión por los clásicos. Una vez volamos hasta el Kremlin para ver un Rembrandt expuesto.

Pero era demasiado bueno para ser verdad.

El agua intenta relajar mi tensión, pero no puedo quitarme el miedo. El vino ayuda más. Me termino la copa y a partir de ahí lo dejo, bebiendo directamente de la botella ahora. Se queda conmigo en la ducha mientras lucho por decidir qué hacer a continuación.

Nicola me convenció para falsificar aquel Da Vinci como medio para protegerlo de los ladrones que vendrían a robarlo. Aparentemente es una estafa bastante común: convencer al conservador de arte o al dueño de la galería de que va a producirse un robo, luego contratar a un artista para falsificar la pintura. Cuando no está expuesta, la pintura es vulnerable, bajo menos escrutinio y con menos protecciones. El ladrón luego se lleva la pintura real, dejando la falsificación, o en mi caso, se llevaron ambas, y me inculparon del crimen.

Matthias fue el único que creyó que yo había tenido la mejor intención: proteger el original. Perdí mi trabajo en el museo y casi la vida cuando Nicola se escapó después de su comparecencia y casi me estrangula. La policía lo atrapó y lo metió en la cárcel, y desde entonces he vivido con los nervios de punta.

Quizás falsificar el Rafael no sea lo correcto. Tal vez debería simplemente entregarle a Matthias el original intacto en el marco. Pero si Victor Costa descubre que he dado su pintura a la Interpol, seguro que no estará contento. Ya me ha puesto una pistola en el costado una vez, no dudará en liquidarme sin pestañear.

Así que ahora tengo un problema aún peor.

No solo estoy ejecutando la misma trama en la que casi caí antes, sino que dos hombres quieren la obra auténtica y lo único que yo quiero es salir viva de esto. Me seco y llamo a Matthias, pero no contesta. Va directamente al buzón de voz. Quiero reunirme con él en la galería ahora, esta noche. Darle la pintura y liberarme de todo este asunto. Tal vez pueda ayudarme a salir de la ciudad, encontrar algún lugar seguro donde esconderme hasta que se calmen las cosas.

Pero no está contestando, y cuanto más bebo, más cansada me siento hasta que me quedo dormida con el teléfono en la mano, la toalla todavía envuelta alrededor de mi torso, los ojos pesados por el vino.

Si salgo viva de esta, me prometo a mí misma que me mudaré a Japón o Canadá. A algún lugar lejos de aquí donde nadie pueda encontrarme. Y nunca volveré a mirar otro Rafael.

VICTOR

Todavía no se ha tomado la decisión de deshacerme de este cuadro, pero cuando mi padre convoca una reunión con Antony, no me queda elección. Me siento frente a él junto a una muy nerviosa Srta. De Luca, que parece no entender completamente el concepto de discreción. El reservado privado está pensado para disimular la reunión que estamos manteniendo, pero no puede hacer nada por sus gestos o postura.

—Verá, Sr. Costa, tenemos algunas partes realmente interesadas —Antony desliza varios papeles por la mesa hacia mí: perfiles de compradores muy interesados en el Rafael en caso de que decida venderlo. Por supuesto que nunca venderé el original, pero ¿una falsificación? Eso sigue siendo una posibilidad.

Vi el excelente trabajo que Isabella hizo para falsificar el cuadro, aunque ella no sabe que me he dado cuenta. Al menos, no parece dar a entender que lo sabe. Cuando lo vi fuera del marco, fue lo primero que pensé, y no había forma de confundir el olor a pintura en el aire y el brillo de la pintura fresca en el lienzo. Es una pequeña astuta, eso se lo concedo. Pero mis fuentes me han dicho que el cuadro sigue en algún lugar de la galería. Me pregunto si Nico Giani sabe dónde está.

—Son cifras interesantes, pero son bajas —Echo un vistazo a las ofertas que me presentan y me río en su cara. Isabella estira el

cuello por encima de mi hombro como para ver los números. Solo con tenerla a ella debería ser prueba suficiente para este intermediario de que el cuadro es auténtico, a pesar de saber que la falsificación es la que le presentaré. Él no sabe eso. Todo lo que sabe es que Isabella De Luca es la mayor experta del mundo y está sentada a mi lado diciendo que la obra es auténtica.

—¿Se da cuenta de lo que está rechazando? ¿Qué diría su padre? Él tiene lo que quiere —Antony nunca me desafía, excepto cuando mi padre le incita a hacerlo, y ahora mismo estoy completamente seguro de que esto es obra de Emilio Costa y su obsesión con el marco.

Miro a Isabella. Su rostro está pálido pero decidido. Incluso ella sabe que esta oferta no es tan buena. Cuatro millones de dólares americanos ni se acercan a los trece en que está valorado y no aceptaré ni un céntimo menos. De hecho, una vez que descubra qué demonios está pasando con ese marco que planeo radiografiar, probablemente aumentaré esa cifra sustancialmente.

—¿Qué opina? —le pregunto, y ella aprieta los labios hasta formar una fina línea mientras examina las ofertas. Sus manos clasifican las hojas de papel, extendiéndolas sobre la mesa vacía. No estamos aquí para comer. Estamos aquí para hacer negocios. Aunque, si dependiera de mí, la tendría a ella extendida sobre esta mesa devorándola cuando terminemos aquí.

—Bueno... —Su leve pausa para dar énfasis parece molestar a Antony. Frunce el ceño y contrae los labios mientras me lanza una mirada—. Puedo afirmar con certeza que el cuadro que el Sr. Costa trajo a la galería para que yo lo autentificara es el Rafael auténtico. Se vendió en...

—Ahórrame la lección de historia, cariño —Antony está siendo brusco y francamente grosero. Cierro los dedos en un puño para evitar hacer algo muy estúpido en un lugar tan público, pero levanto la barbilla, entrecerrando los ojos hacia él para enviarle un mensaje.

—Sr. D'Angelo, permítame recordarle que la Srta. De Luca es la máxima autoridad en Rafael y usted le hablará en un tono más respetuoso, o iremos a mi despacho de atrás y le cortaré la lengua y dejaré que se ahogue en su propia sangre. ¿Me he explicado con claridad? —Mi amenaza no es en vano. Alargo la mano opuesta hacia los cubiertos envueltos en una gruesa servilleta negra y la desenrollo, exponiendo el cuchillo para carne.

—Sr. Costa, yo...

—Eso es... Diga mi nombre otra vez, reptil rastrero. Recuerde quién soy. No me importa lo que mi padre le haya dicho. Le destriparé como el cerdo que es en un abrir y cerrar de ojos. Yo estoy al mando aquí, y usted hace lo que yo diga. Ahora escuche la respuesta de la Srta. De Luca —Me giro hacia ella, que está temblando, con la mano temblorosa mientras la baja a su regazo, probablemente para ocultar el temblor.

—Bueno —comienza de nuevo, pareciendo aún más nerviosa que antes—. Según lo que sé, valoro el cuadro entre doce y catorce millones de dólares americanos —Su cabeza se inclina. Sus ojos se alzan para encontrarse con mi mirada a través de sus pestañas—. No aceptaría menos de doce millones y medio.

Antony no está convencido, pero no dirá otra palabra ociosa sobre ella. Saco mi teléfono y lo abro en la aplicación de fotos. Ahí he guardado varias imágenes muy detalladas del Rafael que sé que Isabella guarda en algún lugar de esa galería, el auténtico, no del que ha traído impresiones para mostrarle. Deslizo mi teléfono por la mesa y asiento hacia él.

—Esto es de lo que estamos hablando, Antony. Necesita mejorar su oferta. Si ella dice doce millones y medio, eso es lo que quiero, más un diez por ciento por mis molestias. Y antes de que se niegue o diga una puta palabra sobre mi padre, recuerde con quién está tratando. Podría estar muerto antes de llegar a la puerta.

Sus ojos escanean la imagen en la pantalla de mi teléfono, y desliza hacia la derecha para ver algunas más. Mientras se le escapa un gruñido de frustración, levanta la mirada hacia Isabella y la fulmina con la mirada —Si ella pone su nombre en esto, algo sustancial, su reputación, para decir que esto es auténtico, aumentaré la apuesta. Pero su padre no va a estar contento.

Su teléfono empieza a sonar, y mete la mano en el bolsillo interior de su pecho y lo saca, levantando un dedo hacia mí mientras se levanta. Antony se desliza fuera del reservado y se aleja, y me quedo solo con una mujer que sigue temblando. Ella alcanza su copa de vino y da un sorbo, y yo le cojo la mano y me la llevo a los labios para besarle los nudillos.

—Dime, Bella, ¿sabes por qué mi padre insiste en que esta pintura es la parte prescindible? ¿Por qué es tan valioso el marco? —Me acerco a ella. Se remueve inquieta, bebiendo toda la copa antes de dejarla a un lado.

—Victor, no sé nada. —Sus palabras murmuradas suenan huecas, lanzadas hacia mí rápidamente sin pensar. Aparta la mirada de mis ojos. Veo cómo sus ojos se mueven de un lado a otro. Sabe algo, pero no está soltando información al respecto, lo que significa que mi llamada a Rocco para buscar una máquina de rayos X es probablemente la mejor decisión que he tomado en esta situación.

—Yo, eh... debería ir al baño. —Isabella se aleja de mí, poniéndose de pie justo cuando Antony regresa de su llamada telefónica. La observo alejarse y luego me dirijo a él para finalizar este trato, aunque llegaré al fondo de toda esta situación antes de dejarla fuera de mi vista hoy.

—¿Y bien? —pregunta Antony. No se molesta en volver a sentarse. Se queda de pie junto a la mesa, dejando algunos billetes como propina para el camarero que sin duda vendrá a retirar las copas vacías y la botella de vino.

—Ha dado su palabra. Ahora, si decido vender, te llamaré, y no aceptaré menos de trece coma ocho. —Examino cuidadosamente su expresión, que ahora no muestra vacilación ni reticencia.

—Entonces estaremos en contacto... Que tenga una buena noche, señor Costa, y dé mis saludos a su padre. —Nunca he conocido a un intermediario tan audaz como para intentar engañarme usando a mi padre como presión. No importaría si le rajara el cuello a este hombre ahora mismo. Mi padre respaldaría cualquier decisión que yo tome. Los intermediarios son muy comunes y podríamos encontrar uno nuevo mañana. Antony debería saber que no debe interponerse entre un padre y un hijo en este negocio.

Me pongo de pie, le hago un gesto con la cabeza y lo despido con la mano, luego busco a Isabella. El restaurante está concurrido, como siempre. Hay tantas mujeres con vestidos rojos que cada morena que veo me hace pensar que es ella. Incluso después de ir hasta el baño de señoras para esperar, no la encuentro, así que salgo por la puerta trasera hacia la fresca noche, y entonces la veo, de pie bajo una farola con aspecto bastante preocupado. Está con un hombre vestido con un traje oscuro, un abrigo largo y un sombrero de ala ancha que le da aspecto de estar esperando lluvia, y parece que no trama nada bueno.

ISABELLA

Estoy sudando profusamente por pura ansiedad mientras me tambaleo hacia los aseos. Hay una cola, tres mujeres esperando solo para entrar, y necesito aire ahora mismo. Paso directamente por delante de ellas por el estrecho y oscuro pasillo hasta la puerta trasera y salgo precipitadamente al fresco aire nocturno. Todavía me sorprende cómo los restaurantes tienen el aseo de señoras al final de pasillos oscuros como este con salidas al exterior. ¿No saben que los delincuentes podrían llevarse por la puerta a una mujer desprevenida?

El resplandor de una farola me invita a situarme bajo su luz, donde hay un banco convenientemente ubicado. No me siento, pero me apoyo en él mientras recupero el control de mis piernas. El "conocido" de Victor, con quien insistió en que me reuniera y hablara, es Antony D'Angelo, uno de los hombres involucrados en los turbios negocios de Nicola en el pasado. Sabía que toda esta situación no era lo que Victor me hizo creer aquella noche en la galería. Ha robado el Rafael y está intentando venderlo. Necesito a Matthias.

Mis manos tiemblan mientras las deslizo por la parte delantera de mi vestido rojo. El bolsillo oculto en mi muslo es donde siempre guardo mi móvil, pero soy una idiota. Lo he dejado en la mesa o quizás en la limusina de Victor cuando me recogió. Quiero llamar a Paolo, decirle que saque el cuadro auténtico de la galería, o tal vez a

Matthias de nuevo—no ha respondido a ninguno de mis mensajes en días. Pero no tengo forma de hacerlo.

—¿Señorita Isabella Rosaria De Luca? —escucho, y me pongo tensa. No es frecuente que oiga mi nombre completo pronunciado así, no desde que mi padre me regañaba de niña, aparte de algunas veces durante la investigación sobre Nicola. Me giro lentamente y veo una figura oscura acercándose. Es un hombre de al menos cuarenta años, pelo oscuro, traje oscuro, gabardina larga. La forma en que lleva su sombrero fedora bajado sobre los ojos resulta sospechosa.

—Sí —murmuro, preparándome para cualquier cosa que este hombre quiera. No lleva un arma en la mano, pero sí tiene algo, ¿una cartera quizás?

—Soy el detective Marco Gallo de Interpol... ¿Puedo hablar con usted un momento? —Mira hacia el edificio, la puerta trasera del restaurante permite que un resquicio de luz dibuje una línea en la acera que conduce hasta ella.

Yo también miro hacia allí, sintiéndome de repente insegura, como si este hombre que dice ser de las autoridades supusiera una amenaza en lugar de una solución. ¿No es eso lo que quiero? ¿Tener a Matthias aquí para desahogarme? Y este hombre, que ahora me muestra sus credenciales, es uno de ellos—de los buenos.

—Eh, sí... yo llamé... —Mis palabras quedan en el aire. En realidad no he llamado a Interpol. He llamado a Matthias a su número personal. Nadie de Interpol excepto Matthias sabe que he hecho esa llamada. Puede que ni siquiera se lo haya contado a nadie.

—Sí, lo sé. —Mantiene su placa en alto durante varios segundos para que pueda leerla con atención. Dice "*Dt. Marco Gallo, Unidad de Obras de Arte*". Ahí es donde trabaja Matthias, y el reconocimiento en el rostro de este hombre lo dice todo. Siento alivio cuando dice—: Mi compañero es Matthias Winslow, pero está inactivo—le han apartado de este caso. —Cierra su placa de golpe y la desliza dentro de su abrigo mientras se acerca más.

Debería sentirme alarmada ahora, pero no es así. Miro de nuevo al restaurante y suspiro.

—Le llamé por el Rafael perdido. Lo tengo en mi poder. Quiero dárselo a Matthias para que él pueda...

—Dámelo a mí —dice secamente—. Yo me encargaré. —Se acerca aún más, y yo retrocedo un paso. Siento invadido mi espacio personal.

—Bueno, confío en Matthias porque hemos trabajado juntos antes. ¿Por qué está fuera del caso? ¿Puedo seguir reuniéndome con él sobre esto? Tengo más detalles, como el hecho de que Nicola...

—Dame el cuadro —dice de nuevo, esta vez más exigente, y de repente, vuelvo a estar en guardia. Este hombre no está aquí para ser amable, no como lo sería Matthias.

—Si me deja explicar. Verá, tenía una reunión pactada con...

—Te he dicho, señora, que Winslow está fuera. Yo me encargo de este caso, y me vas a dar ese cuadro o me aseguraré de que tú y tu preciada obra de arte nunca volváis a ver la luz del día. —Se inclina hacia delante mientras mete la mano en su abrigo, y tengo la sensación de que va a sacar una pistola. Quiero correr, pero entre los arbustos, el edificio y el banco, estoy acorralada. En lugar de un arma, el hombre saca su teléfono, mostrándome la pantalla. Es una imagen del interior de mi apartamento, con uno de mis cuadros originales colgado en la pared.

—¿Qué? —murmuro, llevándome la mano a los labios.

—He dicho que el cuadro ahora es mío. Entrégamelo y no te pasará nada. —Sus ojos se entrecierran mirándome, y al mismo tiempo, ambos oímos un ruido. Mi cabeza se gira hacia el sonido—la puerta trasera del restaurante cerrándose. Es Victor, y no parece complacido de ver a este hombre tan cerca de mí—. Tres días, señora —dice el hombre, y se marcha antes de que Victor pueda alcanzarnos.

Ahora temblando más que antes, me refugio en los brazos de Victor y me estremezco mientras él me rodea con ellos.

—¿Quién era ese? —pregunta. Su voz resuena en todo mi ser, haciéndome sentir inmediatamente más segura, ¿pero a qué precio? Este hombre es tan peligroso como el que acaba de confrontarme, si no más.

—El hombre... Él... —No puedo formar palabras para contarle lo que ha pasado. ¿Cómo podría? ¿Decirle que su cuadro corre el riesgo de ser robado por un agente corrupto de Interpol, si es que ese hombre es siquiera un agente? Mi mente va a toda velocidad mientras sigo temblando. Necesito hacer llegar la información a Matthias de alguna manera, decirle que alguien está presionando para conseguir ese Rafael desde dentro, alguien que trabaja con él.

—Déjame llevarte a casa —dice Victor con calma. Es lo más reconfortante que su voz ha sido para mí jamás, pero no estoy segura de querer ir allí. Ese hombre ha estado en mi casa. Ha visto mis cuadros, ha violado mi sensación de seguridad.

—No puedo. Llévame a un hotel. Ese hombre tenía fotos de mi apartamento. Ha estado allí —No sé si estoy siendo muy coherente, pero Victor se tensa y su abrazo se vuelve rígido. La forma en que sus brazos se estrechan a mi alrededor es alarmante al principio, luego reconfortante.

—¿Ha estado en tu apartamento? —pregunta, y yo asiento—. ¿Esto es por el Rafael, entonces? —De nuevo, asiento. No quiero entrar en detalles porque no estoy segura de qué puedo decirle ahora mismo. Ya no sé quién es de fiar.

—Te llevaré a mi casa —dice Victor con firmeza, y siento cómo gira mi cuerpo. Quiero protestar, pero él es muy fuerte. No puedo resistirme a su movimiento.

—Un hotel está bien. —Mis pies pesan mientras caminamos hacia el aparcamiento. Veo a su chófer acercando la limusina, pero el

hombre ha desaparecido. Marco Gallo. Tengo que recordar ese nombre.

—Si pueden entrar en tu apartamento, pueden entrar en un hotel. Ahora te quedarás conmigo, y es definitivo. Yo te metí en esto, y estarás más segura bajo mi vigilancia. —La limusina se detiene y él abre la puerta. No quiero ir con él. Quiero ir a casa, sentirme segura de nuevo, pero sé que no tengo alternativa.

Victor tiene razón. Él me metió en este lío, y aunque no creo que Nicola pudiera entrar en mi apartamento sin que yo estuviera allí, ese imbécil de la Interpol lo hizo. Probablemente hay un centenar de ladrones de arte y contrabandistas en esta ciudad buscando localizarme y conseguir el cuadro. No pedí tener este objetivo en mi espalda, pero ahí está. Es justo que Victor sea quien me proteja hasta que todo esto termine.

Así que subo y permanezco en silencio durante todo el trayecto. Victor está al teléfono haciendo llamadas. Aparentemente, a algunos hombres de la Policía que probablemente tiene en el bolsillo. Hombres así tampoco pueden detener a Nicola. Necesito a Matthias, lo que me recuerda buscar mi teléfono. Lo encuentro metido en la grieta del cojín de cuero y lo saco, inmediatamente marco el número de Matthias, y salta directamente al buzón de voz.

El trayecto es corto. Victor termina sus llamadas cuando atravesamos las puertas de una propiedad enorme. El coche avanza por un camino de hormigón pasando hileras de viñedos y arbustos iluminados por luces superiores. La casa en la distancia tiene el encanto de una villa de mediados de siglo, pero también es enorme, fácilmente la casa más grande que jamás he visto con mis propios ojos.

—¿Aquí es donde vives? —pregunto, boquiabierta. Mi mano presiona contra el cristal, la frente a milímetros mientras mi aliento empaña la ventana. Estoy hipnotizada.

Victor resopla y gruñe:

—Sí. Mi hogar... Espera a ver el interior. —Su tono casi parece una risa, pero le miro y veo una expresión impasible. Me pregunto si este hombre sonríe alguna vez por algo.

Y tiene razón.

El interior de la casa es más impresionante que el recorrido por el largo y sinuoso camino de entrada. El vestíbulo principal es todo de mármol. Una gran fuente con una reproducción del David sentada en el centro domina el recibidor. Escaleras de caracol abrazan las paredes, girando para subir al segundo piso. La luz fluye desde habitaciones a la izquierda y a la derecha, una sala de estar y lo que parece ser un despacho, y justo enfrente hay lo que solo puedo describir como un salón de baile, probablemente un comedor formal sin la mesa.

Las alfombras persas en todas las habitaciones hacen juego, animales exóticos disecados en las paredes, y el reloj de pie Howard Miller a lo largo de la pared del fondo llama mi atención. Pero nada me prepara para lo que veo colgado por todas partes en las paredes.

Obras de arte...

Arte magnífico y costoso de todos los siglos. Algunas puedo ver que son reproducciones de inmediato, pero el Jackson Pollock es definitivamente auténtico. Recuerdo que se vendió por setenta millones en una subasta; simplemente no tenía ni idea de que fuera la familia Costa quien lo compró.

—Pareces impresionada —dice mientras me alejo, con los ojos muy abiertos y la mandíbula suelta.

—Impresionada... —repito mientras me acerco a un cuadro que parece ser un Monet auténtico. Me encantaría llamar a mi amigo en París para autentificarlo, pero por ahora estoy asombrada—. Victor, estos cuadros deben valer más que toda tu casa.

—Te dije que estarías segura aquí. —Su voz carece de compasión, como si fuera un objeto para mantener bajo llave y no una vida

humana invaluable. El arte por sí solo es suficiente para cautivarme, así que cuando me giro para verlo mirándome a mí y no a estas preciosas obras, siento que mis mejillas se sonrojan.

—Isabella, dime qué sabes sobre ese Rafael. —Se acerca a mí y se para frente a mí mientras se deshace la corbata y me mira fijamente.

Pienso por un momento en ignorar lo que está sucediendo, continuar con mi curso previsto de entregar el Rafael y pasarle mi falsificación a Victor. Si la recompensa de la que he oído hablar es legítima, puede ser suficiente para ayudarme a reubicarme, empezar de nuevo en otro lugar. Matthias podría conseguirme una nueva identidad. Podría vivir en París o Milán, pintar mis propias obras.

Pero la sinceridad en sus ojos, la forma en que me protegió después de esa extraña interacción con ese hombre... No puedo evitar ver su lado humano. No me está apuntando con una pistola en la cabeza exigiendo respuestas. Quiere saber la verdad sobre algo que cree que le pertenece, y yo tengo respuestas a sus preguntas.

—Mi ex novio es un ladrón de arte. —Tengo que empezar por el principio. No puedo saltarme partes para llegar a lo que me pregunta. Si lo hago, de todos modos seguirá indagando más. Camino a lo largo de la pared, alejándome de él, mirando un hermoso cuadro tras otro—. Está tras el Rafael, y algunas personas piensan que él es la mejor persona para el trabajo. —Yo también lo pienso. Sé cómo es Nicola.

—¿Nicola Vitale? —pregunta, y me giro hacia él con curiosidad por un momento, pero no me sorprende que conozca a Nicola. Están en la misma peligrosa línea de trabajo.

Asiento y continúo:

—Quiere el Rafael para cobrar la recompensa, o tal vez para venderlo él mismo. Para él todo es cuestión de dinero. Nada más.

—¿Y el hombre de esta noche? —Victor me sigue ahora, a unos pasos detrás de mí, pero siento sus ojos sobre mí mientras los míos están en su obra de arte.

—Otro jugador en este juego, un hombre que quiere el cuadro peor que Nicola. —Me estremezco al recordar mi apartamento en una imagen de su teléfono—. Hay algo muy interesante sobre ese cuadro y el marco. —Me ha preguntado más de una vez sobre el marco, y tal vez merece saberlo. Estoy confundida por todo esto, y con mi única fuente de verdadera ayuda desvaneciéndose en la memoria, no estoy segura de a dónde recurrir. Me siento segura con Victor.

—Sí, sobre el marco... Cuéntame lo que has oído —me toca el codo y me detengo, girándome para mirarle. Está cerca de mí ahora, tan cerca que puedo oler su colonia y su almizcle. Es una mezcla embriagadora que me relaja. Su corbata ha desaparecido y tiene la camisa desabrochada en la parte superior. Mis ojos bajan hasta ver el borde de su clavícula y luego vuelven a sus ojos.

—He oído que hay diamantes en el marco que valen millones... Pero lo que es más, son muy especiales por alguna razón —no puedo verificar la autenticidad del marco, pero su peso por sí solo me dice que hay más de lo que se ve a simple vista.

—Ya veo —dice mientras sus ojos caen a mis labios y se detienen allí, observándolos—. ¿Y crees que el rumor es cierto? —parpadea lentamente y su mirada vuelve a subir, su mano flotando hacia mí para posarse en mi cadera.

—No estoy segura de lo que es verdad o lo que es mentira. Solo sé que estoy en medio de otro escándalo. Apenas sobreviví al último —me estremezco al recordar la mano de Nicola en mi garganta, ahora más de una vez lo ha hecho.

—Bueno, creo que necesitamos hacer algo de investigación —su pulgar recorre el borde de mi hueso de la cadera, acariciándolo firmemente mientras me atrae hacia él—. Mi padre ha estado

obsesionado con ese cuadro, pero yo tengo una obsesión que él nunca entenderá.

Tengo la sensación de que esa obsesión soy yo, y no me molesta tanto. La idea de que Victor Costa derrame tanta riqueza, prestigio y clase solo por mí, solo por permitirme ver sus pinturas y obras de arte... No puedo imaginar lo que haría si estuviera enamorado.

—¿Qué es? —pregunto, lamiéndome el labio inferior. Quiero luchar contra el impulso de disfrutar este momento, pero no lo hago. Es encantador y elegante. Su pasión por el arte me abruma. Nunca he estado tan impresionada por una colección de arte como para estar dispuesta a pasar por alto los pecados de alguien, pero aquí estoy haciéndolo.

—Tú, por supuesto —susurra antes de inclinarse para cerrar la distancia entre nosotros. Mi cuerpo está ardiendo, mi mente ya está olvidando la emoción de la noche. Solo somos él y yo, y todo en lo que puedo pensar es en el creciente dolor en mi vientre.

Le he dicho lo que sé y no sale corriendo a destruir un marco por unos diamantes. Supongo que algunas cosas pueden esperar. Algunas cosas son más importantes que el dinero, al menos a corto plazo.

VICTOR

Los labios de Isabella son flexibles, suaves. Bailan sobre los míos mientras profundizo la conexión entre nosotros, atrayéndola con más fuerza contra mi cuerpo. Ella extiende las manos sobre mi pecho y echa la cabeza hacia atrás, dejando caer la mandíbula. Estoy embelesado, sorprendido por lo hermosa que es por dentro y por fuera. Frente al peligro, se derrite en mis brazos. Excitada, hace lo mismo conmigo. Pero su honestidad es refrescante. Me ha dado lo que sabe, y ahora voy a recompensarla.

La empujo a través de la habitación hacia el pasillo oscurecido. Se desliza sin esfuerzo, aferrándose a mi cuello mientras continúo besándola. Mis ojos están abiertos, buscando, y ella es como arcilla bajo mi tacto. Mis manos exploran sus curvas, suavemente al principio, luego con más rudeza mientras nos dirigimos hacia mi dormitorio. Sus manos trabajan para desabotonar mi camisa. Le bajo la cremallera del vestido que lleva y dejo que mis manos se deslicen por su espalda hasta que mis meñiques rozan el elástico de sus bragas.

En mi habitación, interrumpo el beso sensual con un suspiro, con la polla palpitando en mis pantalones. Arrastro mis uñas por su espalda, haciendo que se arquee con más fuerza contra mí, suplicando silenciosamente por más. Su gemido es música para mis oídos mientras busco en mi cajón y saco el objeto que necesito.

Una fusta de equitación.

Los ojos de Isabella se ensanchan, pero no se aparta de mí en señal de resistencia. Mi respeto por ella crece diez veces más ante ese único y minúsculo acto de desafío. Sus ojos se fijan en los míos mientras deslizo la fusta sobre sus costillas, luego su cadera, estrechando mi mirada en el hueco entre sus pechos. Con solo un leve movimiento de cabeza hacia su hombro, mi barba incipiente podría raspar su piel mientras hundo mis dientes en ella, pero no se echa atrás.

—Necesito que des un paso atrás para mí, preciosa —digo con voz ronca, luchando por controlarme en su presencia. Su aroma me consume mientras sus ojos se posan en la herramienta de nuestra lujuria tortuosa en mis manos. Observo cómo un rubor se extiende por su cuello, y ella obedece, dando unos pasos atrás. Levanta las manos, deslizando los anchos tirantes de lentejuelas de su vestido por sus hombros. La tela se desliza sobre sus curvas sin esfuerzo, acumulándose a sus pies, y contemplo la visión de sus pezones erectos.

—Impresionante... Como un raro Degas —mis ojos la devoran antes de dar un paso adelante. Engancho mis dedos en sus bragas y, con un rápido movimiento, están abajo en sus tobillos. Ella sale de ellas sin decir palabra, y tomo sus muñecas en las mías, guiándola a la cama donde suavemente la subo al colchón.

Empieza a quitarse los zapatos, pero chasqueo la lengua y levanto las cejas, y ella los deja puestos. Sus muñecas son suaves, delicadas mientras las envuelvo con ataduras de seda de mi mesita de noche, atándola al cabecero. Exhala un suspiro tembloroso pero no protesta, no se retuerce. Sus ojos observan cada movimiento que hago, y me gusta ese toque de miedo mezclado con la mirada de pura lujuria que me da. Puedo olerla, excitada y suplicándome que la folle.

—Mmm —murmuro mientras camino por los pies de la cama como un depredador a punto de abalanzarse sobre su presa—. Parece que

has sido una chica muy mala esta noche, ¿no es así, Isabella?

Sus mejillas se encienden rojas de excitación y se muerde el labio inferior antes de arquear sus caderas hacia arriba para mí. —Sí, quizás lo he sido.

—¿Quizás? —digo arrastrando las palabras, agarrando su tobillo y levantándolo. La fusta se desliza por su pierna hasta su centro, donde golpeo ligeramente su clítoris—. Estás empapada para mí, Bella. ¿Te excita mi lado oscuro? ¿Te gusta que nada esté fuera de mis límites? ¿Que consigo lo que quiero? —Todos menos uno de esos cuadros son robados, y me pregunto cuánto sabe ella al respecto.

No responde. En cambio, deja caer sus rodillas separadas, buscando más contacto. Su sexo está húmedo e hinchado mientras golpeo con la fusta contra la parte interior de su muslo, disfrutando tanto del sonido del cuero en su piel como de la forma en que sisea. Con el labio apretado entre sus dientes, sigue sin romper el contacto visual. No sé en qué tipo de cosas está metida, pero estoy a punto de desatar toda mi furia sobre ella.

—¿No tienes nada que decir al respecto, Isabella? —Arrastro la fusta por su estómago y entre sus piernas. Sus caderas se sacuden involuntariamente. Sus labios están tan hinchados y húmedos que casi puedo saborearla en mi lengua.

—Me... me gusta —jadea mientras le hago cosquillas en el lateral de su sexo antes de golpear de nuevo la punta de la fusta contra su clítoris. Se sacude otra vez, pero no cierra las piernas—. Me gusta cómo tú... —El resto de su frase se pierde en un gemido cuando la golpeo de nuevo, esta vez con más fuerza.

Isabella tira de sus ataduras, y no pienso ni por un segundo que esté tratando de escapar. Quiere tocarse. La tengo justo donde quiero mientras me desabrocho el cinturón y me lo quito, me saco los zapatos, y me desprendo de la camisa.

—Dímelo otra vez —le susurro al oído antes de lamerle la mejilla—. Dime cuánto te gusta. ¿De quién es este coño, Bella? —Golpeo con la fusta su centro de nuevo, dándole de lleno, y ella gime y se estremece. Está jadeando, temblando en mi cama mientras anticipa lo que puedo hacer a continuación.

—Tuyo, Victor. Yo... —Jadea—. Puedes tenerlo.

—Esa es una afirmación bastante atrevida, Bella. ¿Estás segura? —pregunto. Arqueo una ceja y arrastro la fusta más arriba, acariciando su clavícula, el lóbulo de su oreja, el lateral de su cuello antes de golpear ligeramente la punta de su pezón. Ella arquea la espalda y se olvida de respirar mientras un fuerte suspiro escapa de sus labios —. Porque una vez que te tenga, no creo que jamás quieras a nadie más. ¿Eso te asusta, preciosa? —pregunto, trazando la punta de la fusta a lo largo de su labio inferior mientras me deslizo en la cama con ella.

—Mmm... —Su gemido es un quejido pero música para mis oídos. Me observa mientras me quito los pantalones y los bóxers, lanzándolos antes de ponerme de rodillas junto a ella. Mi polla está dura como una roca. La acaricio, y ella me mira, pasando la lengua por su labio inferior.

—No —susurra—. No me asusta.

—¿Y por qué es eso, Bella? Dímelo —la incito, envolviendo mi mano alrededor de su tobillo y atrayendo su pierna hacia mí. Mi polla golpea contra su entrada húmeda antes de que la deslice a lo largo de su hendidura. Sus jugos cubren la cabeza mientras ella gime y se muerde el labio inferior. Con mi punta buscando la entrada a su núcleo, empujo hacia adelante en su húmedo calor, solo para rozar contra su centro de manera provocativa.

—Porque —jadea—. Te deseo. Te deseo tanto que no puedo pensar con claridad... por favor.

—¿Qué...? —susurra mientras me retiro y se lo niego de nuevo. Sus caderas se sacuden fuera de la cama, pero soy implacable en mi tormento. En lugar de hundirme en sus profundidades, arrastro mi punta hacia arriba, encontrando su sexo húmedo y dolorido. Rodeo su clítoris antes de deslizarme apenas dentro para luego salir otra vez—. Dios, deja de torturarme —grita mientras sus dedos se crispan.

La fusta en mi mano es demasiado tentadora. La hago descender en un fuerte y sonoro golpe en la parte exterior de su muslo, y su cuerpo se levanta del colchón mientras empujo hacia adelante, nuestros cuerpos colisionando con fuerza.

—No he terminado, Bella —gruño, enterrándome hasta el fondo dentro de ella, y ella gime entrecortadamente—. Deberías haber sabido que no es bueno provocarme. Ahora tendrás que lidiar con mi lado oscuro.

—P-Por favor —suplica sin aliento, su sexo apretando mi polla como una pinza.

—Me encanta cuando suplicas —gruño en su oído, mis embestidas aumentando en velocidad e intensidad. Alcanzo hacia abajo y agarro bruscamente sus pechos, retorciendo sus pezones con tanta fuerza que ella se arquea fuera de la cama, clavando febrilmente sus uñas en las restricciones—. Puedo hacer lo que quiera contigo, Bella. —Golpeo su trasero con la fusta, frotando mi hueso púbico contra su clítoris mientras azoto de nuevo su nalga hinchada.

—Oh, Dios —gime entrecortadamente—. Yo... —Su frase se pierde en una serie de obscenidades mientras alcanza el clímax sobre mí, apretándome tan fuertemente que apenas puedo embestir, pero se siente demasiado bien para importarme. El marco de la cama golpea contra la pared y su centro pulsa a mi alrededor, ordeñándome. No estoy lejos, empujando mi polla profundamente dentro de ella una última vez antes de descargarme como un camión, pintando su interior de blanco.

—Vic... —Jadea, tratando de recuperar el aliento mientras beso el lado de su cuello, absorbiendo su aroma mientras saco mi polla de su núcleo caliente y apretado. Mi mano se estira y tira del extremo de la corbata de seda, liberando sus muñecas, y ella desliza sus brazos alrededor de mi pecho. Me acuesto encima de ella, respirando su aroma, dejando que mi semen se drene de su cuerpo mientras sus piernas envuelven mis caderas.

—Jodidamente bueno —le digo, y ella me muerde el hombro, pequeña recompensa por la forma en que la he tratado hasta ahora esta noche.

Me aparto y encuentro mi whisky y dos vasos en mi mesita. Ella se gira de lado para observarme mientras los lleno con el líquido ámbar y toma uno cuando se lo ofrezco. La cama se tambalea cuando me deslizo a su lado y tiro de la sábana sobre nuestros cuerpos, y ella sorbe su licor mientras me mira, todavía sin hablar.

—¿Por qué te niegas lo que realmente quieres, Bella? —Mi apodo cariñoso para ella es más que solo un acortamiento de su nombre. Es hermosa en todas las formas que importan, y es mi debilidad hacia ella lo que trae ese nombre a mis labios.

—Como si supieras lo que realmente quiero. —Sus ojos me observan por encima del borde del vaso—. ¿Por qué haces cualquier cosa de las que haces? —Las palabras son acusatorias. Le he dejado ver quién soy completamente, y este es su juicio. Estoy tentado a echarla de mi cama, pero esa es la vulnerabilidad de este momento. Si alguna vez quiero conseguir que baje la guardia, tengo que bajar la mía.

—Como si supieras lo que quiero —digo, repitiéndola. Reflexionando por un momento, bebo de mi vaso lleno y pienso en voz alta sobre lo que realmente quiero por un momento—. Realmente quiero hacer algo con mi arte... Con el don que me han dado, más allá de las falsificaciones y actividades criminales. Hacer que este mundo sienta tan profundamente como yo simplemente con las pinceladas en el lienzo.

Ella se burla, rodando sobre su espalda antes de deslizarse hacia arriba en el colchón para apoyarse en el cabecero. Duele, la forma en que ya ha decidido sobre mis motivos e intenciones. Supongo que es mi culpa. Siempre he sido solo el peón de mi padre, solo he hecho lo que él espera. Pero el arte es lo que puede cambiar el mundo, una comunicación universal para las almas que supera la lógica o el pragmatismo. Respira esperanza e inspiración donde solo se ve oscuridad.

—Eres una de las almas en este planeta que entiende que la belleza puede cambiar el mundo... —Mi comentario parece suavizar su dureza. Sus hombros se relajan, y pienso en cuánto importa su opinión. Simplemente no sé por qué. Quizás porque he visto su pasión y sé que rivaliza con la mía. O tal vez porque su disposición a ver el verdadero lado oscuro de mí sin retroceder por completo es algo que siempre he necesitado... Porque valoro el hecho de que no esté a mi nivel, que de alguna manera, su superioridad moral y aprobación significan que no soy el hombre malvado que algunas personas creen que soy.

—Algún día, quiero transformar las horribles prácticas de esta familia en un negocio de arte legítimo. No estoy seguro de cómo, o cuándo, pero lo haré. —La declaración se sienta entre nosotros como una cinta que une nuestros corazones. Veo que su vaso está vacío y me estiro para tomarlo—. Serviré otro —le digo, pero ella ya está fuera de la cama antes que yo.

—Necesito irme. Debería estar en un hotel. Agradezco tu hospitalidad, pero no puedo quedarme esta noche, Victor. —Esto no es normal. Yo soy quien se acuesta con mujeres y las despide, no al revés, pero no voy a obligarla a quedarse.

—Te enviaré con Gerard. Él te llevará a donde quieras ir. —No puedo mostrar cuánto me duele que se vaya después de mi confesión, pero de todos modos, tengo trabajo que hacer.

Ella se viste, y yo me pongo los pantalones y la acompaño a la salida. Gerard la está esperando y le abre la puerta. Cuando está

instalada de manera segura en el interior, lo aparto para darle instrucciones porque nadie pondrá jamás una mano encima de mi Bella y saldrá impune.

—Mantenla a salvo. ¿Me oyes? Vigila ese hotel y si ves algo extraño, llámame de inmediato. Hay gente vigilándola —mi expresión severa provoca un gesto de reconocimiento.

—Sí, señor. Entiendo —dice, y rodea el coche para subir. Los veo alejarse, pero no estoy seguro de que sea una buena idea. Con más jugadores en la partida, no puedo descuidarme. Sabía que esto podría suceder, y ahora es el momento de reclamar lo que es mío.

El cuadro.

Y la experta en arte.

Y nadie se acercará a ninguno de los dos.

ISABELLA

Estoy en el mostrador de recepción del Hotel Hyatt mirando por encima del hombro con solo el bolso que me llevé a la cena con Victor. Podría haber pasado por casa para coger algo de ropa, pero estoy asustada. Ese hombre en el aparcamiento del restaurante me ha dejado conmocionada. Sé lo valioso que es ese cuadro, y ahora que se ha corrido la voz de que ha aparecido, todos los canallas y criminales de la ciudad irán tras él. Vendrán de todo el mundo para tener la oportunidad de robarlo.

No es seguro estar en ningún sitio ahora mismo: ni en casa, ni en este hotel, y especialmente no en la mansión de Victor Costa. Aunque, al menos allí, estaría a salvo de las amenazas físicas de otros criminales. Pero mi corazón no está seguro allí, y mi futuro tampoco. Puedo ver con qué facilidad me tendría comiendo de su mano y mezclada en su negocio que él llamará arte legítimo pero que no será más que otro delito disfrazado bajo la superficie.

—¿Solo una habitación individual, entonces? —La mujer en el mostrador mira alrededor, como si estuviera esperando que apareciera una pareja o un socio comercial. Sé que el vestido de noche que llevo después de la cena no es la vestimenta más profesional que tengo, pero no soy una prostituta ni estoy aquí para alguna reunión clandestina. La expresión ansiosa que tengo debería delatarlo, pero ella parece no darse cuenta.

—Solo yo, gracias. ¿Y cómo es la seguridad por aquí? ¿Habéis tenido algún robo? —Me muerdo el interior de la mejilla y observo mientras teclea en su ordenador y luego pasa mi tarjeta de crédito. Tengo las palmas sudorosas y los hombros tensos. Me vendría bien un buen trago y un baño caliente, mis remedios habituales contra el estrés.

—Señora, aquí está tan segura como puede estar —Sus ojos se encuentran con los míos, y sonríe mientras desliza una llave de habitación y mi tarjeta de crédito a través del alto mostrador—. Esta es la habitación tres cero cuatro. Tome los ascensores a su derecha, y estará a la izquierda cuando llegue al tercer piso —Su mano gesticula como una azafata mientras habla—. Nuestro desayuno completo de cortesía comienza a servirse a las seis de la mañana y termina a las diez. Puede usar el spa, la piscina, el jacuzzi y el centro de salud. Y si tiene alguna pregunta, marque el cero para el conserje. Disfrute de su estancia.

Y ahora me mezclo, pareciendo como cualquier otro viajero que está aquí para pasar una noche de descanso y relajación mientras tomo mis tarjetas y las agarro con mi puño tembloroso. Le hago un gesto con la cabeza y me dirijo hacia los ascensores, todavía vigilando nerviosamente mi espalda. Ese hombre fue capaz de saber exactamente dónde estaba en ese restaurante. Estaba esperando a que saliera sola, o quizás me habría confrontado incluso si Victor hubiera estado cerca.

Eso significa que me estaba siguiendo. Y si me seguía entonces, también podría estar siguiéndome ahora. Al igual que otras cien amenazas potenciales, y solo pensarlo hace que se me erice el vello de los brazos.

Las puertas del ascensor se cierran y subo hasta el tercer piso sin incidentes. No hay nadie en el pasillo mientras camino hacia la habitación correcta y uso la tarjeta llave para abrir la puerta. Es bastante agradable por dentro, incluso mejor cuando pongo el cerrojo y la cadena en la puerta, y finalmente puedo relajarme.

Burdeos y oliva me rodean: cortinas, alfombra, ropa de cama. Es como una escena de una producción de bajo presupuesto, pero está limpia y me siento más segura. Me siento al borde de la cama y me quito los zapatos para masajear mis pies doloridos durante unos segundos. Luego cojo mi teléfono. Matthias tiene que saber lo que está pasando. Si Marco Gallo es un agente real de Interpol, Matthias puede aclararlo, y si no, sabré que es solo otro criminal intentando apuntarse un tanto.

Sin embargo, marco el número y va directamente al buzón de voz una vez más. Algo no encaja. Teníamos un plan para reunirnos para que yo le entregara ese cuadro y se suponía que él estaría en la galería, pero por lo que sé, nunca apareció, y ha estado desaparecido desde entonces.

—Joder —susurro, y tiro el teléfono sobre la cama. No tener cargador significa que se quedará sin batería durante la noche, pero quizás eso no sea algo horrible. Nadie sabe que estoy aquí excepto Victor, y solo porque su conductor me trajo aquí. Podría mantenerme escondida durante unos días, y el señor Giani se preocuparía, pero entendería cuando finalmente le cuente los hechos.

Cojo una mini botella de Fireball del minibar y voy al baño para preparar un baño. Me sorprende ver que tiene jets incorporados, lo que solo lo hace mucho más tentador. Puede que no sea mi casa, pero es lo más parecido que tengo a un momento de relajación. Y cuando empiezo a bajar la cremallera de mi vestido por segunda vez esta noche, oigo que alguien llama a la puerta.

Mi primer instinto es quedarme paralizada, sentir una descarga de adrenalina atravesarme, pero me arrastro hacia la puerta para averiguar quién está allí. Estoy detrás de acero reforzado con un cerrojo, un pestillo y una cadena para mantenerme dentro y a la persona del otro lado fuera. Pero me pongo de puntillas para ver a un botones con uniforme del hotel con una almohada y una manta en la mano. Debe haberse equivocado de habitación.

Molesta pero no asustada, quito la cadena y abro la puerta una rendija, sonriendo al joven. Probablemente apenas sea adulto, veintiuno o veintidós años, con ojos oscuros y tormentosos y rizos rubios finos.

—¿Sí? —digo, apoyándome en la puerta abierta.

—El servicio de limpieza me pidió que trajera esto —Sus ojos son inquietos, mirando alrededor por un segundo. Bajan hasta mi pecho y vuelven a subir, y me tenso mientras me examina.

—No pedí una almohada o manta extra. Debe haberse equivocado de habitación —Mi comentario llega mientras empiezo a retroceder y a cerrar la puerta, a lo que él reacciona a la velocidad del rayo, presionando una palma contra la puerta y negando con la cabeza.

En el instante en que lo hace, noto los tatuajes en sus nudillos, y el pánico me invade.

—Dijeron tres cero cuatro. Ahora voy a tener que hacer tu cama — Mira a ambos lados del pasillo y empujo la puerta para cerrarla. No está aquí por almohadas y mantas. Algo va muy mal.

Lucho con dedos temblorosos para alcanzar la cadena, pero mis manos están temblando demasiado y la luz en la cerradura de la puerta parpadea en verde antes de que el pomo gire de nuevo. De alguna manera tiene una llave. Alguien le ayudó a conseguir acceso a esta habitación y no sé quién.

—¡No! —grito, empujando la puerta, pero él es más fuerte que yo. La puerta se abre violentamente hacia dentro y él se abalanza sobre mí, rodeándome el cuello con ambas manos al instante. Me agarro a sus muñecas, tirando para intentar quitarme sus manos de la garganta, pero es demasiado poderoso. Me tiene doblada sobre el respaldo de la silla, con los pies agitándose. Va a matarme.

—¿Dónde está el cuadro, zorra?

Estoy indefensa, inmovilizada por este maníaco, pataleando y debatiéndome por mi vida. Veo pasar mi vida ante mis ojos: mis padres, ¿qué pensarán? Y Paolo, ¿cómo afrontará estar solo otra vez?

Y entonces veo una silueta imponente detrás del hombre con un jarrón grande en las manos. El hombre, es Gerard, el chófer de Victor. Golpea con fuerza la cabeza del hombre con el pesado jarrón, y el hombre emite un gruñido profundo. Su agarre sobre mí se afloja al instante, y cae de rodillas desplomándose hacia delante. Gerard le golpea otra vez, para asegurarse, y luego me tiende la mano.

Estoy sollozando, succionando aire como una aspiradora, y él me ayuda a ponerme de pie. Me tiemblan las manos, mi cuerpo se estremece de pies a cabeza, y me pregunto qué hace él aquí. ¿Por qué está en mi habitación salvándome?

—Señorita De Luca, deberíamos llamar a las autoridades —Gerard saca su teléfono y yo estoy aturdida. Le oigo hablar mientras me tambaleo hacia la cama donde están mi teléfono y mi bolso de mano. Me doy cuenta de que ni siquiera he guardado mis tarjetas de crédito. También están ahí, sobre la colcha burdeos. Las miro fijamente y sacudo la cabeza, intentando despertarme del shock.

Esta es la tercera vez en solo unos días que un hombre me aborda con amenazas o ataques. Lo espero de Nicola, pero ni siquiera sé en qué me he metido. Solo soy una autentificadora y tasadora de arte. Cosas como esta no deberían pasarme a mí.

—Señorita De Luca —dice Gerard, pero no me giro para mirarle. Oigo un frenesí de actividad en la habitación del hotel y sirenas en la distancia. El shock tiene un control mortal sobre mi proceso de pensamiento. Lo único que puedo hacer es quedarme aquí, mirar fijamente y temblar—. Señorita De Luca, vayamos al pasillo —dice, tomándome por los hombros.

Me guía hacia la luz más brillante del pasillo, y alguien trae una silla para que me siente. La mujer de recepción también está aquí,

dándome un vaso de agua, murmurando algo sobre estar "tan apenada por lo sucedido". Ni siquiera puedo asentir. Tengo el vaso en la mano, pero no bebo.

Cuando la policía viene y me hace preguntas, me siento en estado de shock, murmurando mi nombre y ocupación. Les digo: —Preguntó por el cuadro, pero no puedo dárselo —. Estoy entumecida por dentro. Debería haberme quedado con Victor. Este pobre hombre estaría vivo. Estoy bastante segura de haber oído a alguien decir que no tiene pulso. Gerard le golpeó tan fuerte que lo mató.

Un agente de policía excesivamente formal se para frente a mí, haciéndole preguntas a Gerard. También es un hombre alto, de la misma estatura que Gerard, y ambos me intimidan.

—¿Y cómo supo que esto estaba pasando? —pregunta el agente, pero yo lo sé. Victor está obsesionado conmigo ahora. Sé que envió a Gerard para llevarme, pero probablemente también le dijo que me vigilara. Ni siquiera tengo que preguntarle cómo sabía que el hombre estaba en mi habitación.

—La traje hasta aquí. Se dejó el bolso en mi coche —Gerard cuenta la descarada mentira con una actitud absolutamente tranquila. Esto fue un asesinato a sangre fría, pero él lo presenta como simple defensa propia. Tal vez lo fue. Estoy demasiado conmocionada para saber la diferencia. No subió mi bolso. Lo tenía conmigo, pero la forma en que está abierto a los pies de la cama con mis tarjetas esparcidas hace que parezca un simple delito de oportunidad. Y el hecho de que el muerto lleve un uniforme del hotel lo hace parecer aún más sospechoso.

Me quedo allí sentada al menos dos horas, quizás más. Repito mi nombre y dirección, ocupación y los hechos básicos que recuerdo a al menos otros tres policías. Cuando empiezan a marcharse, diciéndome que tengo que ir a otra habitación, el personal del hotel me acompaña por el pasillo hasta una habitación libre, una mejora sin cargo adicional. Gerard nos sigue y espera en la puerta a que el verdadero botones se vaya.

—Permítame llevarla de vuelta a casa del señor Costa —dice, sin presionar en absoluto. Es un gesto amable dado lo que ha ocurrido, y esperaba plenamente que fuera un hombre más parecido al siniestro criminal que es Victor, pero parece un hombre de familia, con anillo de boda y mirada tierna.

—No puedo. Es... no es seguro —Me tiembla el labio, y ya ni siquiera sé qué es seguro.

—Entonces al menos déjeme quedarme aquí, fuera de su puerta, donde el señor Costa me pidió que estuviera —Las palabras me invaden, y se establece un entendimiento entre nosotros. Así que me está vigilando como yo pensaba, y Victor le envió. Asiento con la cabeza y le dejo coger una silla de la habitación, luego vuelvo a entrar y cierro la puerta. Esta vez cuando echo el cerrojo, la tranco y pongo la cadena, sé que no se abrirá hasta la mañana, cuando las cucarachas vuelvan a sus madrigueras en la oscuridad y pueda pensar en un plan para protegerme.

VICTOR

Han pasado tres días desde que Isabella fue atacada en su habitación de hotel. Gerard la ha estado siguiendo desde entonces. Se sienta fuera de la galería vigilando el edificio y una transmisión de cámara que mis técnicos han reenviado a una aplicación en su móvil. Ahora puede ver todo lo que ella hace, asegurarse de que esté a salvo. No quiero correr riesgos. Sé que yo fui quien la condujo a esta trampa infernal en la que se encuentra, atrapada entre todas las fuerzas en juego que compiten por el Rafael.

Sin embargo, hoy entro en la galería con una sola cosa en mente, y no es la seguridad de Isabella. Sé que Gerard no permitirá que ni un alma la toque, y mi confianza está plenamente depositada en su capacidad para seguir mis órdenes. Mi propósito aquí es encender la mecha de esta situación. No me contento con dejar mi cuadro aquí para mantenerlo a salvo, principalmente manteniéndolo fuera de las manos de mi padre y en las mías. No, estoy interesado en ver cuán valiosa es realmente la destreza artística de la señora De Luca. He puesto mis ojos en un futuro que se aleja de mi trayectoria actual, pero no puedo arriesgar mi fortuna y reputación con cualquiera.

—Ah, señor Costa —escucho y me giro para ver a Nico Giani, el propietario de la galería. Avanza hacia mí con las manos abiertas en un gesto de bienvenida y una sonrisa en su rostro. Hemos acordado que, a cambio de su generosa concesión de permitirme usar el tiempo de la señora De Luca y este espacio, le permitiré exponer mi

Rafael aquí. La corta duración es, en el peor de los casos, una molestia, pero un mal necesario, y él está encantado de complacerme por el beneficio que supone para el legado de su galería.

—Señor Giani, un placer verle. He pasado para hablar con la señora De Luca sobre mi cuadro. ¿Está disponible? —Sé que está disponible, con su ayudante enmarcando el Rafael que ha falsificado incluso mientras hablamos. Mi transmisión de cámara es muy útil para eso.

—Por aquí, y lo comprobaremos. —Giani hace un gesto en la dirección general del estudio ubicado detrás de la galería, y le sigo. Mi plan ya está funcionando bien. Solo tengo que poner el cebo para Isabella y dejar que muestre su verdadera naturaleza. Sé que ama el arte tanto como yo, y nunca permitirá que ninguna obra de arte esté en peligro.

Me conduce al espacio de trabajo donde Isabella y su asistente, cuyo nombre se me escapa en este momento, están de pie contemplando el cuadro enmarcado. Tengo que admitir que es una recreación impresionante. La mayoría de la gente nunca sabrá la diferencia entre esto y el Rafael original, pero yo lo veo, las pequeñas complejidades. No soy un experto como ella, pero he estudiado este cuadro en particular toda mi vida, desde el momento en que supe que pertenece a mi familia.

—Señor Costa —dice ella, asintiendo hacia mí. Hay algo en ella que me indica que está tensa y asustada. No sonríe tanto. Tiene los ojos cansados. Debe de no estar durmiendo bien, y quisiera poder quitarle eso, ese miedo que se cierne sobre su vida.

—Señora De Luca, el trabajo que ha realizado es fantástico. Este cuadro nunca ha tenido mejor aspecto. Es como si fuera una imagen completamente nueva. —Entorno los ojos hacia ella, y asiente secamente pero evita el contacto visual. Estoy intentando enviarle la señal de que sé lo que ha hecho, pero ni siquiera puede mirarme.

—El cuadro ha sido autentificado y restaurado. Lo he tensado en el nuevo bastidor y lo he colocado de nuevo en el marco dorado original de su familia. Creo que quedará muy bien expuesto. —Su cabeza está inclinada, retorciéndose las manos cerca de su cintura. Giani la mira con el ceño fruncido, y Paolo permanece en el rincón pareciendo una hoja al viento. Claramente entiende lo que está ocurriendo aquí. Es interesante cómo le cuenta todo a su asistente y nada a su jefe.

Después de que ese hombre se le acercara en el aparcamiento estaba conmocionada, pero ser atacada en su propia habitación de hotel parece haber roto algo en ella. Sin embargo, los hombres en su vida tienen dos reacciones muy diferentes. El asistente parece ser el compasivo.

—Bien, bien... —Me acerco paseando al cuadro y admiro la artesanía durante unos segundos más antes de deslizar mis manos en los bolsillos y mirar directamente al señor Giani—. He oído de una fuente muy fiable que alguien está planeando un robo... Mi cuadro y otro Rafael. La Hermana del Duelo... También está expuesta aquí. —Entorno los ojos hacia él mientras niega con la cabeza y sonríe.

—Le aseguro, señor Costa, que su cuadro es de suma importancia para nosotros. Y nadie puede realmente robar un cuadro de aquí. Usted estuvo aquí la noche de esa exposición cuando alguien intentó llevarse ese Pollock. ¿Recuerda? No consiguieron llevarse nada... —Está tan seguro de sí mismo, tan equivocado. El Pollock es una falsificación directa, robada de Interpol después del último encuentro de Isabella con ellos y utilizada para inculparla de más falsificaciones en caso de que tuviera la idea de traicionarme.

—Y yo le aseguro que la amenaza es muy creíble. ¿Acaso no sabe quién soy y a qué me dedico, señor Giani? —Miro a Isabella, que ahora me observa atentamente. Ella sabe que nunca arriesgaré mi cuadro, y se está tomando esto en serio incluso si su jefe no lo hace —. Mis fuentes nunca se equivocan... Ahora le sugiero que mantenga mi cuadro en la cámara acorazada donde está seguro y

traslade también el otro a la cámara. Es el mejor curso de acción. —Le miro fijamente un momento más, luego asiento a Isabella y me dirijo a la puerta.

Apenas tengo la mano en el tirador de la puerta cuando la oigo hablar. —Señor Costa, por supuesto, todos estos cuadros expuestos son muy valiosos. ¿Sabe específicamente por qué quieren este cuadro y la Hermana del Luto? —Me giro para ver sus ojos examinándome, como si supiera que será Nicola Vitale quien realice el golpe bajo mi orden. Como si pudiera leer mi mente.

—Existe una vieja leyenda que dice que juntos, los cuadros son más valiosos. —La leyenda es cierta, aunque no sé exactamente por qué. Quizás ella también ha oído hablar de ello, porque sus cejas se alzan y asiente.

—¿Y sabe usted cuándo está planeado este golpe? —Ah, ahí está. Mi dulce niña está usando el lenguaje del oficio. Giani la mira con enfado y niega con la cabeza.

—Tonterías, Isabella, los cuadros están más que seguros. Tenemos seguridad de última generación. No alimente los temores del señor Costa. —Me hace un gesto con la cabeza, instándome a salir de la habitación mientras la veo marchitarse en el fondo con su asistente. La semilla está plantada, y ahora solo queda esperar.

Ella colocará la falsificación y cuando Vitale la robe, podré ver cuán verdaderamente valioso es su trabajo. Tendré una auténtica falsificación De Luca y el mercado se volverá loco por ella. Hasta entonces, todo lo que puedo hacer es observar y aprender.

ISABELLA

—Pero señor —protesté una vez más. El Sr. Giani es un hombre brillante, pero cuando se trata de fe ciega, la tiene en dosis generosas. Realmente piensa que Victor es un hombre bueno y honesto, alguien que nunca podría hacer las cosas de las que le acuso—. Es un criminal. Debería ver su casa. Tiene cuadros robados de todo el mundo. Las obras de arte de su mansión valen más que toda vuestra galería.

Nico hace una pausa y nos mira furiosamente, primero a mí y luego a Paolo. Sé que Paolo me apoya aunque nuestro jefe piense que somos estúpidos.

—Lo que haga en su tiempo libre no es asunto mío. Nos pidió que autenticáramos su cuadro y lo hemos hecho. Ahora lo mantendremos expuesto durante el tiempo que acordamos. Cogerás La Última Cena de San Francisco y La Hermana de Luto, y los pondrás en la cámara acorazada cuando la galería esté cerrada, pero permanecerán expuestos mientras estemos abiertos. ¿Lo entiendes? —se burla—. Y basta ya con este asunto de las falsificaciones. Tienes suerte de haber conseguido este trabajo, Isabella.

Sale furioso y yo me encojo interiormente. Habría funcionado, el plan que Nicola ideó hace años. Habría protegido ese Pollock y lo habría mantenido fuera del alcance de criminales, pero Interpol le seguía la pista y yo no lo sabía. Si no fuera por Matthias Winslow,

sería yo quien estaría en prisión. Nicola cogió mi falsificación e intentó llevarse el cuadro auténtico, pero había sido idea suya esconder la pintura auténtica ante una amenaza creíble. El timo de "estafa inversa" casi me costó todo.

Pero puede funcionar como debe. Giani simplemente se niega a creer en la amenaza de Victor. No creo ni por un segundo que alguien vaya a tomarse tantas molestias para entrar en esta galería y robar un solo cuadro. Lo que significa que o bien está mintiendo completamente para ver qué hacemos, o está planeando el atraco él mismo.

—¿Qué vas a hacer? —pregunta Paolo, acercándose sigilosamente por detrás. Entiende mi frustración ante la negativa de Giani a escuchar la razón.

—Voy a hacer lo que mejor sé hacer. Voy a proteger ese cuadro —me doy la vuelta y aprieto los labios, lanzando una mirada seria a Paolo—. Todos estos cuadros deberían estar encerrados en una cámara acorazada para su protección hasta que Costa esté entre rejas.

Me duele hablar así de él, especialmente con la conexión que compartimos. Pero es tóxica. Puede que me tenga comiendo de su mano porque es encantador, sexy y poderoso, sin mencionar lo mucho que sabe de arte. Pero no soy tonta. Viene a por el cuadro, y no lo va a hacer cuando la galería esté cerrada y la obra esté en una cámara acorazada.

—Isabella —Paolo suspira—. Estás jugando con fuego —me sigue mientras empujo la puerta y salgo del taller atravesando el estudio hasta la galería.

—El fuego no puede quemarte si eres a prueba de fuego. ¿Quién me va a culpar si roban una falsificación mientras el cuadro auténtico está detrás de una pared de acero de dos pies de grosor? —Mi mirada severa es suficiente para silenciarlo, pero sé que quiere protestar. El simple hecho de conocer mi nefasto pasado es

suficiente para que la mayoría de los verdaderos amantes del arte se alejen de mí, pero no puedo concebir permitir que alguien como Costa me engañe con un truco de sustitución y quedarme sin hacer nada.

—Solo...

Las palabras de Paolo son interrumpidas por el sonido de mi teléfono. Lo saco del bolsillo y miro el número: el hospital está llamando. Pero, ¿por qué? Arrugo la frente confundida y levanto un dedo mientras contesto.

—¿Diga?

—¿Señorita De Luca? —oigo. Es una voz de mujer, suena educada.

—Soy yo... —miro a Paolo mientras la mujer continúa.

—Señorita De Luca, mi nombre es Dra. Felicity DiOrio. Soy del San Camillo. ¿Tengo a un tal Sr. Matthias Winslow para usted? —Su voz se eleva en forma de pregunta, y hace que mi corazón dé un vuelco.

—Sí, por supuesto. Estoy aquí —me cubro la oreja con la mano sobre el teléfono para poder oír mejor mientras me retiro al estudio donde hay más silencio.

—El Sr. Winslow fue encontrado gravemente golpeado. Ya ha tenido varias cirugías para detener hemorragias internas, pero está estable. Desearía hablar con usted... —Cada palabra se siente como un martillo golpeando en mi cerebro. Por eso nunca apareció. Por eso no ha llamado. Alguien le atacó... ¿Marco Gallo, quizás?

—Sí, por supuesto —mirando a Paolo, me alejo más y él parece entender. Levanta una mano y se despide, luego coge su chaqueta y las llaves y sale del estudio, dejándome sola.

—Bella —oigo en un gruñido. Matthias suena fatal. ¿Por qué soy yo la persona a quien llama?

—¿Matthias? —Siento que el terror me invade. Han atacado a un agente de Interpol. Van completamente en serio con este asunto del cuadro—. Dios mío, ¿qué ha pasado?

—No tengo mucho tiempo —su voz está ronca, tan baja que casi no puedo oírle—. Van a por ti... Nicola va a por ti. Ha conseguido ayuda para salir de prisión y ayudar a Victor Costa a robar ese cuadro —La noticia no es sorprendente, pero me revuelve el estómago. Sabía que Nicola estaba involucrado, pero no hasta qué punto, y ahora sé más verdades de las que quiero saber. Me he acostado con un hombre que está activamente poniéndome en peligro.

—Matthias... —No puedo creer lo que estoy escuchando. Mi mundo gira a mi alrededor en caos. No quiero que esto sea cierto porque una parte de mí desea desesperadamente creer que Victor de verdad quiere escapar de su estilo de vida hacia algo más puro.

—Tienes que protegerte, Bella. Hay un agente corrupto de Interpol también por ahí, buscando el cuadro. Quiere hacer lo correcto, pero le han amenazado, y está eligiendo un camino oscuro porque tiene miedo... No confíes en nadie. —Su voz se desvanece rápidamente, y tengo tantas preguntas.

—Pero qué hay de...

—No confíes en nadie, Bella. Ni siquiera en mí. —Su voz es tan débil que apenas entiendo lo que dice, y la línea se corta. Me quedo allí mirando mi teléfono sin saber qué hacer con esta información. ¿Victor sacó a Nicola de la cárcel? ¿Y para qué? ¿Para robar el Rafael de aquel museo?

Mi mente da vueltas. Necesito llegar a ese hospital y encontrar a Matthias para hablar con él directamente. Me precipito hacia la estación de trabajo y cojo mi chaqueta y mi bolso. Luego salgo para parar un taxi sin pensar ni un momento en mi seguridad o en lo que haré si Matthias tiene razón y Victor está detrás de todo esto. Lo suponía, pero ahora mi instinto se revuelve ante la idea de que mi suposición no sea solo producto de mi imaginación.

Mis pies descansan al borde de la acera, con la mano en alto dirigida al tráfico que pasa. Veo algunos taxis y espero que uno se detenga, pero antes de que algún conductor me vea, alguien más lo hace. Lo siento antes de verlo: Marco Gallo. Se me hiela la sangre.

—Señorita De Luca —dice, acercándose a mí. Miro nerviosamente alrededor y veo a Gerard a una manzana de distancia, observando. Me da cierta sensación de seguridad, pero sigo asustada.

—¿Qué quiere? —pregunto, y el temblor en mi tono me delata.

—Quiero hablar... —Mira calle arriba hacia el coche de Victor, como si supiera que me están vigilando, y se detiene a varios pasos de distancia—. Empezamos con mal pie. No soy quien usted cree. Escuche, señora, necesito ese cuadro antes de que caiga en malas manos. Tengo que devolverlo al museo donde pertenece.

—Váyase —digo, retrocediendo unos pasos. Él no avanza, un intento por su parte, estoy segura, para hacerme sentir más cómoda.

—No soy yo quien entró en su apartamento, señora. Y no la estoy amenazando. El hombre que la atacó en su habitación del hotel fue contratado. No fui yo. Esas fotos me las enviaron a mí. —Sus manos se extienden, con los dedos abiertos y las palmas hacia mí. Me está mostrando que va desarmado, pero eso no hace que mi respuesta de lucha o huida se calme.

—No le creo —le digo, agitando el brazo hacia un taxi que veo acercarse. Me bajo de la acera, hacia la calle. Solo quiero alejarme de él, llegar hasta Matthias para obtener respuestas.

—Costa sobornó a su viejo, señora. Lo sacó del trullo y le dio un trabajo: robar ese cuadro. Ahora están compinchados, y usted es el chivo expiatorio. ¿No lo ve? Cuando hayan acabado con usted, estará en prisión y ellos libres con el dinero y los cuadros. Entrégamelo y déjeme ayudarla a salir de este lío. —Da un paso adelante, y tiemblo de miedo. No habla como un agente de Interpol, y eso da credibilidad a lo que Matthias dijo sobre él.

—No puede ayudarme. Déjeme en paz. —Mirando calle arriba, veo a Gerard fuera de su coche, observándome, con los brazos cruzados sobre el pecho como si supiera que no estoy bien. Está preparado para venir por mí si Marco hace algún movimiento.

—No me deja otra opción, mujer. Cuando todos se enteren de que se acuesta con el verdadero ladrón de arte y que falsificaste cuadros, nunca más la mirarán como una fuente creíble para autenticación. Está acabada. Soy su única esperanza. ¿No lo ve? — Frunce el ceño, y retrocedo de nuevo, finalmente aliviada al ver que un taxi se detiene y para.

—Aléjese de mí, o llamaré a la policía —le digo, pero no estoy segura de que eso vaya a ayudar. Abro la puerta y me giro para entrar, y él me grita.

—Se lo advierto. Entrégame el verdadero Rafael y nadie saldrá herido, Isabella. Pero si me ignoras, te vas a arrepentir.

Cerrando la puerta de golpe, le espeto al conductor:

—San Camillo, ahora. —Arranca y deja a Marco en el polvo y mi cabeza dando vueltas.

Todo esto es demasiado para mí, mucho más peligroso que la conspiración en la que me perdí con Nicola. Si descubro que es cierto que Victor pagó para sacar a Nicola de la cárcel y luego lo contrató para robar obras de arte, no sé cómo reaccionaré. Solo tengo que llegar hasta el verdadero agente de Interpol —en quien puedo confiar— y pedirle consejo sobre lo que puedo hacer. Dijo que no confiara en nadie, ni siquiera en él. Pero eso significa que tengo que confiar en mí misma, y no estoy segura de saber cómo dar un jaque mate.

VICTOR

Si estuvieran juntos, los cuadros revelarían la verdad. Uno de ellos es falso. Sin embargo, juntos nunca estarán. Isabella se ha superado esta vez, llevando el cuadro de la Hermana del Luto al siguiente nivel al demostrar cómo ha perfeccionado el estilo de Rafael e incluso el peso de sus pinceladas. Enmarcada de manera similar al original, esta falsificación pasará la prueba, y cuando finalmente esté en mi poder y Antony la venda en el mercado negro, Giani no podrá vender el original por temor a perder su reputación cuando descubra que Isabella ha desobedecido directamente su orden de exponer el original y guardarlo en la cámara acorazada durante la noche.

—Es hermoso, ¿verdad? —Reconozco la voz pero no me giro para mirar al hombre. A juzgar por el volumen, diría que está justo fuera de mi campo de visión a mi izquierda, donde puede ver el cuadro pero no ser captado por la cámara. Es inteligente por su parte, especialmente con lo que tenemos planeado.

—Ella es una artista hermosa, muy hábil —respondo, sabiendo con quién hablo. Puede que él la tuviera en algún momento, pero ahora me pertenece, aunque ella aún no lo sepa.

—Quiero mi parte —dice secamente, casi interrumpiéndome.

Me mantengo tranquilo y neutral. Sabía que este momento llegaría, y lo he estado esperando. Cuando pagas a las autoridades suficiente

dinero para liberar a un preso y luego lo obligas a hacer aquello en lo que es mejor, tiende a sentir curiosidad por su parte. Nicola Vitale piensa que merece más que su libertad, y eso está bien. Tiene derecho a su propia opinión, pero no a mi dinero.

—Está respirando ahora mismo. Esa es su parte. —Deslizo las manos en los bolsillos de mis pantalones y sigo observando el cuadro. He dado mis órdenes, y él sabe que ahora me pertenece para hacer lo que yo ordene. Puede que esté retorciendo un poco el cuchillo, pero la libertad de un hombre es esencial. Sin ella, languidecería tras las rejas consumiéndose hasta la muerte. Gracias a mí, ahora puede ver la luz del día todos los días.

—No soy su peón, Costa. Sé que el marco contiene gemas sin tallar, y sé que va a ganar una fortuna. Quiero mi parte.

Por suerte para mí, el señor Vitale aprende despacio. Ha llegado a este conocimiento incluso más lentamente que yo, y debido a ello mi cuadro y el precioso marco que mi padre insiste que vale más, están a salvo. Si hubiera sabido lo de los diamantes cuando lo robó, nunca me lo habría entregado.

—Su parte es estar fuera de prisión y vivo. No me tiente a hacer que cualquiera de esas cosas cambie. —Le lanzo una mirada y bajo la barbilla—. La hermana estará en mis manos en las próximas dos horas o volverá a prisión. ¿Recuerda cómo salió? —No puedo verlo, pero sé dónde está de pie. Conozco los puntos ciegos de esta galería mejor que nadie. Los he estudiado gracias a la transmisión que mis hombres me proporcionaron para observar a Isabella.

Resopla, y le oigo gruñir de frustración. —Son robadas a una familia de la Segunda Guerra Mundial, Costa. Europeos poderosos. Su familia las robó y las escondió en el marco. Sé más de lo que cree. —Me erizo ante sus palabras pero mantengo mi expresión impasible. Quizás él sepa más que yo por ahora, pero el poder sigue siendo todo mío y no voy a dejar que piense siquiera que ganará.

—Si me trae a la hermana cuando se lo pedí, hablaremos. Quizás un uno por ciento... O quizás le deje vivir. —Mi pecho se tensa ante la idea de que hay más secretos detrás de estos cuadros de los que jamás podría haber imaginado. Me pregunto si mi padre sabe que los diamantes fueron robados. Tengo que investigar esto, y tengo un historiador que puede ayudarme a identificar hechos por precisión. No voy a fiarme solo de la palabra de Vitale.

Ya es bastante malo que los secretos ocultos en su pasado me hayan enredado con alguien que sé que ha estado amenazando a Isabella. Este hombre y su corrupto amigo, Marco Gallo, están poniendo a prueba mi paciencia.

—¿Y si no lo hago? —pregunta con calma, un desafío. Estoy tentado de mirarlo a los ojos mientras respondo.

—Entonces le cazaré y le haré desear no haber nacido nunca, y no piense que no soy capaz de hacerlo. —Mi paciencia se ha agotado. No estoy interesado en conversar con un extorsionador. Sé qué tipo de hombre es y lo sabía antes de liberarlo. Va a hacer lo que yo diga o lo va a lamentar.

—Tráigamelo y hablaremos. —Me doy la vuelta y me alejo sabiendo que tiene sus órdenes. Isabella y Paolo están en su estación de trabajo. Giani está Dios sabe dónde, probablemente husmeando detrás de alguna rica heredera o algo así. Y yo me dirijo a mi coche donde puedo esperar a que Vitale me traiga la obra de arte que sé que me reportará millones.

Me siento mal porque pellizque un poco a Isabella, fuerce su mano hacia algo más oscuro de lo que desea para su futuro, pero todos jugamos un papel en este juego. Y si juega bien sus cartas, cuando realmente me enderece y convierta el mal nombre de mi familia en algo de reputación, me la llevaré conmigo.

Mientras camino por las puertas principales, oigo el leve zumbido de la alarma silenciosa que se dispara antes de los gritos de voces. Nicola Vitale es mis manos y pies, los dedos negros de la muerte

para el mundo del arte, pero el rayo de sol que significa esperanza para el resto del mundo.

No puedo permitir que los ladrones pongan sus manos en mi marco ahora que sé que está cargado de piedras preciosas, por eso he puesto el punto de mira en el cuadro de la Hermana del Luto. Su marco no tiene valor, solo es una carcasa para exhibir la verdadera joya del talento de Isabella. Más tarde, cuando tenga de vuelta el auténtico Rafael en mi marco de diamantes, podré albergarlo de forma segura en mi casa y vender la falsificación a través de Antony. Por ahora, esperaré noticias de Vitale de que el trabajo está terminado y finalmente podré tasar la obra de Isabella.

Si es tan buena como creo, tenemos un futuro definitivo.

ISABELLA

Me aparto y examino mi trabajo: mi pintura finalmente en el marco de Victor. Colocada junto a la Hermana en Duelo, cualquiera pensaría que ambas son auténticas, pintadas por las manos de Rafael hace siglos. Solo Paolo y yo sabemos la verdad. La falsificación de la Hermana está expuesta, mientras la auténtica descansa aquí, segura, junto a mi falsificación del cuadro de Victor, la Última Cena de San Francisco. Y el San Francisco auténtico está en mi taquilla, guardado en el tubo.

Ahora, si logro ejecutar todo sin que nadie lo advierta, habré conseguido preservar dos pinturas auténticas de Rafael. Y cuando Matthias se recupere, me ayudará a denunciar a toda esta red de contrabandistas de arte y, con suerte, desalentaremos futuras fechorías de otros malhechores que buscan lucrarse del mundo del arte.

Las alarmas comienzan a sonar, el timbre resuena por el aire haciendo que mi pulso se acelere y mi corazón parezca que va a salirse del pecho. No esperaba que fuera tan pronto, pero lo esperaba. Cuando Victor nos advirtió hace solo dos días, pensé que tendríamos más tiempo. Me alegro de haber pasado la noche en vela preparando la Hermana para su exposición.

Actuando con rapidez para asegurarme de que nadie vea la Hermana auténtica, cierro la cámara acorazada y la bloqueo. Antes

de que pueda darme la vuelta para dirigirme hacia la sala de pánico en la parte trasera del estudio, Paolo ya está a mi lado.

—¿Qué ocurre? —Sus ojos están abiertos de miedo, retorciéndose las manos. Él estaba aquí cuando las alarmas sonaron antes y escuchó la advertencia de Victor sobre un robo de la Hermana. Aun así, actúa como si no supiera nada, como si esto fuera una sorpresa.

—Es el robo... la advertencia de Victor —digo con tono severo. Estoy un poco alterada, pero no demasiado. Le agarro del codo y nos movemos con fluidez hacia la sala de pánico. La cámara está segura. Nadie sabe del Rafael en mi taquilla, que está cerrada con candado, así que lo único que tenemos que hacer es asegurarnos de que ambos estamos a salvo.

Arrastro a Paolo a la sala de pánico y cierro la puerta con fuerza, cerrándola con llave. Aquí la alarma es más silenciosa, solo un leve zumbido de fondo, pero aún audible. Paolo se muerde las uñas, paseando nervioso, y yo me apoyo contra la pared dejando caer la cabeza hacia atrás. Victor es un hombre inteligente. Probablemente sabía lo que el señor Giani nos ordenaría: mantener la Hermana expuesta. Y sabía que yo querría protegerla con mi propia vida.

No me siento culpable en absoluto por exponer una falsificación. Sé que fue la decisión correcta. Sé que Victor está detrás de esto, aunque no tengo pruebas. No puedo salir y ahuyentar a unos hombres que intentan robar nuestras obras de arte. Probablemente sean mercenarios, no el propio Victor. No es lo bastante estúpido para hacer eso. De hecho, probablemente sea Nicola quien ha sido pagado para esto. Victor lo sacó de la cárcel para robar un Rafael, ¿por qué no un segundo también?

Si dependiera de mí, tendríamos mejor seguridad o todas nuestras pinturas en cámaras. Exponer esa pintura falsa fue la mejor decisión que pude tomar, aunque disguste a mi jefe. La falsificación será robada, pero la pintura auténtica sigue a salvo.

—¿Crees que tienen armas? ¿Por qué están haciendo esto? ¿Qué tipo de...?

—Basta, Paolo —le corto, demasiado ansiosa para intentar calmarlo como si fuera un bebé. Suspiro y me hundo en un banco a mi lado. La sala de pánico no es más que paredes de acero y bancos, espacio suficiente para diez personas, pero solo si están apretadas como sardinas—. Estamos seguros aquí. Vienen a por el Rafael y nada más. Se irán cuando lo tengan, y las autoridades ya están en camino. Seguridad puede encargarse de esto.

Él asiente, todavía mordiéndose las uñas y paseando. Puedo ver toda la incertidumbre en sus ojos. No le gusta estar aquí, quizás también un poco claustrofóbico. Pero es el menor de dos males. Estamos seguros, no a punta de pistola siendo obligados a ayudar a ladrones a llevarse obras de arte invaluables de la galería.

Pasan los minutos y las alarmas cesan. Paolo no dice nada más después de que le hablara bruscamente. No hay forma de saber lo que está pasando hasta que suena el teléfono, y me levanto para contestar.

—¿Diga? —El teléfono sirve para un único propósito: informar a quienes están dentro de la sala de pánico cuándo es seguro salir. La única salida es que yo introduzca el código para que la puerta se desbloquee. Solo tres personas tienen el código, y dos de ellas ya están dentro.

—Señorita De Luca, es seguro salir. —La voz del señor Giani suena por el teléfono, pero estoy entrenada para seguir el protocolo. Después de incidentes como lo que ocurrió en el hotel, no hay manera de que abra la puerta hasta saber que no hay peligro.

—Necesito el código, señor Giani. Ya sabe... —Me muerdo el labio inquieta. Contengo la respiración mientras una segunda voz masculina se oye por la línea.

—Soy el subinspector DiMarco, número de placa 45228. El código es 739410. —Mientras habla, mis ojos siguen la lectura en la pantalla del teléfono, un código que se comparte tanto conmigo como con el investigador de la empresa de seguridad encargada del funcionamiento de la sala de pánico. Los números coinciden, y eso desenreda la tensión en mi pecho.

—Gracias, señor —le digo, tecleando el código en la parte trasera de la puerta. Se abre de golpe y, mientras cuelgo, Paolo empuja la puerta hacia fuera, jadeando por aire mientras sale tambaleante.

No fue mi cosa favorita estar encerrada allí, incluso por el breve tiempo que pasamos. Aun así, sé que fue una buena elección en cuanto veo el estudio repleto de policías. Uno de ellos asiente con la cabeza hacia mí y se acerca diciendo:

—Soy DiMarco. Necesito tomar sus declaraciones.

Miro de reojo la puerta de la galería, sostenida por otro hombre de aspecto robusto. Hay policías por todas partes, probablemente buscando a algún sospechoso. Tengo la intención de decirles que la pintura auténtica está en la cámara, pero de alguna manera, me quedo sin palabras en cuanto veo al señor Giani. Está furioso.

—No me lo puedo creer. Tenemos la mejor seguridad del mundo —dice mientras se pasa la mano por el pelo. Desde el otro lado de la sala, veo cómo le brotan gotas de sudor en la frente. Si le digo que he conservado el cuadro auténtico exactamente como me ordenó que no hiciera, se sentirá aliviado. Y yo también... de mi trabajo.

Me doy cuenta mientras escucho a Paolo dar su declaración. Estaba limpiando pinceles cuando sonaron las alarmas. Yo, sin embargo, estaba de pie en la cámara acorazada contemplando a la Hermana y su prima, y ahora comprendo completamente mi insensatez. Si le cuento a Giani y a estos policías sobre el cuadro auténtico, me delataré como falsificadora y Giani, aunque complacido de tener su activo a salvo, me despedirá.

—Disculpe —le digo a DiMarco, pensando que necesito hablar con mi jefe antes de que esto estalle. Debería haberle dicho que desobedecí sus órdenes, y no lo hice. Tenía buenas razones para hacer lo que hice, pero ¿cómo deshago el método por el que llevé a cabo mi plan y mantengo intacta mi buena reputación? Mi mente se acelera buscando formas de explicar esto mientras camino hacia mi jefe, y alguien me agarra del brazo y me hace girar.

Miro directamente a los ojos de un hombre que me hiela hasta la médula. —Marco —murmuro, sacudiendo la cabeza.

—Señorita De Luca —dice, mostrándome su placa nuevamente. Ya la he visto. No tiene que enseñármela. No quiero volver a verla. Me aterroriza, y algo me dice que él es el responsable de la desaparición y la paliza de Matthias.

—Yo... —No sé qué decir. Mi mandíbula cae flácida mientras le miro. Es aún más aterrador cuando está aquí en calidad oficial. Le busqué, investigué en internet, pero no encontré rastro de su nombre en la base de datos de Interpol, pero aquí está, con placa y pistola. Y Matthias dice que no confíe en él.

—¿Así que se han llevado a la Hermana? —Levanta las cejas mientras frunce los labios y me mira fijamente—. Parece una coincidencia terrible... ¿no crees?

Estoy temblando, sintiendo que podría vomitar ahora mismo sobre los zapatos de este hombre. —Señor, yo estaba en la cámara acorazada. No sé qué se llevaron —Pero mi instinto sabe que tiene razón. La advertencia de Victor era real, y alguien robó ese cuadro que yo falsifiqué. Van a exigir un recuento de todas las obras de arte invaluables del edificio y cuando lo hagan, el señor Giani descubrirá que la Hermana auténtica sigue aquí.

—Sabes que si encuentro una falsificación en el mercado, voy a saber que salió de estas instalaciones. Voy a saber que fuiste tú. Y cuando lo confirme, no habrá galería ni museo en el mundo que te

contrate. Creo que es hora de que juegues a mi juego según mis reglas.

Retrocedo, presionando las yemas de mis dedos contra mi boca y negando con la cabeza. No voy a jugar a su juego. No voy a jugar al juego de nadie. Quiero bajarme de esta maldita montaña rusa para vivir mi vida de nuevo sin todo este drama. Definitivamente estoy en la profesión equivocada, y la fantasía de Victor de volvernos legítimos, de tener un negocio de arte que se trate solo de crear arte, suena cada vez mejor.

No dejaré que Marco Gallo me intimide así, pero estoy rodeada de policías que pensarán que es un hombre honesto, no el sinvergüenza que es. ¿A quién podría acudir para protección? ¿Y quién creería mi historia?

Girándome, me dirijo hacia donde vi por última vez al señor Giani, solo para descubrir que se ha ido. El detective DiMarco finalmente me encuentra de nuevo y me sienta. Le doy la historia completa: cómo Victor nos advirtió que esto sucedería, cuál fue la respuesta del señor Giani. El hombre parece escéptico sobre eso, pero asiente y toma notas. Toman huellas dactilares de todo, aunque no piden ver dentro de la cámara acorazada ya que la tenía cerrada. Las grabaciones de seguridad respaldan nuestras versiones, y Giani insiste en que cerremos durante la semana.

Cuando el polvo se asienta horas después, me encuentro sola en la cámara acorazada, frente a la auténtica Hermana y el marco original de San Francisco. Es cuando noto algo que no había notado antes. Las luces del estudio están apagadas y solo la luz dentro de la cámara brilla sobre los marcos. Y bajo esa luz, algo único aparece en los marcos: líneas azules tenues ocultas en la pintura que nunca había notado antes.

Meto la mano en mi bolsillo y saco mi lupa, inclinándome sobre las imágenes. Las líneas azules están dispuestas de una manera única, casi pareciendo una especie de mapa. Voy de un marco al otro, inspeccionándolos de cerca mientras me doy cuenta. La razón por la

que estos dos cuadros son significativos juntos no son las pinturas en sí. Estos marcos son un mapa de algo más grande. Algo que Rafael estaba tratando de contarnos.

VICTOR

Cuando Vitale cierra la puerta del coche, sentado a mi lado con el cuadro en la mano, mi chófer arranca. Oigo las sirenas acercándose y sé que está limpio. Probablemente le han grabado en alguna cámara durante su atraco, y eso no importa. Después de hoy, no es asunto mío.

—Quiero un diez por ciento —exige con dureza mientras le quito el cuadro de las manos. Examino la obra de arte con cuidado de cerca. Sabiendo que se trata de una falsificación hecha con pintura producida en una fábrica a pocos kilómetros de aquí, mis dedos recorren cada pincelada mientras le sonrío.

—No vas a recibir nada —le digo distraídamente mientras admiro su trabajo. Realmente es una maestra, probablemente una de las grandes que permanecerá eternamente sin reconocimiento a menos que alguien destaque su obra.

—Entonces este cuadro es mío. Tú no eres quien ha arriesgado su vida. Esos policías no van a olvidarse sin más de que el cuadro fue robado. Vendrán a buscarlo. Necesito dinero para desaparecer. —Nicola alarga la mano hacia el cuadro, y yo lo aparto de él.

Se queda callado mientras sigo admirando el cuadro, ignorando su comentario. —¿Puedes creer lo real que parece? Dios mío, es una maga. —Estoy verdaderamente asombrado por su nivel de habilidad,

sin duda perfeccionado a través de cientos de horas de su propia práctica.

—Sí, por eso intenté que me ayudara. —Nicola se refiere a sus propios intentos de falsificación, aunque Isabella fue lo bastante lista para delatarle. De todos modos, nunca se habría salido con la suya. Es un aficionado. Bueno robando, pésimo en el arte.

—Y ella te superó, ¿qué dice eso de ti, Vitale? —Mis ojos se elevan para encontrarse con su ceño fruncido y resoplo—. Algunas cosas es mejor dejarlas a los profesionales, hijo. Por eso me temo que mi oferta para ti es menor de lo que deseas. —No voy a darle a este hombre ni un céntimo. Puede despedirse de sus sueños idealistas de poder y riqueza. Hombres como él son seguidores, destinados a ir detrás de los verdaderos líderes y besarles las botas.

—Puedo ir a las autoridades, contarles mi versión de la historia. ¿Crees que no me ofrecerán un trato cuando sepan que Victor Costa es quien robó el Raphael perdido de ese museo? ¿Crees que no será una historia interesante para la Policía cuando les cuente que me sacaste de prisión para ser tu recadero? —Sus ojos brillan con odio y la amenaza no me sienta bien.

Dejo el cuadro a un lado y le estudio un segundo. Si está pidiendo un diez por ciento, entonces sabe que hay algo más que lo que se ve a simple vista. Nicola no es un hombre estúpido, lento quizás, pero no ignorante. Incluso con el valor total tanto del cuadro como de su marco con diamantes, el pago al diez por ciento es solo de dos coma seis millones, más o menos, una fracción de lo que yo exigiría si fuera yo quien negociara. Así que me sorprende que pida tan poco.

—¿Qué no me estás contando? ¿Qué es lo que crees que tiene tanto valor en el cuadro? —Por lo que él sabe, podría no valer nada, pero no tengo la sensación de que piense eso. Sus ojos se estrechan, y se masajea el puente de la nariz mientras se mueve nerviosamente en su asiento.

—Si te lo digo, me llevo el diez por ciento completo... doce si tengo razón. —Un hombre astuto, oscuro y siniestro. Cree que me tiene acorralado y está equivocado.

—De acuerdo —digo sin intención de cumplirlo.

—Los marcos son la parte importante, tal como cree tu padre. Son una llave, un mapa de algún tipo, que lleva a algo que tu tatarabuelo escondió a finales del siglo dieciocho justo antes de su muerte. Algo de valor incalculable, miles de millones en la moneda actual. Y quiero participar.

El coche pasa por un bache, sacudiéndonos a ambos, y estoy intrigado. —¿Quién más sabe de esto? —le pregunto, de repente obteniendo una imagen más completa de lo que está sucediendo. Mi padre debe saber algo, más de lo que ha dejado entrever, más que los diamantes. Algo que no quiere que yo sepa porque en las manos equivocadas, esta información podría causar caos entre los ladrones de todas partes.

—Solo unos pocos historiadores. Es un secreto familiar muy bien guardado, según he oído. Me sorprende que no lo sepas. —Sus ojos se estrechan mientras el coche se detiene, justo como esperaba que hiciera.

—Bájate —ordeno, ya no tengo ningún uso para él. Ha cumplido su propósito para mí, e incluso más ahora. No necesito su ayuda para decodificar un mapa o encontrar historia. Si está ahí fuera y hay historiadores que lo saben, mis hombres lo descubrirán, y Vitale no formará parte de esa expedición hacia la verdad.

—Entonces, ¿diez por ciento? —pregunta, extendiendo una mano para estrecharla.

Miro su mano y la tomo con fría intención, estrechándola. Pero cuando él se baja, alcanzo la manilla de la puerta y mi pistola al mismo tiempo. La ventanilla baja lentamente antes de que el

conductor arranque, y apunto mi Glock con su silenciador por la ventana.

—Gracias por tu ayuda, Nicola —digo entre dientes. Aprieto el gatillo y observo la flor carmesí en su espalda mientras cae de rodillas, y luego hacia delante sobre su cara. Esta situación se está convirtiendo en algo mucho más curioso e intrigante de lo que jamás podría haber pensado. Si Isabella es consciente de estas nuevas revelaciones, no lo ha demostrado. Es hora de hacerle una pequeña visita y ver cuánto sabe, pero no antes de dejar este cuadro con Antony. Necesito su valoración.

ISABELLA

El Uber me lleva directamente a casa de Victor, donde ni siquiera espero a que me anuncien. No sé si está en casa, pero entro como si fuera la dueña del lugar. Mis pasos resuenan en los suelos de mármol mientras paso por su despacho y voy directamente al salón, donde lo encuentro con los brazos cruzados sobre el pecho, de pie junto a la falsificación de La Hermana del Luto robada del museo. Estoy furiosa. ¡Sabía que había sido él!

—¿Sueles irrumpir así en las casas ajenas? —pregunta con las cejas levantadas.

—Oh, déjate de tonterías, Costa. Tienes mucha cara. —Avanzo decidida por su salón, sobre las alfombras persas, pasando junto a los cuadros que sé que son obras robadas, y me planto justo frente a él. Mi cabeza da vueltas de furia y toda está dirigida hacia él, a pesar de que todo esto es culpa mía.

—Pareces alterada. —Victor descruza los brazos, mete las manos en los bolsillos, y yo lo miro fulminante, con ganas de darle una bofetada.

—¿Cómo has podido? Sabes que esto me va a afectar, Victor. No soy tan estúpida como para pensar que te importo solo porque follamos, pero ¿esto? Mi mundo entero podría derrumbarse a mi alrededor y parece que no te importa. —Todo esto está ocurriendo solo porque desobedecí directamente las instrucciones del señor Giani de

mantener expuesto el auténtico Rafael. Hice una falsificación, y ahora no puedo admitirlo o ese corrupto agente de Interpol me hundirá.

Todavía podría confesarlo, decir que lo hice para proteger la pintura auténtica, y quizás el señor Giani me despida y asuma las pérdidas, pero al menos tendría el cuadro original. Sin embargo, si Victor vende la falsificación y la gente descubre que fui yo, perderé toda mi credibilidad. No puedo permitir eso.

Su mano se extiende y rodea mis hombros. Me estremezco, pero no retrocedo. Por muy enfadada que esté con él, su gesto sigue siendo reconfortante. Me ancla al momento y templa la rabia que recorre mi cuerpo. Tiene el cuadro. Aún no ha sido vendido, y todavía hay tiempo para deshacer este error en el que ambos hemos sido cómplices.

—Mira qué hermoso es, Bella —dice Victor, con una voz tan suave que casi caigo en la trampa. La forma en que me mira con sinceridad, como si me suplicara que viera las cosas como él las ve, apenas puedo resistirme. Mis ojos se desvían hacia el cuadro y admiro mi trabajo. Es mi obra maestra, aunque solo sea una copia de la obra de otra persona. No es como si pudiera venderla. No es como si alguna vez fuera a ser reconocida por ello.

—Victor —digo en señal de protesta, pero él me sacude suavemente y me hace girar, colocándome directamente frente al cuadro.

—Mira el increíble talento que tienes. Podrías hacer esto por millones de euros, Bella. Piensa en todas las pinturas perdidas que podrías recuperar con tu arte. Se exhibirían en las galerías más importantes del mundo y...

—No —le digo con firmeza, girándome para mirarlo a los ojos—. No soy la mujer que crees que soy o que quieres que sea. Falsifiqué ese cuadro porque sabía que intentarías robarlo. La auténtica Hermana está a salvo en la cámara, y tú eres un ladrón, justo como sabía que

eras. —Estoy jadeando por aire, mi pecho sube y baja con tanta fuerza que debo parecer que acabo de terminar una carrera.

—Bella —susurra.

—Para. Simplemente para. —Intento alejarme, pero él me retiene, sujetándome con un brazo a través de mi cintura, y yo levanto la mano y le doy la bofetada que quería darle hace unos minutos. Victor atrapa mi mano y me hace girar, doblándome el brazo hacia arriba por detrás de la espalda. Es tan fuerte y ocurre tan rápido que no sé qué pensar.

—¿Renunciarías a un futuro de comodidad, sin presiones para ser algo distinto a lo que sabes que eres? Puedo asegurártelo, Bella. Hacer que sea sólido, que nunca temas nada ni te falte nada. —Su aliento vibra en mi mejilla, su cara tan cerca que casi puedo sentir su barba incipiente en mi piel.

—Suéltame —le digo, pero la verdad es que no quiero que me suelte. Lo que dice es ridículo. Nunca me rebajaré a ser una falsificadora de arte por dinero, ni aunque me quede sin un céntimo. Sin embargo, me siento atraída por este hombre de formas que nunca entenderé. No puedo evitar seguir respondiendo. Mi cuerpo se tensa contra su forma de manejarme, pero mi interior se inunda de calor.

—Pero te gusta cuando hago esto —susurra, tirando de mí hacia atrás, alejándome del cuadro. Su cuerpo permanece firmemente presionado contra el mío, sin dejar ni un centímetro de espacio entre nosotros.

—Lo digo en serio, Victor. Suéltame. —En realidad no lo digo en serio. Algo dentro de mí quiere que él tome el control porque cuando él está al mando, al menos me siento segura. Desde que ese Rafael entró en mi vida, no ha sido más que caos y adrenalina, y me gustaría sentir algo más que miedo o pánico.

—No creo que lo digas en serio, así que te voy a dar una palabra de seguridad, Bella. Si dices el nombre Mona Lisa, pararé lo que estoy haciendo. Hasta entonces, eres mi juguete, y haré contigo lo que me plazca. —Los dientes de Victor se hunden en el lado de mi cuello, y siseo de dolor, pero arqueo la cabeza hacia un lado, dándole más libertad para devorarme.

La mano de Victor se desliza desde mi muñeca y rodea mi cintura un momento después, sus dedos acarician mi piel provocando un escalofrío que recorre mis brazos. Gimo mientras su otra mano cubre el costado de mi pecho, apretando y amasando con rudeza, como si estuviera probando mis límites. Quiero apartarlo de un manotazo, de verdad que sí, pero antes de poder hacer nada, Victor ya tiene su mano dentro de mi sujetador y está palpando mi pecho desnudo.

—Voy a disfrutar follándote hasta la sumisión, Bella —susurra roncamente en mi oído.

En ese momento, me doy cuenta de que ya no puedo encontrar fuerzas para objetar. Una parte de mí —la que se nutre del peligro y la emoción— se deleita en la situación en la que me he metido. El agarre de Victor en mi pecho se intensifica y, en lugar de provocar dolor, envía una oleada de calor directamente a mi centro. Sus dedos pellizcan mi pezón y lo hacen rodar, y jadeo, incapaz de contener el gemido que crece en mi pecho.

—Victor, yo... —empiezo a hablar, pero me silencia con un beso abrasador, su lengua invadiendo mi boca de una manera que no deja espacio para objeciones. Su mano se desliza hasta la cintura de mis pantalones, sus dedos buscando, explorando en busca del verdadero premio.

—No me importa si estás mojada para mí o no, Bella —gruñe en mi oído, su voz ardiente y posesiva—. Voy a tomarte ahora. Aquí.

—Eres un hombre despreciable... —Sus dedos frotan mi clítoris, acariciando y excitándome. Despreciable o no, me tiene donde

quiere. Aunque no soy una víctima indefensa, y él lo sabe. Sabe que estoy disfrutando esto.

—Oh, Bella, hay fuego en ti. Un fuego que pienso extinguir y resucitar tantas veces como quiera esta noche.

Estoy gimoteando, débil de rodillas mientras empuja sus dedos en mi hendidura. La estrechez de mi cintura dificulta sus movimientos, y lo soluciona liberando mi pecho y bajándome los pantalones tan rápidamente que jadeo sorprendida.

—Victor...

—Ni se te ocurra decirme que no, cariño, porque puedo ver lo mojada que estás por mí. Lo tienes por todos los muslos.

Mi cara se calienta de vergüenza, pero no puedo negarlo. Moja su dedo en mi humedad y luego lo arrastra lentamente por mis labios. —Saboréate a ti misma, y luego déjame saborearte.

Hago lo único que se me ocurre en este momento. Tomo su dedo en mi boca, chupándolo lánguidamente como si fuera su polla. Lo provoco de la misma manera en que él me ha estado provocando, y el agarre de Victor alrededor de mi cintura se aprieta con tanta fuerza que estoy segura de que me dejará moratones mañana.

—Esa es mi buena chica —arrulla antes de sellar abruptamente sus labios con los míos.

Desabotono sus pantalones frenéticamente, desesperada por sentirlo entre mis piernas. Su polla está dura como una roca contra el interior de sus pantalones, y le ayudo a quitárselos junto con los calzoncillos para que su miembro quede libre y pueda acariciarlo. Se sale completamente de los pantalones y luego pisa los míos mientras me empuja hacia atrás. Tropiezo mientras desenlío mis pies del lío de ropa, y Victor me agarra por el pelo, con su puño enredado en él para mantenerme en equilibrio. Gimo levemente, y cuando mi cabeza se arquea hacia atrás, él avanza y muerde mi punto de pulso.

Continúa empujándome a través de la habitación mientras desabotona mi camisa y me la quita. Me desabrocho el sujetador y dejo caer la prenda, y no puedo resistirme a abrir de golpe su camisa abotonada, arrancándosela hasta que mis dedos se extienden por su pecho caliente y musculoso.

Gruñe profundamente en su garganta, agarra mis muñecas y las inmoviliza por encima de mi cabeza contra la pared. Su otra mano va entre mis muslos, guiándose hacia mi entrada, y separo las piernas para él. No intercambiamos palabras mientras empuja dentro de mí, y me muerdo el labio inferior para no gritar. Es terriblemente incorrecto, pero también es deliciosamente adecuado, esta danza de poder entre nosotros.

Victor embiste contra mí, sus caderas chocando con las mías con suficiente fuerza para magullar mientras se mueve dentro de mí con fervor. Mi espalda se arquea contra la pared, y gimo descaradamente ante la oleada de placer-dolor mientras me folla.

—Te gusta duro, ¿verdad, Bella? —gruñe en mi oído—. Te gusta que te manoseen y te digan qué hacer —gruñe mientras muerde mi hombro y chupa obscenamente mi cuello antes de soltarme de su agarre.

No respondo, disfrutando demasiado de esto como para arruinarlo. Cuando su mano rodea mi garganta y me obliga a mirarlo a los ojos, estoy tentada de soltar la palabra de seguridad que me dio cuando empezó todo esto. Pero la mirada en sus ojos es tan intensa, la forma en que su polla se mueve dentro de mí tan placentera, que solo puedo jadear. Su miembro frota ese punto tan dulce tan bien que me estoy deshaciendo, y el contacto visual solo intensifica esa sensación.

El agarre que tiene en mi cuello se aprieta. Siento que la presión en mi cabeza aumenta. Quiero respirar, aspirar aire y llenar mis pulmones, pero no puedo. Mi visión se nubla, y todo lo que queda es él en este momento.

—Victor... —articulo sin voz mientras el orgasmo me atraviesa. Arqueo mi espalda contra la pared y me empujo más fuerte sobre él. Todo mi cuerpo está en llamas, cada terminación nerviosa a tope mientras él continúa embistiendo dentro de mí. Gruñe entre dientes apretados, sus caderas titubeando contra las mías antes de retirarse casi por completo. En un movimiento fluido, vuelve a embestir contra mí, y grito, mis rodillas casi cediendo si no fuera por la pared que me sostiene.

El agarre de Victor se afloja lo suficiente para permitirme respirar, y aspiro oxígeno mientras la primera ola del clímax me golpea. La sensación de alivio es embriagadora, intensificando aún más el orgasmo. Mi cuerpo se estremece y convulsiona, mi sexo pulsando a su alrededor. Siento su calor inundándome y sé que él también se ha corrido.

Suelta mis muñecas y su agarre en mi cuello, pero aún no se retira. Respira pesadamente contra mi oído, y puedo sentir las vibraciones en mi cuerpo donde su pecho está presionado contra el mío. Ambos recuperamos el aliento antes de que finalmente salga de mí, pero se demora, con las manos en mis caderas, los labios dejando besos suaves en la parte superior de mi hombro.

—Ven —ordena, tomando mi mano. Lo sigo mientras me conduce a través de la habitación hasta el sofá de cuero. Su semen se escurre por el interior de mi muslo, y me siento incómoda con lo tranquila que estoy cuando estaba tan molesta al entrar en este lugar. Quizás no está captando el mensaje de que no soy como él, que he hecho lo que tenía que hacer para sobrevivir y nada más. No soy una criminal.

Victor se acomoda, atrayéndome a su lado. Me estiro a lo largo del sofá, permitiéndole abrazarme, y me besa suavemente de nuevo. Después de un sexo así, no estoy segura de qué decir, pero empiezo con algo personal, una razón por la que creo que finalmente empezará a entenderme.

—Vi algo... en los marcos... —Mis dedos bailan sobre su pecho, tocando suavemente el contorno de su tatuaje—. Bajo luz negra, hay una disposición que parece ser un patrón.

La mano de Victor aprieta mis dedos y luego se afloja mientras entrelaza los suyos con los míos. Por un momento, pienso que me interrumpirá, me dirá que no hable de esto, que está prohibido o algo así. Pero no dice nada, así que continúo.

—Mi padre es la razón por la que estoy tan interesada en Rafael... —Recuerdo escuchar las historias de mi Papà. Estaba tan convencido de que había algún mapa del tesoro oculto, algo que descarté por completo, al igual que la leyenda de los diamantes escondidos. Pero cada vez aprendo más que quizás me equivoqué—. Él pensaba que los dos cuadros alineados lo llevarían a alguna parte, a un tesoro.

No puedo continuar. La emoción me ahoga. Quiero que Victor entienda todo, pero pensar en este tema es demasiado doloroso. ¿Cómo digo las palabras?

Él pellizca mi barbilla, me obliga a mirarlo mientras enreda sus piernas entre las mías. Su miembro todavía está semi-hinchado, húmedo por nuestro sexo, presionando contra mi muslo. El momento no podría ser más vulnerable.

—Cuéntame, Bella —susurra.

—Mi padre creía que uno de tus antepasados enterró algo en alguna parte, que el mapa hacia esa riqueza está escondido en los marcos. Perdió la vida intentando resolver ese misterio, Victor. No voy a seguir sus pasos. No quiero sumergirme en el mundo del crimen. Solo quiero proteger el arte —me estudia intensamente, sujetando mi barbilla para que no pueda apartar la mirada. Sé que la muerte de mi padre fue declarada accidental, pero a los hombres poderosos les gusta mantener sus secretos ocultos. No estoy convencida de que fuera un accidente.

—Mi madre encontró un destino similar... —dice suavemente, pero no se explaya más. Sin embargo, retira su mano de mi rostro y la desliza hasta la parte baja de mi espalda, donde me atrae más hacia él.

—Esto es un desastre, Victor. ¿Cómo vas a sacarme de esta situación? Nunca quise formar parte de ello. Solo quería disfrutar del arte —mi labio tiembla. Puedo sentirlo, y me alegro de que no me esté mirando en este momento. No quiero que vea lo asustada que estoy.

Victor inspira profundamente y se vuelve hacia mí. Parpadea varias veces y me da un beso en la frente mientras me estrecha contra su pecho. No puedo verle, pero siento la vibración de su voz de barítono cuando habla.

—Devolveré la falsificación de La Hermana. La dejaremos en una taquilla cerrada con candado en el aeropuerto y haremos una llamada anónima. La devolverán a la galería y podrás destruirla. Jamás pondría en peligro tu carrera —se queda corto de disculparse, pero tengo la sensación de que lo haría si no estuviera intentando ser tan macho con todo este asunto.

—¿Y los hombres que me persiguen? Alguien intentó matarme... —recordar eso hace que mi cuerpo se tense. Esto no va a parar a menos que él arregle lo que empezó.

—No tienes que preocuparte por Vitale. Se rumorea que ha sido recompensado por sus crímenes... —no me gusta su tono oscuro, pero creo que está diciendo la verdad—. En cuanto a los demás participantes, el hombre que dice ser de la Interpol realmente lo es. No estoy seguro de cuál es su estrategia, pero también puedes ignorarlo. Simplemente pon el Rafael en exhibición y lo resolveremos.

Su mano se desliza arriba y abajo por mi espalda, acariciando mi piel. Me siento un poco más tranquila ahora, pero aún nerviosa. Marco Gallo no va a desaparecer solo porque Victor lo sueñe. No

estoy segura de cómo piensa que las cosas se solucionarán por sí solas. Tengo que volver a la galería y sacar la verdadera Última Cena de San Francisco de esa taquilla y encontrar la manera de entregársela a Matthias o a alguien de su confianza, aunque pensar en eso ahora me hace sentir culpable también. Victor me la trajo, y de alguna manera, aunque sé que es lo correcto, se siente como una traición.

—Debería irme... —empiezo a apartarme, pero él estrecha su brazo a mi alrededor, reteniéndome.

—¿Te quedas conmigo? —pregunta, y esta vez, no me opongo tan vehementemente. Sus ojos buscan los míos. Veo la forma en que me desea, no solo para controlarme o manipularme, sino porque soy el objeto de su deseo. De alguna manera, mi presencia aquí hace tanto por él como la suya por mí.

—Vale —respondo, y me relajo contra su pecho. Por esta noche...

Mañana tendré que hacer que esta situación desaparezca. Porque creo que nadie estará a salvo hasta que los cuadros reales estén tan lejos de mí como sea posible.

VÍCTOR

La casa normalmente está tan silenciosa que se puede oír caer un alfiler, pero Isabella baja sigilosamente por las escaleras con mi batín puesto mientras estoy dando las últimas instrucciones a mis hombres y nunca la escucho. Están preparados para trasladar el cuadro tal como les he ordenado, con el máximo cuidado para no ser descubiertos. Y aunque me decepciona enormemente perder parte de la revancha que esperaba tras lidiar con el drama de esta situación, sé que es lo correcto.

—Llevadlo donde hemos acordado, luego con el móvil desechable, dad el soplo cuando estéis fuera de peligro. Y no os dejéis pillar —digo justo cuando noto el movimiento de Isabella en la entrada con el rabillo del ojo. Me giro para mirarla mientras mis hombres empiezan a retirar el cuadro del caballete. Se ha convertido en algo que nunca pensé que entraría en mi vida: una pausa, un selah... El viento de cambio que he estado necesitando para impulsar mis velas y ayudarme a cambiar el rumbo—. Ah, la hermosa Bella... Buenos días.

Entra en la habitación con paso vacilante, dirigiendo miradas a mis hombres vestidos con sus trajes, equipados para la misión. Veo cómo sus ojos nerviosos se detienen en las armas y cruza los brazos sobre su pecho mientras se acerca a mis brazos extendidos. Pasamos toda la noche enredados el uno en el otro y eso me convenció de una cosa. La idea de reformarme, de convertir el

legado de mi familia en algo más que una empresa criminal, no es un sueño imposible. Es una realidad. Y la quiero a ella en mi vida.

—¿Qué...? —pregunta sin preguntar.

—Están trasladando el cuadro. Se dará el soplo más tarde esta mañana. —Apartándola de los hombres que trabajan, la guío hacia la bandeja de zumo y té que mi criada trajo antes. No lo he tocado, demasiado ocupado dando órdenes para disfrutar de mi té matutino. Así que le sirvo una bebida y le ofrezco la taza, que ella acepta. Pero sus ojos permanecen fijos en mis hombres hasta que se van.

—Debería irme, Víctor. —Parece tensa a mi lado esta mañana, nada que ver con la calidez maleable que tuve anoche. Es miedo. Puedo verlo en sus ojos, miedo por su futuro, su carrera. Miedo de lo que le sucederá cuando ceda y permita que su corazón se vuelva completamente mío.

—Sabes —digo, sirviéndome mi propia taza de té de la pequeña tetera—, deberías estar pintando estos. —Señalo con la cabeza el Degas robado montado en la pared. Tres bailarinas de rosa sosteniendo flores, de espaldas al espectador. Una tiene un lazo desatado y el pelo revuelto.

—Ya te dije...

—Me refiero —digo, interrumpiéndola para corregir su pensamiento —, a que deberías estar pintando obras maestras... Tus obras. No falsificaciones, Bella. —Mientras hablo, ella camina hacia el Degas para situarse frente a él. Dejo la taza, sin haber dado ni un sorbo, y la sigo. Su cuerpo es magnético. No puedo mantener mis manos alejadas de ella. Deslizo mis brazos alrededor de su torso y apoyo mi barbilla en su hombro.

—No soy... —comienza, pero no termina.

—Por supuesto que lo eres. —Colocando un beso en el punto desnudo de piel bajo su oreja, continúo—. Puedes coger una obra maestra y reproducirla pincelada a pincelada. Eres perfectamente

capaz de ver un hermoso amanecer y capturar su belleza en un lienzo, y no necesito ver tu trabajo para saberlo.

Sus hombros se hunden un poco mientras sorbe el té. Su silencio es atronador, gritando algo que no entiendo, pero no se aparta de mí. Aprieto mis brazos alrededor de su cintura y me enderezo mientras ella se recuesta en mi pecho y apoya su cabeza en mi hombro.

—Es que no veo cómo alguien podría mirar mi arte y ver valor. Mira estos —dice, señalando las obras en la pared—. No soy nada como esto.

Escuchar su falta de confianza me hiere. Su arte es increíble, mucho mejor que cualquier Degas o Pollock. Los millones que pagaría por una sola pintura pequeña y enmarcada creada por sus manos... Y ella no lo ve.

—¿Puedo enseñarte algo? —le pregunto, dándome cuenta de que esta puede ser la única manera.

Ella se aparta, volviéndose sobre su hombro, y asiente—. Claro...

Tomo su mano y la conduzco por la sala de estar. Deja su taza en la bandeja al pasar y entramos en el pasillo. Tres puertas más abajo a la izquierda está mi estudio privado, un lugar donde solo yo tengo permitido aventurarme. Mi personal tiene prohibido el acceso. Mi padre ni siquiera sabe que existe, y como un santuario interior, lo guardo muy cerca de mi corazón. Isabella es la primera en cruzar el umbral.

—Vaya —respira al entrar mientras enciendo la luz. Mi caballete está allí, con una pintura al óleo solo medio terminada en su percha. Las paredes guardan más tesoros, algunos Monets y un Vermeer. Diferentes, pero invaluables a su manera.

—Bella, me estás dando una nueva esperanza. —Cierro la puerta suavemente mientras ella contempla las obras que he mantenido ocultas aquí, más secretos que nadie conoce. Mi propio arte difícilmente merece compararse con cualquiera de estos o los suyos,

pero me entretengo. Sus ojos absorben la vista, luego se vuelven para mirarme.

—Pero ¿cómo? —Hay genuina curiosidad y compasión allí.

—No estaba fingiendo cuando dije que quiero ser legítimo. —Me acerco a ella y tomo sus manos—. Quiero que mi vida, mi legado, sea haber cambiado el rumbo de la historia de mi familia. Este arte —digo, soltando una mano de la suya para señalar—, quiero que sea mi legado, preservar el arte, exhibirlo, protegerlo para la próxima generación y la siguiente.

—Oh, Víctor.

—Y quiero que formes parte de eso. —Tomo su mano otra vez, mirándola fijamente a los ojos—. Comprendes mi pasión. Sabes lo que significa el arte, lo que representa. No puedo pensar en nadie más en este mundo que refleje mi corazón y mi amor por estas piezas perdidas.

Ella aprieta los labios y baja la mirada. Isabella es una mujer desconcertante, alguien con quien nunca pensé que me encontraría ni de quien me enamoraría, pero alguien sin la que sé que no puedo vivir. Haré cualquier cosa por ella, incluso desafiar a mi padre si es necesario. Y sea cual sea el misterio detrás del Rafael, lo veo más como una historia histórica que puede compartirse durante generaciones, no como un impulso financiero.

—Podemos dejarlo todo atrás: la falsificación, el crimen, el contrabando. Podemos dejar nuestros pasados atrás y hacer algo real, algo tangible para el mundo del arte, Bella. Di que también puedes ver un futuro así para nosotros. —Llevo sus manos a mis labios, y ella me mira mientras beso sus nudillos. No dice nada, pero puedo ver que lo está considerando.

—Pinta para mí... Lo que se te ocurra. Y piénsalo. Dime que no lo sientes también: la necesidad de hacer algo real, algo que importe, algo más que simplemente trabajar en una galería autenticando arte

antiguo. —Retrocedo, dejando caer sus manos, y ella emite un sonido de protesta pero no dice nada mientras abro la puerta.

Sé que mi irrupción en su vida la ha hecho cuestionarse todo, y tiene todo el derecho a estar enfadada conmigo por someterla a tanto peligro y riesgo. Realmente es todo culpa mía. Y anoche, al ver lo indignada que estaba por la verdadera Hermana del Luto, me di cuenta de que para ella todo se trata del arte. Algo que debería haber sabido desde el principio. No puedo explotarla como otros lo han hecho. Merece ser puesta en un pedestal y venerada como la verdadera maestra moderna que es.

Aunque ella no lo vea en sí misma, yo sí. Y quiero que el mundo lo vea. Solo espero que pueda mirar más allá de mi oscuridad y los errores de mi pasado para ver que estoy genuinamente interesado en dar vuelta a la hoja por ella. Por nosotros. Por un futuro que podemos tener.

ISABELLA

Cada vez que sumerjo el pincel en los óleos mezclados, regreso a una versión más joven de mí misma, la de hace quince años, a punto de entrar en la escuela de arte siendo apenas una adolescente. Una época anterior a la muerte de mi padre, cuando me dejó sola con un legado de confusa pasión por el arte y la historia que lo rodea.

El paisaje que se extiende ante mí en el lienzo es un recuerdo, la propiedad de mis abuelos guardada como una memoria en mi mente. Pienso en ello a menudo, en cuántas veces he querido pintar exactamente esta escena pero no lo he hecho. Me hace sentir cosas y recordar a mi padre y cómo me advertía contra ser demasiado curiosa sobre lo que él llamaba "el lado oscuro" del arte. Siempre quiso que fuera creativa, pero mi corazón me llevó por el camino que él no quería para mí, de todos modos. Y ahora estoy aquí, perdida entre lo que debería ser y lo que estoy luchando por no ser.

Me aparto para observar los tonos rosados y amarillos del atardecer sobre el granero y el pasto. ¿Cuántas veces estuve allí con mi caballete pintando una vaca o un pollo mientras mi papà me elogiaba? Entré en la escuela de arte a los dieciséis años, me gradué a los diecinueve, fui aclamada como una prodigio por el mundo del arte y una experta a los veintiún años en la autenticación de obras de más de un artista.

Ahora me siento como una farsante. Tantas emociones se agitan dentro de mi mente mientras contemplo mi propia obra, casi terminada. La paleta en mi mano se siente como si perteneciera allí, pero no aquí, no rodeada por las obras maestras robadas de Victor y su propio arte. Me siento transportada en el tiempo a un lugar al que no pertenezco, donde no encajo. Papà me hizo prometer que me cuidaría, que me mantendría alejada de ladrones y contrabandistas. Luego me convertí en una de ellos. Lo soy. Una farsante.

Las lágrimas brotan y ruedan por mis mejillas. Dejo la paleta, pongo mis pinceles en el vaso de disolvente. Quiero hacer trizas el lienzo, verter el disolvente sobre él y destruir el recuerdo, pero hacerlo no destruirá los recuerdos ni hará que el tiempo retroceda. Nicola me arrastró a su mundo de mentiras y engaños, y pensé que había escapado de él. No deseaba nada más que hacer lo que Victor sueña: vivir una vida separada de los errores de mi pasado, pero la oscuridad me sigue de formas que no puedo comprender.

Acerco un taburete y me hundo en él mientras me seco las lágrimas. Todo lo que he aprendido durante el último mes ha confirmado más a mi corazón que la muerte de mi padre no fue un accidente en absoluto, y confesárselo a Victor anoche lo hizo más real. El mundo en el que vivo es un lugar peligroso, lo que hace que la invitación de Victor a algo mejor parezca etérea, casi irreal.

Es como si mi padre supiera sobre los secretos que estos viejos artistas nos ocultaron en acertijos y misterios. Como si la razón por la que me lo arrebataron tuviera más que ver con el mundo oscuro del que me advirtió que con las carreteras resbaladizas de aquella noche. Debería haberlo sabido desde el momento en que Nicola me pidió que le ayudara a proteger ese cuadro, y debería haberle contado al señor Giani en el mismo instante en que Victor Costa me puso esa pistola en el costado. Podría haberme ahorrado todo este lío.

—Bella, es precioso —susurra Victor, y levanto la cabeza bruscamente. Ni siquiera me había dado cuenta de que estaba en la habitación conmigo. Se encuentra a unos metros del cuadro, mirándolo con los ojos muy abiertos, y me seco las lágrimas frenéticamente cuando se gira para mirarme—. ¿Qué ocurre? —Acerca un segundo taburete y se sienta, tomando mis manos entre las suyas.

Es demasiado: los recuerdos de mi pasado, mi padre, los sueños que he tenido para mí misma, y ahora la presión de lo que está sucediendo con el cuadro de Victor y los hombres que me persiguen para que lo entregue. Solo quiero una vida normal y tranquila.

—Habla conmigo —insiste, y sacude mis manos—. Si es por tu obra, Bella, es preciosa. Puedo venderla. A la gente le encantará.

Niego con la cabeza mientras más lágrimas caen, y las dejo fluir sin intentar liberar mis manos de las suyas para limpiármelas de las mejillas. Se trata de él, de mi corazón. Tengo miedo de adónde me está llevando este camino que estoy recorriendo. Me estoy enamorando nuevamente de un hombre que no es bueno para mí ni para mi futuro, y estoy aterrorizada por lo que eso significa.

—Victor, no puedo... —empiezo a protestar contra la vida que él cree que debería vivir, pero pone un dedo sobre mis labios.

—Respira hondo —me indica, así que le hago caso, inspirando profundamente para aclarar mis pensamientos y liberar el estrés.

—Tengo miedo —confieso. Su mirada es sincera mientras me escucha—. Los hombres que buscan tu cuadro, que me buscan a mí... No van a detenerse por tus buenos deseos. Y mi padre me advirtió que me mantuviera alejada de este negocio. —Gesticulo mientras hablo, y Victor me da libertad para mover el brazo, pero luego vuelve a tomar mi mano mientras continúo—. ¿Cómo será mi futuro si hombres como tú pueden simplemente localizarme y volverme a meter en el mismo lío en el que estoy ahora? Nunca

tendré paz. —Me cubro la cara y lloro con más fuerza, y él aparta mis manos.

Luego sus manos secan mis lágrimas mientras acuna mis mejillas y sus pulgares continúan eliminando las lágrimas—. Son miedos enormes, Bella. Entiendo que es mucho para ti. —Victor me atrae hacia sus brazos, y me levanto y apoyo la cabeza en su hombro mientras me abraza—. Nunca quise poner todo esto sobre tus hombros.

—¿Me ayudarás a salir de esto? —le pregunto suavemente, y él asiente y me abraza con más fuerza.

—Quiero eso, para los dos. Lo digo en serio, Bella. Quiero una vida donde dejemos nuestro pasado atrás, una vida donde nuestros futuros no tengan que estar manchados por errores pasados. —Sujeta mi cabeza con ambas manos y me aparta para que lo mire a los ojos. Es una mirada intensa de la que no puedo apartarme.

—Sí, quiero eso —murmuro, sin estar segura de a qué estoy consintiendo, pero mi corazón me dice que es lo que debo decir. El beso que sigue es lento y deliberado, un beso eterno. Sus labios juguetean con los míos antes de profundizarlo, arrastrándome a la pasión que enciende su mirada, y me derrito contra él.

Hay un calor en mi pecho, una necesidad que no sabía que existía hasta que él me la hizo sentir.

—Dime —susurra contra mis labios—, ¿tienes miedo de esto? —Y lo beso de nuevo, susurrando mi respuesta.

—No.

Victor está tan serio como siempre. Se levanta y tira del cinturón de su bata que llevo puesta, desatándolo. Se abre y sus manos encuentran mi piel. Sus manos trazan un camino ardiente por mis costados, haciéndome estremecer. Me mira con una cálida sonrisa, una de las primeras que he visto en él, y acaricia mi mejilla.

—Victor —susurro, sintiéndome de repente tímida.

—Shh —susurra mientras sus manos se deslizan por la curva de mi trasero hasta la parte posterior de mis muslos. Me levanta, y yo le rodeo con mis brazos mientras me lleva a través de la habitación hasta un escritorio situado en la esquina cerca de la ventana de cristal esmerilado. Me deja suavemente sobre la superficie fría y lisa, y dejo que la bata se deslice de mis hombros mientras él separa mis rodillas y se acomoda entre ellas. Sus labios capturan los míos de nuevo mientras sus manos comienzan a explorar mi cuerpo.

Su tacto es suave pero insistente, encendiendo un fuego dentro de mí que apenas estoy empezando a comprender. Las manos de Victor no dejan ninguna parte de mí sin tocar mientras explora mi piel expuesta. Sus manos recorren mi pecho, alrededor de mis caderas y vuelven a subir. Jadeo cuando su dedo índice encuentra mi clítoris y lo acaricia, y él sonríe contra mi boca mientras me besa más profundamente.

—Dios, eres hermosa —murmura antes de arrodillarse, con la cabeza entre mis muslos. Su lengua se desliza por mis pliegues, encontrando todos los puntos sensibles. Mis caderas se mueven involuntariamente a medida que el placer aumenta. Me mira, sonriendo maliciosamente mientras sus dedos rodean mi centro y luego se deslizan dentro, mientras su otra mano presiona mis muslos para abrirlos más y sus labios regresan para succionar mi clítoris.

Una mano agarra el borde del escritorio mientras la otra se enreda en su pelo. Arqueo la espalda, empujando mis caderas contra su boca, que devora ávidamente cada gota de humedad que produzco. Todo mi cuerpo está encendido, cada terminación nerviosa al límite. Estoy jadeando ahora, desesperada por que termine la tortura a la que me ha estado sometiendo. Siento que voy a estallar, pero él es implacable.

Mis músculos se tensan, gimo con fuerza, mi orgasmo me consume con tanta fuerza que mis párpados se cierran de golpe y no puedo respirar. Por un momento, solo soy consciente del latido de mi

corazón y la dulzura de la liberación. Mi cuerpo convulsiona tan fuerte que casi me resbalo del escritorio, y Victor soporta mi peso, colocando mi pierna sobre su hombro. Me estremezco y me sobresalto, y él continúa chupándome y penetrándome con sus dedos hasta que mi cuerpo comienza a calmarse.

Cuando mi respiración vuelve a la normalidad, estoy lánguida en sus brazos, somnolienta y satisfecha. Me apoyo contra su pecho mientras él desabrocha su cinturón y saca su miembro. Está completamente duro, acariciándose mientras yo me incorporo y desabotono su camisa, y cuando su piel queda expuesta ante mí, la cubro de besos. No puedo evitarlo. Estoy enamorada de este hombre que representa todo el mal que se supone que debo aborrecer.

Paso mi lengua por los relieves de sus abdominales, provocándolo aún más, aunque no necesita ser provocado. Ya está al límite, como evidencian las pequeñas gotas de líquido preseminal en la punta de su miembro engrosado. Se acerca más, y yo le guío hacia mi entrada. Su glande se desliza a través de mi humedad, hundiéndose en mí mientras empuja hacia adelante. Estoy más que lista para él, y se sumerge profundamente en mis profundidades, nuestros cuerpos fundiéndose como si hubiéramos sido hechos el uno para el otro.

Su respiración se vuelve entrecortada, su rostro una máscara de éxtasis, y en ese momento, me siento más conectada a él que a cualquier otra persona en el mundo. Nos movemos juntos, acompasando nuestras embestidas y gemidos, él dentro de mí y yo alrededor de él como si estuviéramos destinados a estar así. Victor agarra mis caderas y embiste contra mí una y otra vez, su cuerpo chocando contra el mío mientras nos retorcemos contra el escritorio. No puedo contener mis gritos mientras otro orgasmo se construye. Él gruñe y gime, su mano agarrándome tan fuerte que podría dejar moratones, pero todo lo que puedo sentir es el calor entre mis muslos, el fuego que enciende dentro de mí.

Nuestra unión se vuelve frenética, desesperada, primaria mientras ambos nos acercamos al borde de la liberación. Y entonces me golpea de nuevo: ola tras ola de placer que me inunda mientras me contraigo a su alrededor, y él ruge mi nombre mientras derrama su semilla dentro de mí. Sus embestidas se ralentizan, y sus labios cubren los míos en un beso profundo mientras su miembro pulsa y mis temblores se calman.

Esta vez es diferente, la forma en que me toca, la forma en que me sostiene. Me deshago por lo cariñoso que parece, y quizás me estoy permitiendo creer cosas que no debería, pero de alguna manera, confío en él cuando dice que quiere algo diferente para ambos. Tengo que hacerlo. Es la única salida para mí. No estoy segura de que Matthias Winslow vaya a volver para ayudarme. O estoy con Victor Costa o estoy por mi cuenta, y no me gusta cómo suena eso.

VICTOR

La televisión montada sobre la chimenea de piedra en el patio de mi padre emite las noticias a todo volumen. Me siento con él en su mesa de hierro forjado bebiendo un mimosa después de haber terminado un abundante desayuno. Insistió en que viniera a informarle sobre el Rafael tras una charla sobre cómo "manejar mis asuntos" profesionalmente. El Rafael sigue en la galería donde debe estar, según lo acordado entre el señor Giani y yo a cambio del tiempo de Isabella. Además, no hay lugar más seguro ahora mismo.

—Ya te lo he dicho, si intentamos transportar el cuadro ahora, seríamos unos insensatos. Con ese idiota suelto, nada está seguro — doy un sorbo a la copa mientras observo tranquilamente las noticias. Una cinta informativa se desplaza por la parte inferior de la pantalla mostrando las últimas actualizaciones sobre el "robo de arte" del que están hablando. Nada más que Nicola Vitale recibiendo lo que se merece.

—¿Me estás diciendo que no puedes proteger un cuadro de quinientos años? —Sus gruñidos me molestan. Es como si a veces olvidara en qué mundo vivimos. Su pelo plateado lo delata, revelando su edad y los problemas de memoria que ha comenzado a tener recientemente.

—Papà, mi acuerdo con Giani es firme y soy un hombre de palabra. Me permitió utilizar los conocimientos y la habilidad de la señorita De

Luca sobre Rafael y su obra, y a cambio le ofrecí permitirle exponer el cuadro. La seguridad de la galería es de primera clase —además del hecho de que sé que probablemente ella tiene mi verdadero cuadro guardado en una caja fuerte en alguna parte—. Y si fuera a transportar ese cuadro por la ciudad ahora mismo en este clima actual, me arriesgaría a un ataque que podría costarnos una fortuna, o quizás perder el cuadro.

Hace un gesto con la mano para silenciarme y alcanza el mando para subir el volumen cuando el presentador de noticias comienza a hablar sobre el caído ladrón de arte.

—Las autoridades descubrieron el cuerpo del señor Nicola Vitale, un conocido delincuente que escapó de prisión hace solo unas semanas. Recibió un disparo en la espalda y como consecuencia, sucumbió a su herida. Se cree que estuvo involucrado en el atraco fallido —la presentadora entrecierra los ojos y frunce los labios mientras mira a la cámara—. El cuadro involucrado, La Hermana del Duelo, que estaba expuesto en una galería local cuando fue robado, ha sido entregado de forma anónima. Las autoridades informan haber recibido una pista en su línea directa de que el cuadro se encontró en el aeropuerto guardado en una taquilla.

—El cuadro, valorado en más de diez millones de dólares, está ahora de camino de vuelta a la galería para ser comprobado, limpiado y autenticado nuevamente. Aunque no hay informes sobre el estado del cuadro, se cree que está intacto y seguro. Tendremos más información sobre esta historia a medida que haya novedades.

Alcanzo el mando y silencio las noticias de nuevo, y mi padre sacude la cabeza y se pasa una mano por el pelo.

—¿Esa es la galería que dices que es tan segura? ¿Más segura que aquí en mi casa? —Entrecierra los ojos y alcanza su mimosa como si pudiera ofrecerle algún alivio de la frustración dibujada en su frente en profundas arrugas.

—Tu cuadro está a salvo —le recuerdo con firmeza. Escuchar las mismas malditas frustraciones y acusaciones una y otra vez está empezando a agotarme. Con todo lo que está ocurriendo alrededor de esta obra de arte, él no tiene derecho a estar tan enfadado conmigo. Los secretos se están acumulando y tengo todo el derecho a escuchar la verdad de la fuente en lugar de malgastar recursos tratando de averiguarla.

—No es el cuadro lo que quiero, maldita sea —el enfado en su tono es inconfundible—. Te dije que es el marco la parte valiosa, y estás perdiendo el tiempo con el maldito cuadro —ahora sus ojos se fijan en mí con precisión láser, y esta vez no voy a ceder.

—¿Qué, entonces? ¿Qué es tan importante sobre este marco que desdeñarías un cuadro de trece millones de dólares que nuestro antepasado encargó? —Me inclino hacia delante, enderezándome. Voy a obligarle a que me diga lo que sabe de una vez por todas. Después de que Isabella me confesara sus temores sobre la muerte de su padre y su relación con mi cuadro, junto con sus sospechas sobre los dos marcos, sé que mi padre tiene que saber algo.

Hay demasiada gente interesada en la recuperación del cuadro como para ignorar todo esto y fingir que son solo rumores. Isabella está tras algo. Puedo sentirlo. Le dije a Rocco que se olvidara de la máquina de rayos X porque con sus historias sobre los diamantes en el marco y la obsesión de mi padre, prácticamente confirma que eso es lo que está pasando, pero ahora que este nuevo secreto ha salido a la luz —un potencial mapa hacia una fortuna mayor escondida para mi familia... creo que es hora de que mi padre confiese.

Se recuesta, frotándose la cara con una mano, pellizcándose la nariz, luego rascándose la barba. Se remueve, mirando hacia su patio y la piscina enterrada contigua. La brisa dobla las copas de los pinos que bordean el jardín, y suspira cuando sus ojos vuelven a enfocarse en mí.

—¿Sabes algo sobre eso? —pregunta, pero es más una afirmación que una pregunta, casi una acusación.

—Lo sé, y quiero saber qué sabes tú. Quiero saber por qué no me has contado nada de esto —mi mano barre la mesa en un gesto de ira, pero no parece afectarle. Es el rey por un tiempo todavía, pero cuando se vaya, ¿quién liderará esta familia? Si no me ha introducido en su red de secretos, ¿cómo sabré qué es real y qué son mentiras?

Una mirada pensativa cruza su rostro, con los ojos vidriosos mientras mira la piscina.

—Supongo que ya habrás oído hablar de los diamantes escondidos dentro del marco. No tiene sentido ocultártelo. Esa señora del arte es lo bastante lista... Pero el verdadero tesoro no es el cuadro en absoluto. El marco es la respuesta. Un mapa que revela la ubicación de algo que finalmente legitimará nuestras operaciones, dará sustancia e importancia a los asuntos de nuestra familia —sus ojos se encuentran con los míos—. Tengo que tener ese marco intacto, Victor. Es lo único que importa.

—¿Te refieres a los marcos? —pregunto, y sus cejas se elevan lentamente y luego se relajan cuando la comprensión le llega. Parece insultado y asiente.

—Los dos —confiesa, dando mérito a las sospechas de Isabella. Sigue ocultándome secretos incluso cuando los señalo directamente, pero ahora tengo la ventaja. Tengo más control que incluso mi propio padre en lo que respecta a estos cuadros debido a mi posición de influencia con Isabella.

Le contaría a mi padre sobre ella, sobre nosotros dos y mis esperanzas para el futuro, pero su único objetivo es su legado y asegurar nuestro apellido familiar. Es algo noble, honorable, pero él solo verá a Isabella como un peón en un juego, una herramienta para conseguir lo que quiere.

—Quiero que esto se termine lo más rápido posible, Victor, y quiero esos marcos en esta casa. —La mirada pétrea que lanza en mi

dirección me inquietaría si no fuera por la entereza que he desarrollado tras años de llamarle Padre.

—Me encargaré de ello. Solo mantente al margen. Las cosas tienen que hacerse de la manera correcta o todo esto se derrumbará. Las personas que robaron el cuadro a tu bisabuelo hace más de un siglo seguirán persiguiéndolo. Tenemos que eliminar la raíz del problema, no solo cortar la cabeza de la serpiente. —Me levanto, dejando la servilleta sobre mi plato vacío, y termino mi bebida—. Te mantendré informado —le digo mientras salgo de su terraza y entro en su casa.

Tengo que lidiar con un agente corrupto de Interpol, y solo cuando llegue al fondo de quién está manejando los hilos me sentiré seguro para traer ese cuadro a casa. Ahora tengo que trabajar más rápido, o mi padre tomará el asunto en sus propias manos y arriesgará perder el cuadro para siempre. Y potencialmente pondrá la vida de Isabella en riesgo de nuevo.

ISABELLA

Marco Gallo resulta aún más intimidante de cerca, vestido con su traje azul marino oscuro, zapatos relucientes y su placa de Interpol con sus credenciales prendida en el pecho. Sin embargo, el señor Giani no parece impresionado por este tipo sórdido que no deja de meter las narices en la galería.

—El cuadro debería ir a la sala de trabajo para que la señorita De Luca y nuestro equipo lo autentiquen —indica Giani, señalando hacia la parte trasera de la galería donde Paolo guía al equipo de agentes que por fin devuelven la falsificación robada, después de que los oficiales de la Policía la recogieran en el aeropuerto hace tres días. Está contentísimo con esta situación, aunque a mí ya me ha soltado varias charlas sobre el asunto. Su versión ha cambiado ahora y jura que me dijo que guardara el cuadro en la cámara después de la advertencia. Paolo sabe lo retorcido que suena este hombre, pero no puedo decir ni una palabra al respecto.

—Señor Giani, no puedo evitar preguntarme —dice el agente Gallo, señalando el Rafael de Victor en su vitrina—. ¿Cómo piensa proteger estas otras obras maestras? Ha habido varios intentos recientemente, y este último tuvo éxito. —Gallo entorna los ojos mirando a mi jefe mientras yo pongo los míos en blanco. Está pescando información y Giani se la está ofreciendo como quien reparte regalos en Navidad.

—Señor Gallo, le aseguro que...

—Señorita De Luca —dice el señor Giani, interrumpiéndome—, se estaba dirigiendo a mí. —Levanta las cejas con fastidio, y puedo notar que las charlas sobre todo este asunto aún no han terminado. Le avisé. Le dije que Costa iba a llevarse el cuadro personalmente y no me creyó. Tuve razón, y la verdadera Hermana nunca estuvo en peligro, pero jamás podré jactarme ni restregárselo en la cara.

Lo mejor que puedo hacer es aceptar mis golpes y cambiar la falsificación por el cuadro auténtico, esperando que Giani no se dé cuenta o vaya a la cámara antes que yo.

—Ahora, agente Gallo, observará que tenemos cámaras instaladas en la galería. Hay más en el estudio y las estaciones de trabajo.

Las preguntas llegan una tras otra, afiladas y deliberadas, diseñadas para hacerme sentir acorralada. Pregunta sobre la seguridad de la galería: dónde están las cámaras, cuántas salidas hay, cómo se accede a la cámara acorazada. No me inmuto. Giani, parado junto a mí, no pierde su apariencia tranquila. Está demasiado cómodo. Demasiado seguro de sí mismo. No ve la mentira en los ojos de Gallo, ni cómo sus preguntas parecen tener más una agenda personal que profesional. No me pasa desapercibida la forma tan minuciosa en que observa toda la sala, evaluando cada rincón de la galería, como si estuviera haciendo un mapa mental.

Intento mantener mi expresión neutral, pero mi instinto me dice que esto no se trata solo de arte. Cuantas más preguntas hace Gallo, más inquieta me siento. Miro de reojo a Giani, esperando alguna reacción, pero no hay nada. Le está dando a Gallo todo lo que quiere. Es repugnante. Siento una opresión en el pecho que no se afloja.

—¿Sabe algo sobre las personas que entran y salen de la galería? —pregunta Gallo, estrechando ligeramente los ojos al posarlos sobre mí. Trago saliva. Sé exactamente adónde va esto, y no me gusta nada. La sensación de malestar en mi estómago aumenta.

Giani, sin perder el ritmo, responde con suavidad: —No a nivel personal, no. Tenemos una lista de invitados para los eventos, y cualquier persona que entra en la galería queda registrada en recepción, pero aparte de eso, dependemos de nuestro equipo de seguridad para vigilar el flujo general de visitantes. No hacemos seguimiento de visitantes individuales a menos que generen alguna preocupación o formen parte de una visita privada.

Su voz es tranquila, segura, como si esto fuera solo una pregunta rutinaria más, y está claro que ha tenido esta conversación antes. Puedo sentir la sutil tensión que se acumula, pero el comportamiento de Giani no flaquea. Está completamente a gusto, seguro de su posición, creyendo cada palabra de Gallo.

Gallo parece aceptar la respuesta, dirigiendo brevemente la mirada hacia mí antes de hablar de nuevo: —Bien. Aun así, querré revisar las grabaciones de seguridad más tarde. Para asegurarme de que todo está en orden.

Giani asiente con naturalidad, imperturbable. —Por supuesto. Tendremos todo preparado para usted.

Tras una breve pausa, Giani se endereza y me mira. —Me disculparé ahora para ayudar a escoltar el cuadro hasta la estación de trabajo. Si necesitas algo, Isabella, estaré cerca.

Dicho esto, se gira y camina hacia el estudio, dejándome a solas con Gallo. La puerta se cierra tras él, y el aire entre Gallo y yo se vuelve más denso. La postura de Gallo cambia ligeramente, con su mirada ahora fijamente clavada en mí.

Cuando los pasos de Giani se desvanecen, Gallo no pierde un segundo. Se vuelve hacia mí, con una pequeña y calculadora sonrisa bailando en la comisura de sus labios. —Sabe, señorita De Luca —dice, con voz suave y casi demasiado relajada—, he hecho mis deberes. Conozco su pasado, su pequeño... desliz con la falsificación. El que casi le cuesta todo.

Me quedo paralizada, sintiendo las palabras como un puñetazo en el estómago. Trago con dificultad, con la garganta tensa, pero intento mantener mi expresión neutral. Él se acerca más, bajando la voz hasta casi un susurro. —No se preocupe. Su secreto está a salvo conmigo. Por ahora. —Sus ojos centellean con algo más oscuro—. Pero me pregunto cuánto tiempo podrá mantenerlo escondido de todos los demás.

No me tomo la amenaza a la ligera. Giani sabe que tuve un desliz en el pasado, pero en gran medida, el secreto se ha mantenido bajo llave, y no voy a dejar que este policía corrupto arruine mi reputación. Soy yo quien está haciendo lo correcto aquí.

Sostengo su mirada, sin vacilar. —Matthias Winslow —digo, observando atentamente cualquier signo de reacción por su parte—. Qué curioso, acabo de visitarlo en su cama de hospital. Tenía muchas cosas que decir sobre usted.

Los ojos de Gallo se entrecierran inmediatamente, su rostro palideciendo un tono demasiado rápido. El sutil cambio en su expresión, la rigidez de su mandíbula, es toda la confirmación que necesito. Sé cómo acabó en el hospital—cómo Gallo fue probablemente quien lo puso allí. El recuerdo del rostro magullado y golpeado de Matthias destella en mi mente, y siento una oleada de ira.

—No sé de qué estás hablando —murmura Gallo, su voz traicionando un atisbo de nerviosismo, aunque intenta disimularlo, aparentar calma.

Doy un pequeño paso hacia delante, sin apartar la mirada de él. —Oh, yo creo que sí lo sabes. —Dejo que el silencio se prolongue entre nosotros por un instante—. Matthias no es el único que sabe lo que has hecho, Marco. Sé exactamente quién eres y de qué eres capaz.

Traga saliva con dificultad, perdiendo aún más el color. El último vestigio de su compostura se quiebra, y por primera vez, veo el

verdadero rostro del hombre con el que estoy tratando. El que se ha estado escondiendo detrás de una placa y una mentira.

Gallo permanece allí durante un largo momento, sus ojos aún fijos en mí, su expresión fría, como si estuviera sopesando algo en su mente. Finalmente, se mueve y da un paso hacia la puerta. Sus dedos se detienen en el pomo, pero no mira atrás. La puerta se cierra con un clic tras él, y me quedo sola en el silencio, con la mente todavía zumbando por todo lo que acaba de suceder.

Cuando oigo un pitido, saco mi teléfono del bolsillo, esperando a medias otro mensaje de Gallo, pero en cambio, el nombre de Victor ilumina la pantalla. Deslizo para abrirlo, ya preparándome para lo que viene a continuación.

Victor 15:12: Gallo planea robar ambos cuadros esta noche. Intentará llevárselos cuando no estés mirando. Díselo a Giani.

Leo el mensaje dos veces, mientras mi mente asimila las palabras. Así que es eso. No puede presionarme para que los entregue, así que ahora simplemente va a llevárselos. Gallo ha estado jugando a largo plazo, pero ahora está listo para hacer su movimiento.

Puedo sentir la ira empezando a crecer en mi pecho. Si cree que puede simplemente entrar y llevarse lo que no le pertenece, va a llevarse una sorpresa. No me quedaré de brazos cruzados viendo cómo saquea esta galería, y no dejaré que ponga sus manos en lo que sea que ese mapa indique.

Me apresuro a entrar en la zona de trabajo y veo al señor Giani y a Paolo ya preparando el cuadro. No es lo suficientemente listo para reconocer que es una falsificación, y por eso estoy agradecida. Tengo tiempo para cambiar el lienzo por el auténtico fácilmente, pero la advertencia de Victor es más urgente.

—Señor Giani, Paolo —digo, con voz tensa—. Hay otra amenaza creíble. —Me tiembla el labio al hablar, sin estar segura de si me creerá.

El señor Giani levanta la vista del lienzo, frunciendo ligeramente el ceño. —¿Qué tipo de amenaza?

Echo un vistazo rápido alrededor, bajando la voz. —No puedo entrar en detalles, pero no podemos bajar la guardia esta noche. Necesitamos asegurar los cuadros.

Paolo parece alarmado, claramente inquieto por la urgencia en mi voz. —¿Qué quieres decir? ¿Hay alguien...?

—No importa —le interrumpo, acercándome al cuadro. Paolo parece dolido, pero necesito que nuestro jefe me escuche—. Solo necesitamos asegurarnos de que todo esté bien cerrado aquí. Voy a autenticar esto y quitarlo de la mesa por ahora.

El señor Giani suspira y se endereza, con voz tranquila como siempre. —Isabella, déjate de dramas. Tenemos una galería que gestionar. Haz tu trabajo y autentica el cuadro. Nadie va a acercarse a esta galería otra vez con Interpol por todas partes. Mañana haré que venga otro experto para verificar tu trabajo.

Sus palabras duelen más de lo que deberían. Me trago mi frustración, dejándola a un lado. Esto es más grande que él y sus órdenes. Si tan solo hubiera escuchado la advertencia de Victor la primera vez, tal vez ese agente corrupto de Interpol habría captado el mensaje.

—Si hubieras seguido mis instrucciones y lo hubieras puesto en la cámara como te dije —añade, con tono cortante—, nada de esto estaría pasando.

Me muerdo el labio, conteniendo una réplica. Odio que cambie la historia con tanta facilidad, como si supiera desde el principio lo que iba a ocurrir. Es terco e irritante, y cada vez más, detesto la idea de trabajar aquí el resto de mi vida. Asiento bruscamente y aprieto los labios en una fina línea, esperando hasta que se marche para exhalar.

Paolo empieza a hacer una pregunta, pero lo ignoro, ya sacando mi teléfono del bolsillo. Mis dedos son rápidos mientras deslizo hasta el nombre de Matthias en mis contactos, con la mente todavía procesando todo lo ocurrido. Me muevo hacia una esquina de la habitación, intentando concentrarme.

El teléfono suena una, dos veces, y luego oigo su voz, débil pero familiar. —¿Isabella? —Matthias tose ligeramente, y puedo oír la aspereza en su voz.

Camino hacia el extremo más alejado de la zona de trabajo, tratando de poner algo de distancia entre Paolo y yo, que ya está empezando a hacer preguntas. —Matthias, soy yo —digo, intentando mantener mi voz firme, pero la tensión ya está en mi pecho, oprimiéndome—. Escucha, necesito tu ayuda.

—¿Qué está pasando? —Su voz es tranquila, pero puedo notar que todavía está tratando de mantenerse alerta, a pesar de lo que esté pasando en este momento.

—Tengo un problema. Marco Gallo... planea robar ambos cuadros esta noche. Volverá a por ellos. —Hay una larga pausa al otro lado, y me encuentro caminando de un lado a otro.

—¿Qué quieres decir con que volverá? —pregunta finalmente Matthias, su voz todavía ronca pero más afilada ahora. Casi puedo oír los pensamientos corriendo por su cabeza—. ¿Cómo lo sabes?

Dejo de caminar por un momento, apoyándome contra el mostrador. —No lo sé exactamente, pero estoy segura. Ha estado presionándome para que autentique los cuadros, y ahora, estoy convencida de que intentará llevárselos esta noche. Volverá a por ellos. —No revelo que estoy trabajando con Victor Costa. Sabe Dios en qué problemas me metería eso.

Matthias suelta una lenta exhalación, y por un momento, no hay nada más que el suave zumbido del teléfono. —No le des nada —

dice Matthias con firmeza—. Desearía poder llegar hasta ti, pero no puedo. Me han apartado del caso.

Clavo mis ojos en Paolo mientras Matthias continúa, revelando detalles sobre mi padre, sobre cómo intentaba trabajar con Interpol para detener a hombres como Gallo de conseguir los cuadros. Me cuenta detalles sobre los diamantes y el marco, y mi mente da vueltas mientras asimilo todo. Una cosa es segura. Gallo no conseguirá estos cuadros ni sus marcos. Me voy a encargar de ello.

Y cuando todo esto termine, habré acabado. No quiero formar parte de esta vida nunca más. No puedo soportarlo más.

VICTOR

Rocco permanece junto a la ventana mirando a la calle, y yo paseo frente a la chimenea mientras doy sorbos a mi whisky. Las piezas están encajando, alineándose para que podamos detener a Gallo y a los hombres que le clavan el puñal por la espalda. He investigado sobre él. No es un monstruo. Es solo un pobre diablo que se encontró al final de una cuerda muy corta con la que los actores que van a por lo que es mío lo colgarán si comete un error. Mi intención es ayudarle a cometer ese error.

—Estamos listos cuando usted lo esté, jefe —el recordatorio de Rocco sobre lo que está en juego esta noche me detiene a medio paso.

—¿El equipo está preparado? —Mis ojos recorren la habitación vacía pensando en cómo hace tan solo unos momentos, aquí se reunían varios de mis lugartenientes que están dispuestos a hacer cualquier cosa que les pida esta noche. Ninguno de ellos comprende realmente la importancia de esto, ni siquiera Rocco. Para ellos es otro intento de robo de arte, de un cuadro que ha sido robado más veces de las que se pueden contar, todo por una leyenda que en realidad nunca debió filtrarse.

—¿Qué pasa, Victor? Entiendo que el cuadro es importante, pero primero me pediste una máquina de rayos X, y ahora vas a enviar a la mitad de la familia a una guerra por un lienzo con tinta —Rocco se

pasa la mano por su rostro sin afeitar y sacude la cabeza—. No lo entiendo.

No puedo enfadarme por su ignorancia y apatía. Si solo fuera un cuadro, yo sentiría la misma irritación hacia los hombres que intentan conseguirlo. Pero es mucho más. Más de lo que cualquiera de nosotros llegó a comprender, y ahora que conozco la verdad sobre la historia de mi familia y cómo la alineación de esos marcos cambiará el futuro para todos nosotros, no puedo hacer como si no lo supiera. No puedo dejar de verlo.

Inspiro profundamente y me giro para mirarlo, exhalando lentamente. —El cuadro es solo una parte de la historia, Rocco. Voy a compartir contigo algunos de estos detalles, pero solo para que no lo jodas —Me doy la vuelta, dejo mi copa en la repisa de la chimenea y me apoyo con ambas manos—. Mi padre nos ha ocultado secretos, muchos de ellos.

—¿Y? —Rocco se coloca a mi lado, mirándome fijamente. Si va a arriesgar su vida por algo, tiene derecho a saber qué es ese algo.

—Y... —le miro—. Los secretos lo cambiarán todo. El marco no está lleno solo de diamantes —le digo, agitando la muñeca. Él no sabía lo de los diamantes, pero sus ojos no se iluminan de sorpresa, lo que significa que entiende que es mucho más importante que eso—. Hay un patrón entintado en el marco que solo puede verse bajo ciertas luces. Junto con el marco de La Hermana del Luto, la tinta oculta revela un mapa hacia algo mucho más importante que incluso los diamantes sin tallar robados a una familia adinerada durante la Segunda Guerra Mundial.

El reconocimiento empieza a asomar en su rostro y se yergue un poco más, sacando pecho. —¿Entonces es un mapa del tesoro?

—No —digo secamente, no queriendo que se haga una idea equivocada—. Aunque puede haber riqueza que venga con esto, y quizás la habrá, no se trata de eso. Se trata de la historia de mi familia y el legado que voy a dejar cuando muera. Este "tesoro"

oculto al que nos lleva el mapa tiene que ver con cambiar nuestra reputación para siempre. Se trata de hacer que el apellido Costa sea lo que siempre debió haber sido.

Todavía hay preguntas en sus ojos, pero no habla mientras le cuento lo que sé. —He colocado un dispositivo de rastreo dentro del marco, puesto ahí incluso antes de llevarlo a la galería. No voy a arriesgarme a perderlo de nuevo. Durante mucho tiempo, pensé que solo era el cuadro, nuestro legado familiar.

—Pero después de cenar con mi padre, me di cuenta de que hay más. Los diamantes son suficientes para hacerme desear el marco, pero con la alineación de los dos marcos, por fin puedo desenterrar la verdad sobre mis antepasados y abrir un camino hacia mi futuro que no esté manchado por siglos de derramamiento de sangre —Estoy decidido a hacer precisamente eso, a darle a Isabella también la vida que se merece, una que le ofrecí pero que no tenía ni idea de cómo conseguir hasta que empecé a descifrar la disposición de los diamantes y la tinta oculta en el marco.

—¿Entonces seguimos el rastreador? —pregunta Rocco. Entrecierra los ojos hacia mí, y sé lo que está pensando.

—No pongas un dedo encima del agente Marco Gallo. ¿Me entiendes? Él no es la raíz de esto. Este cuadro ha sido robado una y otra vez por esta razón. Quieren el mapa porque quieren lo que es mío. Creen que el tesoro son oro y joyas, un botín para hacerse ricos. Para mí, tiene más valor que todos los tesoros del mundo —Alcanzo mi copa y doy un sorbo mientras Rocco se mueve y cruza los brazos sobre el pecho.

—Así que el agente de Interpol no es a por quien vamos —su reflexión en voz alta coincide con mis pensamientos.

—Estás en lo cierto. Alguien lo ha incitado a hacerlo. Ha tenido una buena carrera, ha hecho muchas cosas buenas, y de repente, ¿cambia de bando y quiere jugar a ser el malo? —Niego con la cabeza—. No me lo creo. En cuanto consiga ese cuadro, se lo llevará

a quien sea que le apunte con una pistola a la cabeza, y esa es la persona que queremos. Seguid la pista y atrapemos al verdadero ladrón.

El whisky me quema la garganta mientras termino la copa, y Rocco asiente, comprendiendo sus órdenes.

—Sí, señor.

—¿Y Rocco?

—¿Sí, señor?

—Vigila también a Isabella. Lo único más preciado para mí que la obra de arte es ella. Si él le pone un solo dedo encima, quiero saberlo —Yo tengo mi propio papel en esta locura. Quiero encontrar la redención, pagar el precio del diablo y ser libre, pero si eso significa perder a Isabella, no estoy seguro de que sea un precio que esté dispuesto a pagar.

—Sí, señor —dice con determinación, y sale de mi salón. Me paseo hasta la ventana donde él estaba observando y los veo subir a los coches. Se apostarán en la galería y vigilarán. Su tarea es garantizar la seguridad de ella y seguir los cuadros si o cuando Marco aparezca para robarlos. Con Vitale fuera de juego, Gallo es el único que queda para hacer este trabajo sucio.

Mi móvil suena y lo saco, esperando a medias que sea Isabella llamándome para buscar más consuelo. No está contenta con la posición en la que se encuentra, y espero rectificar eso de inmediato.

Pero no es ella. Es mi padre.

Deslizo el dedo hacia la derecha para contestar y, acercándome el teléfono al oído, digo:

—Sí.

—Victor, ¿qué es esa tontería que me han contado sobre que estás vigilando la galería? Creía haberte dicho que me devolvieras ese cuadro inmediatamente —su enfado es evidente por su tono, y estoy a punto de colgarle.

—Si nos echamos atrás ahora, pareceremos débiles, papá. Lo sabes. El agente de Interpol va a hacer su movimiento esta noche. Tengo esto bajo control. Tenemos que seguirle hasta los hombres que están al mando y tomarnos esto en serio. Si no, seguirán viniendo y, eventualmente, el secreto del mensaje oculto en el marco será de conocimiento público y no solo una leyenda —me alejo de la ventana, preparado para recoger a Isabella y llevármela de la galería por la noche para dejar que las cosas sigan su curso con ella a salvo a mi lado.

—¿Debería bajar yo mismo a esa galería, coger el cuadro y traerlo aquí? —Está furioso, levantando la voz, y me río.

—Hace mucho tiempo que no haces ningún trabajo pesado, papá. Simplemente tómate una pastilla y vete a la cama. Todo habrá terminado pronto, y el cuadro volverá a estar en mis manos mañana. Ya verás —estoy tan seguro de que mis hombres me ayudarán a recuperar ambos cuadros que estoy dispuesto a arriesgarme a enfadar a mi padre, ya entrado en años—. Descansa bien, papá. Te llamaré por la mañana.

Terminando la llamada, guardo el móvil en el bolsillo y salgo. El conductor me está esperando para llevarme a la galería, e Isabella probablemente se estará mordiendo las uñas esperando un milagro. Yo, sin embargo, me siento más tranquilo que nunca. Las cosas se están alineando tal como esperaba y, a estas horas de mañana, sabré adónde nos lleva el mapa. Y no podría ocurrir en mejor momento.

ISABELLA

Nunca he sentido mayor alivio en lo más profundo de mi ser que cuando Victor me recogió de la galería para alejarme del peligro. Ahora, sentada frente a él en este restaurante tranquilo, me ahoga un tipo diferente de tensión. Sostiene mi mano con tanto cuidado, acariciando mis nudillos con su pulgar mientras estudia mi rostro con curiosidad, pero mi corazón, por mucho que quiera dejarse cautivar y atraer por su encanto, sabe que mantenerme alerta es la mejor opción para mí.

—Te he comprado un regalo —dice suavemente mientras lleva mi mano a sus labios para besarla. No quiero ningún regalo aparte de recuperar mi vida. Pero saca una pequeña caja negra de su bolsillo, la abre lenta y cuidadosamente, y ahí está: una pulsera con delicados eslabones de oro y una única piedra de esmeralda que resplandece bajo la tenue luz de nuestra mesa—. No es mucho —dice—. Pero te protegerá, me permitirá saber dónde estás si me necesitas. —Hay una mirada de complicidad en sus ojos, y capto el significado. Piensa que esto aún no ha terminado, que todavía puedo estar en peligro. Es algún tipo de dispositivo para rastrearme o algo así.

—Mira —dice. Su voz me reconforta, aunque intento resistirme. Es como una sinfonía de susurros melosos y promesas aterciopeladas, demasiado buenas para ser verdad. Abro la boca para responder, pero él ya está colocando la pulsera alrededor de mi muñeca antes

de que pueda pronunciar palabra. El metal está frío contra mi piel, pero se calienta rápidamente al ajustarse a la temperatura de mi cuerpo. La esmeralda capta la luz perfectamente, brillando como una pequeña estrella en exhibición solo para mí, y me pregunto qué peligro acecha en las sombras que tanto le preocupa. Es eso, ¿verdad? ¿Teme que también me lleven a mí, como si le perteneciera?

—Me queda perfecta —murmuro mientras vuelve a tomar mi mano, porque no sé qué más decir.

—Está encantada —dice con expresión traviesa—, así que si alguna vez necesitas ayuda, acudiré corriendo. —Esta vez, no hay duda. No se trata de una situación hipotética. Sus ojos están serios, y me encuentro preguntándome para qué tipo de problemas se está preparando. Quiere que suene mágico, como un cuento de hadas donde él es mi caballero de brillante armadura, pero el robo de arte y el contrabando son demasiado reales. Esta pequeña muestra aumenta la sensación de seguridad que siento a su lado, pero aún me resisto a caer demasiado profundo, demasiado rápido.

—No puedo aceptarla —le digo suavemente—. No estoy segura hacia dónde se dirige mi vida ahora mismo, pero no implica ser la... cómplice de alguien.

—Lo entiendo —dice—. Has pasado por mucho... —Su mirada cae a mis labios, y quedo atrapada en la telaraña de su intensa mirada—. Pero por favor, entiende que podrías tener mucho más, ser mucho más. —Me gusta cómo sostiene mi mano, acunándola como un tesoro, pero no es suficiente. A pesar del buen sexo, la personalidad encantadora y montones de dinero, Victor tiene que ofrecerme algo más que la certeza de que me encamino hacia una vida de delincuencia si estoy con él.

Trago saliva, sintiendo el calor subir a mis mejillas. —Tengo una carrera en la que pensar —le recuerdo, bajando la cabeza.

Un camarero llega para tomar nuestros pedidos, ofreciéndonos menús y sirviendo agua en copas de cristal mientras examinamos lo que hay disponible. Los aromas de ajo y hierbas llenan el comedor. Casi puedo saborear la riqueza de los sabores que impregnan el aire. Es una distracción bienvenida de la conversación.

No puedo estar con él y albergar la esperanza de hacer algo con mi vida dedicándome al arte. Autenticar y tasar arte es lo que se me da bien. Es lo que mi padre quería para mí. Es lo que tengo que hacer para sobrevivir. La vida de Victor y la mía han colisionado, pero no discurren en paralelo. Me dirijo hacia un rumbo diferente. Tiene que ser así.

Él pide primero, luego yo: mariscos sobre un lecho de verduras con salsa de mantequilla y orzo. Estoy demasiado nerviosa para comer, pensando en todo lo que he descubierto. Que mi padre tenía vínculos con esta leyenda mucho antes de que yo me enterara, que Matthias sabía cómo murió mi padre y dice que tampoco fue accidental.

No puedo confiar plenamente en Victor. Quiero hacerlo. Dios mío, cómo deseo dejar que mi corazón se sienta seguro y libre para desahogarse, pero él es tan criminal como lo era Nicola. No veo un camino para Victor que no incluya delincuencia, y si estoy con él, quedaré enredada en ello para siempre.

Sin embargo, en lugar de desahogarme sobre mis miedos y sospechas sobre mi pasado, pregunto: —¿Cuál es el objetivo final, Victor? —Ahí está. Lo he soltado antes de poder censurarme a mí misma. La verdad en mi lengua es como una bofetada en la cara—. ¿Qué vas a hacer con el cuadro y el marco? ¿Qué ocurre cuando los alineas uno al lado del otro y lees el mapa y encuentras ese tesoro?

Victor se recuesta en su silla, considerando mi pregunta mientras da un lento sorbo a su vino. Sus ojos son sensuales por encima del borde de la copa mientras hace girar el líquido rojo antes de dar otro sorbo. Me mira fijamente, su mirada oscureciéndose. —El objetivo final —comienza, dejando la copa—, es transformar el negocio de mi

familia en algo legítimo. Mi padre pasó toda su vida trabajando en las calles, haciendo conexiones, construyendo un imperio basado en actividades ilegales. Quiero cambiar eso.

Al principio no le creo. No porque piense que está mintiendo, sino porque parece demasiado... sincero. —¿De verdad quieres ir por el camino recto? —pregunto escéptica.

Asiente con la mandíbula firme en determinación. —Quiero —promete suavemente—. Sé que suena como un cuento de hadas, pero quiero que mis hijos tengan una vida diferente a la que yo tuve. Una vida sin tener que mirar constantemente por encima del hombro o preguntarse si acabarán en prisión como su padre. —Entonces alcanza su vaso de agua, bebiendo un largo trago como para calmarse antes de mirarme de nuevo—. Mi plan es usar los diamantes del marco e invertirlos sabiamente para que podamos dirigir nuestros recursos hacia el cambio. Creo que la respuesta está en lo que me han ocultado, y cuando la encuentre, quiero que estés a mi lado, Bella.

Mi corazón se acelera ante sus palabras, y no puedo negar que una parte de mí quiere creerle. Pero la otra parte, mi lado más práctico, se pregunta cómo alguien como yo —una especialista en arte sin interés en crímenes ni conquistas— podría encajar en su mundo. Aparto mi copa de vino sin tocar, incapaz de tomar alcohol cuando mi estómago está hecho un nudo por esta conversación.

—Ojalá las cosas pudieran ser diferentes —susurro, sabiendo que ya he decidido devolver el cuadro a donde Matthias dice que pertenece: el museo en Bélgica. Victor recibirá la falsificación y su precioso marco, que descubrirá que es mucho más valioso para él de lo que jamás será el lienzo, y yo quedaré libre. No más ladrones persiguiéndome, ni Interpol llamando a mi puerta. Todo esto quedará atrás y podré seguir adelante con mi plan de establecerme como la única experta en Rafael—. Lo siento —digo suavemente. Las palabras saben a ceniza en mi boca, pero necesitan ser dichas.

Sus ojos se oscurecen, y hay una evidente decepción en su actitud. —Ya veo —dice en voz baja. Pero incluso mientras parece desanimado por mi falta de fe en él o de interés en sus sueños, algo más profundo se agita en mí. Una sensación de anhelo que no será aplacada por un cambio de circunstancias o un nuevo comienzo lejos de él. Puede que no sea lo mejor para mí, pero estar cerca de él se siente como volver a casa después de años lejos: cálido, familiar, justo donde pertenezco.

—Bella —comienza de nuevo, con un tono más suave ahora. Levanto la mirada desde donde he estado estudiando el mantel, viendo el arrepentimiento grabado en esas hermosas facciones—. Entiendo si no puedes confiar en mí, pero ¿y si hubiera algo más entre nosotros? ¿Algo bueno que no deberíamos dejar pasar? —Se inclina hacia adelante, apoyando los codos en la mesa como para enfatizar lo serio que es sobre esta pregunta. Su intensidad me pone nerviosa pero también hace que mi pulso se acelere.

¿Veo la posibilidad de algo entre nosotros? ¿Más que solo pasión y emoción? Por mucho que quiera creer en cuentos de hadas, parece demasiado inverosímil para alguien como yo, una mujer que está contenta con su vida tal como es mientras anhela más aventura de la que posiblemente pueda tener rodeada de obras de arte invaluables todo el día, todos los días. Aun así, la intensidad de Victor me atrae como una polilla a la llama, aunque sé perfectamente lo peligroso que puede ser. Con él, todo parece posible, incluso el amor.

Se acerca más, cerrándose sobre mí como un depredador. No me aparto porque no le tengo miedo. Lo que temo es perderme a mí misma. Ya estoy a medio camino.

—Bella, no huyas de mí. Déjame mostrarte que puede ser bueno... —Su mano se eleva y acuna mi mejilla, y sus ojos se fijan en los míos. La densidad en el aire entre nosotros es físicamente palpable. Lo ansío, anhelo sus labios sobre los míos y que toda su atención se centre en mí, por muy aterrador que sea para mi futuro, y tengo que

contenerme. No puedo estar con este hombre, ni por todas las riquezas y tesoros del mundo.

Cuando sus labios rozan los míos, cedo temporalmente, absorbiendo el momento y su afecto. Su poder y clase, encanto y autoridad son el viento en mis velas, el pulso de vida dentro de mí, y me deleito en la sensación de su lengua contra la mía, la oleada de química y adrenalina que siento. Pero me aparto, mirándole a los ojos.

—Disculpa un momento, por favor —susurro. Si me quedo aquí cerca de él, voy a ceder. Creeré sus falsas esperanzas y le seguiré como una oveja sigue a su pastor. Si pongo espacio entre nosotros, mi mente volverá a informar a mi corazón que lo correcto es alejarme de él.

Victor asiente, y mientras dejo mi servilleta en la mesa y me levanto, mi mano derecha cubre mi muñeca izquierda, acariciando la pulsera. Camino tranquilamente hacia los baños, ya respirando un aire más fresco y puro. Decido terminar esta cena con clase y cortar lazos con Victor de una vez por todas. Él puede recoger el cuadro y el marco de la galería si sus afirmaciones sobre el Sr. Gallo fueran incorrectas y no lo roban esta noche. Y yo enviaré el tubo con el auténtico Rafael de vuelta al museo donde pertenece.

Tengo que hacerlo.

Mi cabeza se siente más clara después de salpicarme agua fría en la cara. Me lavo las manos, mirando unos ojos vacíos en el espejo y preguntándome por qué me dejé arrastrar por Victor. Es encantador, guapo e inteligente. Honestamente, es todo lo que querría en un hombre, pero la sombra sobre su vida —su oscuro pasajero— hace imposible que esté con él, aunque mi corazón sea un furioso infierno de amor por él.

Salgo del baño con toda la intención de sentarme a la mesa, comer mi comida y dejar que Victor me lleve a casa, pero el destino tiene otros planes.

Choco contra el firme y amplio pecho de Marco Gallo, que parece muy descontento de verme mientras me tapa la boca con una mano y comienza a arrastrarme hacia la puerta trasera, gruñendo en mi oído: —Sé que es una puta falsificación, zorra. Ahora dame el verdadero Rafael o te rebanaré el cuello.

Esto no puede estar pasando. No se supone que debía ir así.

VICTOR

Observo a Isabella alejarse y aún siento la punzada de sus palabras. Siente algo profundo por mí contra lo que está luchando. Pude verlo en sus ojos cuando forzó el final de ese beso y se excusó. No estoy seguro si es miedo a estar cerca de mí, a dejar que su corazón vuelva a sufrir, o si realmente es la oscuridad que envuelve mi vida.

No soy ningún santo, y nunca me presenté como tal ante ella. Desde nuestro primer encuentro supo qué tipo de hombre soy, el hombre que he llegado a odiar. Estar con ella ha sacado lo mejor de mí, el hombre que ama el arte, que valora las relaciones y la familia. He visto a través de sus ojos más allá de las armas, las drogas y el dinero. Veo un camino hacia adelante por primera vez en mi vida que no se trata del próximo golpe o defender mi territorio. Veo esperanza.

Desaparece al doblar la esquina, y compruebo mi móvil para ver si hay algún mensaje de Rocco y los chicos, pero todo está tranquilo. Mientras bebo mi vino, pienso en cómo puedo demostrarle finalmente a Isabella que nada significa más para mí que el verdadero camino que se extiende ante nosotros. Ese donde ambos somos libres de perseguir nuestras verdaderas pasiones: el arte y la riqueza del amor unidos por él.

No sé exactamente qué hay en ese tesoro guardado bajo llave esperándome. No creo que ni siquiera mi padre lo sepa, pero le creo cuando dice que es una forma de legitimar los negocios familiares y ponernos en el camino correcto. En su vejez, creo que incluso mi propio padre ha visto la locura de vivir una vida de engaño y oscuridad, que desea más de lo que hemos construido. Mi propio corazón ha sentido este anhelo, y no soy de los que se rinden hasta conseguir lo que quiero.

Miro mi reloj cuando el camarero trae nuestra comida. Isabella está tardando bastante, pero me excedí un poco. Quiero que esta noche sea mágica porque quiero que entienda lo que siento. No soy bueno con las palabras como lo soy con la pintura y el lienzo. Podría pintarle una obra maestra para mostrarle lo que siento por ella, pero decir esas tres palabras se siente como labrar un agujero en una roca con una cuchara. Simplemente no sé cómo.

—¿El orzo de marisco? —pregunta el camarero, manteniendo el plato suspendido sobre la mesa, y yo asiento hacia el asiento vacío donde está sentada Isabella. Me sonríe mientras lo coloca, luego pone mi plato de vieiras sobre una cama de arroz y salsa de mantequilla frente a mí. El aroma es celestial, pero no lo tocaré hasta que ella regrese.

Sigo nervioso, esperando que caiga el telón, que ocurra lo que tenga que ocurrir esta noche para poder finalizar mis planes y seguir adelante. Gallo robará el marco y Rocco lo rastreará. Me avisarán, e iré tras el hombre responsable de seguir enviando ladrones tras mi obra de arte. Quizás pueda convencer a Isabella de que devuelva también el lienzo original, pero como mi padre, yo también me he dado cuenta del mayor valor del marco.

Mis ojos se dirigen hacia la zona de los aseos de señoras donde no he visto rastro de mi hermosa acompañante durante diez minutos. Empiezo a preguntarme si me ha dejado plantado, pero después de ver lo asustada que estaba cuando salió de la galería para subir a mi

limusina, sé que no va a salir sola por la puerta. Ni siquiera se queda sola en su apartamento todavía. Lleva semanas viviendo en un hotel.

Frustrado, empiezo a inquietarme. La comida se está enfriando. Han pasado quince minutos y todavía no hay señal de ella. Tomo su bolso y miro mi teléfono, preguntándome si voy a tener que entrar en los aseos para sacarla, cuando recibo un mensaje de Rocco. Deslizo el dedo hacia la derecha para abrirlo y leerlo.

Rocco 19:17: Nos dio esquinazo, Jefe... Pero lo estamos rastreando ahora. Te actualizaré pronto.

¿Les dio esquinazo? Frunzo el ceño y me pregunto qué significa eso mientras me levanto lentamente para dirigirme hacia los baños. Isabella está haciéndome perder el tiempo y es frustrante sentirse plantado en mi propio restaurante en una cita que estoy pagando y después de haberle abierto mi corazón.

Mis ojos repasan unos cuantos mensajes más antes de cambiar a la aplicación de rastreo para ver dónde está el marco. A Rocco se le han dado instrucciones específicas para seguir e informar, y sé que hará exactamente lo que le he pedido.

Pero cuando la aplicación se abre y el indicador azul parpadeante en la pantalla empieza a brillar, diciéndome que el rastreador del cuadro está activo, el verde parpadea junto a él. El rastreador en la pulsera de Isabella está activo. Lo estaba desde el momento en que lo encendí y se lo coloqué alrededor de la muñeca por su seguridad. Y se está moviendo, rápido. Ambos rastreadores están en el mismo punto alejándose de este restaurante, y yo estoy aquí como un imbécil pensando que ha estado escondida en los aseos todo este tiempo.

—¡Joder! —grito, atrayendo la atención de la gente a mi alrededor. Mi paso se acelera de casual a frenético. Corro hacia la puerta trasera mientras llamo a Gerard, pero no contesta. Tiene el coche en marcha, la puerta del pasajero abierta y detenido junto a la acera

cuando salgo disparado por las puertas. Me meto en él y cierro la puerta de golpe, ordenando—: Conduce.

—Lo siento, señor... Ni siquiera la vi. El rastreador empezó a brillar y...

—Cállate y ve más rápido —le espeto.

Los neumáticos del coche chirrían sobre el asfalto, y el humo se levanta mientras salimos del aparcamiento hacia la calle, abriéndonos paso entre el tráfico a bocinazos. Isabella está en un coche, alejándose de nosotros. Debe estarlo, pero no puedo verlo por ninguna parte. El rastreador me muestra que están a varias manzanas por delante en el tráfico moviéndose tan rápido como nosotros, y Rocco también tiene que estar viendo esto.

¿Por qué no ha llamado? Marco su número, pero salta directamente al buzón de voz, y maldigo mientras saco la pistola de la funda. —¡Gira aquí, joder! —grito, señalando un giro a la izquierda cuando nos acercamos rápidamente a una intersección. Gerard frena un poco tarde y gira el volante, haciendo que derrapemos en el brusco giro. Los neumáticos chillan en protesta, y mi abdomen golpea contra el cinturón de seguridad mientras me preparo para la inercia. Gerard maldice en italiano por lo bajo y pisa el acelerador, haciendo ochenta por hora en medio del tráfico intenso mientras nos precipitamos por otra esquina.

—¿Adónde la está llevando? —Su mirada hacia mí revela su propia preocupación. Su única tarea era vigilarla y mantenerla a salvo, y bajó la guardia. Él sabe que si algo le sucede a ella, también le sucederá algo a él. No tengo ninguna duda de que es Marco Gallo quien se la ha llevado, y Gerard debería haberlo reconocido inmediatamente. Este fracaso es completamente suyo.

El GPS me muestra que ahora están atravesando callejones traseros, intentando evitar el tráfico, y está funcionando. Mis dedos agarran el asidero sobre mi cabeza, un músculo palpitando en mi mandíbula mientras Gerard toma otro giro brusco.

—Tienes que ir más rápido. La matará. —Supongo que ha cogido el cuadro de la galería y Rocco no lo vio ocurrir. Eso significa que Gallo es bueno en lo que hace, pero yo soy mejor. También significa que probablemente sabe que el cuadro que robó es una falsificación y que quien sea que vaya a recibirlo esperará el auténtico. Pero estas son buenas noticias: el hecho de que se haya llevado a Isabella. Significa que Gallo no se da cuenta de que el valor del marco es mayor que el valor del propio cuadro, o quizás el hombre para quien lo ha robado, el que está apretando las tuercas, no conoce el valor del marco.

—No la matará —responde Gerard con confianza, ganándose una mirada mía—. No hasta que consiga lo que quiere.

Ese hecho me reconforta poco mientras observo el localizador GPS moverse por la pantalla de mi teléfono. Gallo gira a la izquierda y su coche reduce la velocidad. Estamos ganándole terreno y ya no hay salida para él. Se dirige hacia la galería y no llegará allí.

—A fondo —le digo a Gerard, y lo hace. Abro mi ventana, asomándome para ver si puedo localizar el vehículo, pero en el mar de coches, ni siquiera sé cuál estoy buscando. Mi pistola está lista, sin el seguro, empuñada en mi mano preparada para abrir fuego, pero estoy dudoso. No quiero causar un accidente que pueda dañar a Isabella, pero cuando Gallo saca su brazo por la ventana trasera del pasajero, no tengo elección. Al menos ya sé en qué coche va.

—Llama a Rocco. Dile que necesitamos refuerzos —ordeno, y entonces apunto.

ISABELLA

El chófer de Marco zigzaguea entre el tráfico como un piloto profesional de carreras, y Marco me apunta con su pistola mientras escupe furiosamente palabras de odio y acusaciones. Estoy temblando, a punto de mearme del miedo mientras me agarro con fuerza el brazalete a la muñeca y rezo para que Victor realmente lo esté rastreando, que fuera sincero cuando dijo que le necesitaría y que tendría una forma de encontrarme.

—No te saldrás con la tuya —siseo, pero estoy luchando por contener las lágrimas.

—Ya lo he hecho, ¿no es así? —Odio su voz, la forma en que la usa como un arma—. Tengo lo que Costa quiere: el marco y a ti. Y vas a decirme dónde está el cuadro auténtico, porque no pienso volver con esos capullos sin él. —Sus ojos se entrecierran mientras mira a su alrededor. Está vigilando si nos siguen, lo que significa que cree que Victor vendrá a perseguirnos. Bien. Debería tener mucho miedo de eso.

—Entonces tendrás que matarme, porque no pienso decírtelo —escupo, esperando sonar más segura de lo que me siento.

Marco se ríe como un maníaco, tirando de mi cuello con tanta fuerza que se me cierra la vía respiratoria.

—No tengo ningún problema con eso, Isabella, por mucho que tu padre pudiera objetar.

Se me hela la sangre y mi corazón parece haberse alojado en mi garganta, donde su pistola había estado momentos antes.

—Déjale fuera de esto —balbuceo, pero puedo ver que esto le excita.

Retrocede, presionando el cañón de la pistola contra mi sien.

—Dime dónde está el cuadro. —El coche da un viraje brusco, y Marco mira por encima de su hombro con rabia mientras los neumáticos chirrían y luego se detienen por completo. Se asoma por la ventanilla y dispara varias veces, y yo me incorporo para ver el coche de Victor acercándose. Está aquí, tal como dijo. Las lágrimas se me acumulan al darme cuenta de que podría morir.

—¡No, no lo hagas! —Intento alcanzar su brazo mientras el conductor arranca de nuevo, subiendo a la acera para esquivar el tráfico. Marco aparta el brazo cuando le doy una patada y le golpeo con los puños.

—¡Para, zorra! Eres igual que tu puto padre. —Su mano golpea con fuerza mi brazo y me encojo retrocediendo—. Él debería haber sabido comportarse, y tú también. Solo estaba haciendo mi trabajo, y él se interpuso en mi camino, y ahora voy a matarte igual que le maté a él.

—¿Qué estás diciendo? —Estoy gimoteando, sujetándome el brazo contra el pecho mientras me palpita, y su pistola me apunta. Podría apretar el gatillo y acabar conmigo ahora mismo, pero no lo hará hasta saber dónde está el verdadero Rafael.

—Estoy diciendo que está muerto porque metió las narices donde no debía. Le maté cuando se acercó demasiado a mis secretos, y si no me das ese cuadro, también te mataré a ti.

Mi mente corre a toda velocidad, y miro por la ventana buscando a Victor, pero solo veo un borrón de edificios y me doy cuenta de que estamos cerca de la galería. Me lleva de vuelta para conseguir el cuadro, y me obligará a entregárselo.

—No puedo acceder a él —suelto de golpe, rezando para que no me mate sin más—. Mi tarjeta de acceso está desactivada. El cuadro está en la cámara acorazada y no puedo entrar. Hay otro autentificador revisando mi trabajo. No confían en mí después de lo que pasó. —Las mentiras salen de mi boca con tanta fluidez que hasta yo me las creo. Giani nunca me apartaría del juego. Soy demasiado valiosa, pero sí sospecha algo o no habría contratado a ese segundo autentificador.

—Me cago en todo —gruñe Marco, y veo que su frustración se debe a que Victor no se ha rendido. Marco me agarra la muñeca y la retuerce, arrancándome un grito de dolor—. Se te acaba el tiempo, Isabella. —Su voz es fría y sin emoción, contrastando con la rabia en sus ojos. Aprieto los dientes, con lágrimas corriendo por mis mejillas.

Este hombre acaba de confesar abiertamente que mató a mi padre por acercarse demasiado a sus secretos, y sé que tiene razón. Se me ha acabado el tiempo.

—Que te jodan, Marco. No pienso darte ese cuadro. —Retrocedo y le doy una patada con todas mis fuerzas, y su pistola se dispara. Me encojo, cubriéndome los oídos y haciéndome un ovillo, pero la bala no me alcanza.

En su lugar, el coche empieza a girar sin control. Mi cabeza golpea contra la ventanilla con un crujido ensordecedor y el dolor baja por mi cuello y espalda. Marco se tambalea hacia delante y luego hacia atrás, y le pierdo de vista cuando me vuelco boca abajo y luego me enderezo de nuevo. Mi cuerpo se estampa contra la manilla de la puerta, estoy mareada y puedo saborear la sangre dentro de mi boca. Los cristales arañan cada centímetro de piel expuesta, y parece que el mundo se mueve a cámara lenta.

El conductor se desploma sobre el volante mientras la sangre mana de una herida en su cuello, con la cabeza ladeada en un ángulo extraño. Intento alcanzar la puerta, pero estoy atrapada mientras el airbag desplegado presiona contra mis extremidades. La cabeza me late con cada latido de mi acelerado corazón, y parpadeo para aclarar mi visión.

—¡Isabella! —oigo. Es la voz de Victor, débil y distante. El pitido en mis oídos y mi visión borrosa me dificultan entender o interpretar lo que ocurre a mi alrededor, así que parpadeo con fuerza para enfocar. Estoy boca abajo... no, el coche está volcado. Y Marco no está aquí conmigo. La luna trasera está destrozada, y la mitad de su cuerpo yace en el asfalto fuera.

Esto no es real. Esto no está pasando. Cierro los ojos con fuerza y los abro de nuevo, deseando que la horrible visión desaparezca, pero sigue ahí. Los ojos inyectados en sangre de Marco me miran acusadoramente, y la sangre se acumula alrededor de su cabeza en un charco creciente. Entonces desaparece, arrastrado por unas manos fuertes, pero todo lo que puedo ver son los pies de Victor.

—Costa, te juro... —La voz de Marco es débil, temblorosa. De repente, en lugar del monstruo que me secuestró y exigió que soltara lo que quiere, es un cobarde, sometiéndose a la fuerza de Victor, una fuerza que siento que he infravalorado.

—Victor —digo, pero me sale ahogado en un ronco susurro. No puedo articular palabras. Quiero gritar que este es el hombre que mató a mi padre, que es quien ha estado trabajando contra Victor durante años. Que Marco Gallo conoce a la persona detrás de todo esto. Si Victor lo mata, nunca sabremos quién está detrás de esto y cuándo vendrá el próximo ataque.

—¡¿Dónde está ella, pedazo de mierda?! —Veo cómo el zapato de charol pulido de Victor se estrella contra el pecho de Marco, y la sangre brota aún más rápido de la herida en su cabeza. Cae hacia delante, pero sus dedos encuentran el marco del cuadro entre los trozos de cristal. No veo la pistola de Marco, pero rezo para que no

la tenga. No puedo perder a Victor... no cuando acabo de darme cuenta de que lo que realmente quiero no es un cuadro ni una carrera. La idea de que Marco lo mate me hizo ver lo desesperadamente que le amo. Cuánto le necesito.

—No te importa ella. Te importa esto —Marco se levanta, sosteniendo el cuadro delante de su pecho, y mis ojos se cierran. Me duele tanto la cabeza y la fatiga tira de mi interior. Estoy tan cansada, tan débil.

Oigo más gritos que no puedo distinguir. En mi mente, siento el goteo fresco de agua sobre mi cara, como una ducha caliente en un día frío... no, como una ligera llovizna en una cálida mañana de primavera. Es agradable y reconfortante. Me siento tentada a rendirme al dolor y sucumbir a la oscuridad, pero un sonido fuerte —una puerta cerrándose de golpe o un objeto pesado cayendo— me sobresalta.

Mi cabeza se inclina hacia un lado y aspiro una profunda bocanada de aire. —Victor... —gimo, deseando que estuviera aquí, deseando poder sentir sus brazos rodeándome—. Tengo tanto frío... —le digo.

Pero él no está aquí. Estoy sola. Está oscuro, y mis manos están atrapadas en las espinas de una planta salvaje que me ata al suelo. Algo se sienta sobre mi pecho, asfixiándome, y también huelo algo fuerte. —Te necesito —lloro, y él sigue sin venir. Así que dejo que la oscuridad me lleve y rezo para que traiga una luz. La necesitará para encontrarme donde voy.

VICTOR

Plantado sobre el cuerpo fantasmal de Marco, apunto mi arma a su cabeza. Aún no voy a apretar el gatillo, pero maldita sea, estoy furioso. Esto no debería haber terminado así. Se suponía que debía atrapar al hombre detrás de la cortina, y ahora me conformo con el hombre que tiene mi marco, y no veo a Isabella por ninguna parte.

—¡¿Dónde está ella?! —grito otra vez, lanzándole otra patada al estómago. El marco sigue firmemente sujeto en sus manos, como si lo hubiera pegado a sus palmas para asegurarse de no perderlo.

—Que te jodan, Costa... —Marco escupe sangre. Corre por el lienzo y a través del marco, cayendo al suelo entre sus rodillas. Quizás no se da cuenta de que yo sé que la pintura es una falsificación, pero parece pensar que no le dispararé—. Vete al infierno.

La sangre en el asiento —la forma en que está esparcida por el cuero, manchando el beige como un error irreversible— no puedo dejar de mirarla. Me atraviesa de una manera que no esperaba. Siempre me he enorgullecido de ser distante, frío, capaz de ver a través de las cosas sin pestañear. ¿Pero esto? Esto tira de algo crudo en mí que creía enterrado hace mucho tiempo.

El miedo irradia de él en oleadas, pero actúa como un tipo duro, como si tuviera algo que demostrar. Puedo aplaudir a un hombre que mira a la muerte a los ojos y no retrocede, pero no estoy interesado en heroísmos. Me agacho y miro en la parte trasera del

coche, pero está demasiado oscuro para ver dentro. Ella tiene que estar ahí, y tengo que llegar hasta ella, pero si aparto mi atención de este cabrón, desaparecerá en la noche.

Miro de nuevo hacia el coche. La colisión dejó a Gerard inconsciente, desplomado sobre el airbag. Rocco está solo Dios sabe dónde, todavía en camino, y estoy solo con el hombre que se llevó a la mujer que amo.

—¿La has matado? —le pregunto, apartando de una patada el arma que yace a mis pies, probablemente su pistola arrojada por la ventana trasera cuando el coche volcó.

—Este cuadro ni siquiera es tuyo. ¿Sabes a quién pertenece realmente? —Marco lo aprieta contra su pecho mientras inclina la boca hacia su hombro para limpiarse la sangre. Tiene que saber que voy a matarlo. No me interesa una lección de historia de su parte. Quiero a Isabella, y luego quiero lo que me pertenece legítimamente. Me agacho otra vez, entrecerrando los ojos en la oscuridad mientras mantengo el arma apuntándole.

—Los documentos para autenticarlo están dentro del marco con mis diamantes. —Me acerco más al coche, captando el olor de los gases. La gasolina se filtra desde el depósito, escurriendo por la carrocería hasta formar un charco junto al vehículo. Una buena chispa y todo explotará junto con quien esté dentro.

—Y esos documentos te llevarán a los verdaderos propietarios —los mismos hombres que poseían los diamantes que ahora están en este marco. —Marco escupe de nuevo, rociando el lienzo con más salpicaduras de sangre. Le importa un bledo porque sabe que es una falsificación, tal como yo suponía—. Y cuando consiga el verdadero Rafael...

—No vas a salir de esta —le digo, disparándole. La bala rebota en el pavimento y se incrusta en el ladrillo del edificio cercano. Él salta, usando la pintura como escudo como si fuera a salvarlo. Cree que no le dispararé.

—¿Sabes qué? ¡Que te jodan! —chilla, y el miedo en su voz hace que se quiebre—. Te diré dónde está... —Está temblando, suplicando ahora. Es como si pensara que voy a negociar con él—. Su vida por la pintura.

Quien sea que le esté presionando debe tener algo realmente malo contra él —un padre, un hermano. O quizás un hijo. Un buen policía no se vuelve malo sin razón.

—Está en el coche, ¿verdad? —le pregunto, acercándome más al hedor del combustible—. Y no quieres que lo sepa. —Me agacho de nuevo, con el arma apuntándole, y él empieza a levantarse. Me pica el dedo por acabar con su miseria. Lanzo unos cuantos disparos más en su dirección, fallando a propósito mientras me pongo de pie otra vez.

—¡Te lo diré, ¿vale?! ¡Te diré lo que quieres saber... Solo déjame ir... —Los lloriqueos no le servirán de nada. Tiembla como una hoja mientras doy un paso más cerca.

—¿Decirme qué? —Durante meses he querido conocer toda la verdad, qué hay en ese marco, adónde conduce, qué podrían revelarme los dos marcos juntos. Algo me dice que Marco lo sabe todo y por eso alguien le ha presionado. Saben que pueden obligarle a hacer lo que quieran para salvar su propia vida, y de alguna manera, ellos también utilizarán esa información.

—Todo, lo juro. —Como un idiota balbuceante, sacude la cabeza, sosteniendo la pintura aún más alto—. Los diamantes... Son botines de... —Disparo de nuevo, rozándole la oreja, y se estremece y tensa —. ¡Lo juro!

—Esa parte ya la sé. Pasa a lo siguiente. —Mi pistola sigue apuntándole, y he contado nueve disparos en total esta noche. Significa que me quedan seis.

—El mapa en los marcos te llevará a información sobre crímenes de guerra... algunos cometidos por oficiales de alto rango, otros por tu

familia extendida, cosas que tu abuelo y tu padre pagaron con sus reputaciones. Es evidencia para exonerarlos a todos. El hombre —sacude la cabeza— no sé su nombre. Lo quiere para mantenerte bajo su control. Lo juro. Van a seguir persiguiéndote, Costa. Solo quiero recuperar mi vida.

Mi mente da vueltas ante esta verdad, una prueba de que mi familia no es quien la gente dice que son. La lucha que atravesó mi padre para regresar de los pecados de su pasado, las cosas que los hombres decían sobre él. La forma en que tuvo que construir nuestros negocios actuales para salir a rastras de esas deudas... Todo podría haberse evitado.

—Van a destruirlo, ¿no lo ves? Lo encontrarán y lo destruirán, y mantendrán a toda tu familia bajo su pulgar, pero yo puedo ayudar —Odio la forma en que suplica y tiembla. Está al borde de cagarse encima, con la piel tan pálida que parece que ya ha cruzado al otro lado. No necesito su ayuda para limpiar el nombre de mi familia, y ahora sé por qué mi padre lo desea tan desesperadamente. Por qué dijo que era la manera de encaminar mi futuro en la trayectoria correcta.

Incluso entiendo por qué me lo ocultó, todo ese secretismo. La vergüenza lo controla, lo hace querer terminar lo que comenzó hace años cuando yo era solo un niño y lo dejaron salir de prisión. Ha sido un títere manejado por hilos durante tanto tiempo, y todo lo que quería era lo que yo quiero ahora: hacer las cosas bien. Hacer las cosas por encima de la mesa.

—¿Dónde está ella? —exijo de nuevo, y esta vez no estoy bromeando. Incluso renunciaría al futuro que sé que puedo tener, cambiaría toda mi vida por la suya. No necesito ese futuro, y no lo quiero sin ella. No tiene sentido seguir persiguiendo si no tengo con quién compartir un futuro.

—Victor —escucho, y veo su mano asomarse por la ventana trasera destrozada.

Una sensación de alivio me invade, tan abrumadora que casi olvido la maldad del hombre arrodillado ante mí. Está viva, está aquí y está llamándome.

—No te vas a librar de esto, Costa. Llevan buscándolo más tiempo que tu padre. Te alcanzarán y te aplastarán como el puto insecto que eres y...

Aprieto el gatillo y veo cómo su cuerpo se sacude.

Una vez, dos veces, tres veces los proyectiles golpean su pecho, haciéndolo estremecer. Atraviesan el lienzo, salpicando más sangre en el marco y el suelo a su alrededor. Jadea y deja caer el cuadro, aferrándose al pecho mientras cae, y me acerco más, apuntándole con mi arma al pecho.

—Ellos... no... pararán... —balbucea ahogándose. Sus ojos están muy abiertos mientras me mira. Disparo otra ronda contra él, luego otra más. Es excesivo. Va a desangrarse, pero es satisfactorio saber que el hombre que ha estado aterrorizando a Isabella durante meses no verá el amanecer.

—Victor —escucho de nuevo, esta vez más fuerte, y a lo lejos oigo el aullido de las sirenas.

Una vez más, aprieto el gatillo, y el estruendo resultante satisface el impulso. La corredera se bloquea en su sitio, anunciando que el cargador está vacío, y por fin levanto la cabeza. Los coches alineados en la calle no tienen conductores ni pasajeros. Parece un pueblo fantasma excepto por el movimiento en la parte trasera del coche, donde Isabella está saliendo a rastras por el parabrisas trasero destrozado.

Me dirijo hacia ella cuando me doy cuenta. Tenemos que salir de aquí o terminaré en prisión por asesinato.

Llego hasta ella cuando se libra de los cristales rotos y se pone de rodillas, pero no espero a que se levante. Metiendo el arma en la cintura de mi pantalón, la levanto y la acuno mientras corro de

vuelta al coche donde Gerard finalmente está recuperando la consciencia. Mi teléfono está vibrando en el asiento trasero, iluminado con la cara de Rocco y su identificación de llamada.

Dejo a Isabella en el asiento trasero junto al teléfono y empujo a Gerard a un lado mientras me siento al volante. Él se desploma contra la puerta del copiloto y arranco el coche, rezando para que el motor no se sobrecaliente y explote antes de que podamos alejarnos de aquí. La llamada de Rocco tendrá que esperar. Tengo que llegar a un lugar seguro y asegurarme de que Isabella está bien antes de preocuparme por testigos o limpiadores. Solo ruego que no esté gravemente herida.

ISABELLA

Me duele la cabeza. Mi cuerpo me grita, pero consigo abrir los ojos. Todos mis músculos están rígidos. Siento moratones por toda la espalda y las caderas. Por un segundo, no sé dónde estoy hasta que veo a Victor inclinado sobre mí con una expresión preocupada, profundas arrugas en su frente y la mano cubriéndole la boca.

—Dios mío, está despierta —murmura mientras se deja caer de rodillas. Sus grandes manos rodean una de las mías y besa mis nudillos. Es la primera vez que veo alguna emoción verdadera en su rostro aparte de la ira. Normalmente es tan serio y estoico, pero puedo notar que ha estado preocupado.

—Ahora, dale algo de espacio —escucho, pero no veo la cara vinculada a esa voz. Es masculina, un cálido barítono, pero la figura de Victor domina mi campo de visión.

—¿Victor? —digo, pero sale como un susurro. Mi garganta también está dolorida, probablemente de los gritos. Recuerdo haberle gritado a Marco Gallo, estar en su coche con su arma apuntándome.

—Dios mío, Bella, pensé que ibas a morir. —Sus labios dejan caer más besos sobre mis manos antes de posarse en mi frente y mejilla.

—¿Qué ha pasado? —pregunto con voz ronca, y Victor retrocede bruscamente.

—Lo que ha ocurrido ha sido un grave accidente de coche. —Un hombre fornido con bata blanca se sienta en el borde de la cama, y esta tiembla. Presiona un estetoscopio contra mi pecho y dice—: Respire profundamente, por favor.

La ansiedad se arremolina alrededor y dentro de mí. Mis ojos buscan un ancla, el rostro reconfortante de Victor por encima del hombro del hombre. —El Dr. Pence está aquí para examinarte, Bella. Estás a salvo ahora. —La preocupación comienza a desvanecerse de su expresión cuando aparto la mirada.

—Ha estado entrando y saliendo de la consciencia durante horas, señorita De Luca. Solo estoy comprobando que no tenga una conmoción cerebral.

—¿Horas? —pregunto, con la voz quebradiza.

—Sí, señorita De Luca. Ha sido una noche muy larga para todos nosotros —dice el Dr. Pence, con voz firme pero amable. Me ilumina los ojos con una pequeña linterna y me pide que siga su dedo de un lado a otro—. Ahora voy a hacerle algunas preguntas, ¿de acuerdo? Intente responderlas con la mayor claridad posible.

—Vale —respondo.

Inmediatamente pienso en Marco, en cómo me empujó dentro del coche, en el sabor frío y metálico del miedo en mi boca cuando la pistola fue clavada en mi estómago. —¿Está... está Marco...?

La mano de Victor vuelve a la mía y la aprieta, estrechándola de forma reconfortante como si pudiera leerme la mente en el instante en que el médico se aleja. —Está muerto, Bella. Nunca volverá a hacerte daño.

El alivio me invade, pero está manchado de ambivalencia. No soy una asesina y no le deseo la muerte a nadie. Pero me alegro de estar a salvo, y quizás pueda volver a poner mi vida en orden.

—Señorita De Luca —comienza el Dr. Pence—, ¿dónde vive usted?

Mi boca se abre y se cierra como la de un pez, pero no salen palabras. Me cuesta recordar datos. De hecho, no puedo responder a ninguna de las innumerables preguntas del Dr. Pence. Parece preocupado por ello y vuelve a iluminarme los ojos con la linterna, pero Victor lo desplaza, ocupando el lugar en el borde del colchón.

—Parece que tienes una leve conmoción cerebral, pero no es nada de lo que preocuparse. Te recetaré algunos analgésicos y lo único que necesitas es descanso. Fuera de eso, estás bien. —Sus ojos son cálidos y sinceros, pero me siento demasiado cansada para agradecérselo adecuadamente. Cansada y abrumada. No recuerdo mucho, pero sí recuerdo haber dejado la mesa del restaurante después de decirle a Victor que no puedo estar con él.

—Gracias, Dr. Pence. Me encargaré de esto a partir de ahora. —Victor estrecha la mano del hombre y este asiente.

—Pasaré a verla al amanecer. Necesitará mucho descanso para recuperarse. —El doctor se detiene un segundo y vuelve a asentir antes de marcharse, y me quedo a solas con Victor. Excepto que esta vez no siento esa emoción ansiosa que me carcome. Solo siento seguridad.

—Victor...

—Shh, ya lo has oído. Necesitas descansar. —La mano de Victor me coloca un mechón de pelo detrás de la oreja, y me doy cuenta, cuando sus dedos rozan mi hombro, que no llevo camisa. Esto me hace pensar en las sensaciones de mi cuerpo que no provienen del dolor. Estoy desnuda, bajo sus sábanas en su cama, completamente desnuda.

—Victor, ¿dónde está mi ropa?

—Empapada de sangre en la basura. Haré que mi asistenta te traiga ropa limpia. Por ahora, necesitas descansar. —Su enfoque paternal no me agrada. Entiendo lo que ha dicho el médico, pero hay tantos

hechos que desconozco que no creo poder descansar a menos que sepa qué ha ocurrido.

—¿Un accidente de coche? —pregunto de nuevo, obligando a mi cuerpo a incorporarse hasta quedar sentada. Victor está tan cerca que apenas tengo espacio para moverme. Sus caderas sujetan la manta, pero él me ayuda a mantenerme firme cuando mi cabeza da vueltas y me atrae hacia sus brazos cuando me tambaleo.

—Gallo te secuestró, Bella. Esa pulsera en tu brazo me llevó hasta ti. Hubo una persecución, un accidente y... —Sus palabras se desvanecen, pero me hago una idea. Utilizó un chip de rastreo en la pulsera para asegurarse de que estaba a salvo, y aquí estoy.

Las últimas veinticuatro horas han sido un torbellino de trauma, pero sus brazos son un consuelo. Las lágrimas brotan, y tengo la sensación de que he llorado mucho, a pesar de no poder recordar gran cosa. Sin embargo, lo que recuerdo me atormenta. Cosas que nunca entendí pero que ahora sé que son la razón por la que el destino de Victor y el mío están inextricablemente unidos. Mi padre y el suyo solo querían lo correcto: que la verdad saliera a la luz.

—Papà —gimoteo, y la mano de Victor traza círculos reconfortantes en mi espalda. Las lágrimas ruedan por mis mejillas y me aferro a él. Mi padre fue asesinado intentando descubrir la verdad, y yo podría haber sido la siguiente víctima de Marco Gallo. Podría haber sido mi fin.

—Lo sé, Bella, está bien.

—Victor, él mató a mi padre —me aparto y le miro a los ojos mientras sollozo—. Mi padre quería encontrar el cuadro y seguir su rastro hasta la verdad de lo que realmente ocurrió. Quería que salieran a la luz los hechos sobre el verdadero dueño del cuadro, los diamantes, todo. Y quien envió a Gallo para hacernos esto a ti y a mí, sigue ahí fuera —De repente, fragmentos de nuestra conversación en la parte trasera de aquella limusina cobran sentido. Tengo suerte de estar viva.

—No impedirán que salga a la luz la verdad, Bella. Sé dónde está el "tesoro" —me da un beso en la sien y me atrae de nuevo contra su pecho—. He descifrado el mensaje en los marcos, y lo único que queda es recuperarlo antes de que alguien más lo encuentre...

No puedo creer lo que estoy oyendo. Podría finalmente acabar, la búsqueda de la verdad, el tormento de ser chantajeada y perseguida, y todo por lo que mi padre trabajó y me advirtió. Estoy conmocionada y reconfortada al mismo tiempo. Sus brazos son tan fuertes mientras me sostiene, y siento que por primera vez en mi vida, alguien me ve por quien soy y no como un medio para conseguir un fin.

—Victor, yo... —Todavía quiero protestar contra esta conexión. El miedo a ser arrastrada de nuevo a ese lío es tan fuerte que me revuelve el estómago de ansiedad. Pero sus labios reclaman los míos en un beso abrasador contra el que no puedo luchar. Uno contra el que ya no quiero luchar. Estoy cansada de pelear. Parece que el destino me ha empujado hacia él, y lo único que puedo hacer es dejar que el hilo rojo nos una permanentemente.

—Te amo, Isabella De Luca, e iré hasta el fin del mundo para luchar por ti —me sostiene a distancia de sus brazos y me mira a los ojos —. Sabes que he querido enderezar mi camino. Te lo he dicho tantas veces, y no estoy seguro de que realmente me creas. Pero los documentos ocultos, los que el mapa nos lleva a encontrar, finalmente me liberarán de la reputación que pusieron sobre mis hombros hombres que no tenían más que malas intenciones para mí. No caminaré hacia ese futuro sin ti. Dime que caminarás conmigo. Dímelo o mi corazón morirá aquí y ahora.

No puedo responder. Las lágrimas fluyen calientes y rápidas por mis mejillas, goteando hasta mi pecho. La expresión suplicante de Victor es tan conmovedora. ¿Cómo puedo rechazarle? Asiento, mordiéndome el labio, y susurro: —Yo también te amo, Victor.

Él lo toma como permiso para besarme de nuevo, y se lo permito. La colisión de nuestros labios se siente más como una fusión de

nuestras almas. Nuestros espíritus se alinean cuando él se inclina, atrayéndome contra su cuerpo. El dolor en mis músculos se alivia cuando me tumba, besándome más profundamente.

La pasión entre nosotros es algo que no se puede contener. Las manos de Victor recorren mi cuerpo desnudo una vez que aparta las sábanas, dejando un rastro de fuego a su paso. Sus labios exploran mi mandíbula, descendiendo para succionar mi cuello. Siseo y me arqueo hacia él, y él responde presionando su dureza contra mí y gimiendo. Estoy cansada, pero nunca demasiado cansada para este hombre, para sus deseos, para que mi cuerpo sea saciado por su afecto.

—Sí —susurro contra su boca, como si buscara permiso para esto.

Victor alcanza entre nosotros y desabrocha su cinturón, luego su cremallera. Por un momento, me tortura al incorporarse, quitándose la camisa y los pantalones. Cuando se baja los calzoncillos, su miembro se yergue orgullosamente para mí, y lo recibo ansiosamente de vuelta en la cama mientras se acomoda entre mis rodillas.

—Pensé que te había perdido —gime, sin apartar sus ojos de los míos.

—Estoy aquí mismo —le aseguro mientras lo tomo en mi mano, acariciando su longitud.

Su gemido de placer es música para mis oídos y se inclina para capturar mi boca de nuevo. —Te amo, Bella —dice contra mis labios antes de guiarse unos centímetros dentro. Gimo mientras mis caderas se abren más, plenamente consciente de lo magullado que está mi cuerpo por el accidente. —Iré despacio —promete, una adoración susurrada que hace que mi corazón aletee. Centímetro a doloroso centímetro, Victor se desliza dentro de mí como si me estuviera reclamando, y nunca quiero que pare.

Ahora soy suya. En cuerpo y alma, le perteneceré para siempre. Ha trabajado lo suficientemente duro por mí, ha sufrido incluso más de lo que podría haber imaginado, ¿y para qué? Por la verdad y por amor. Un amor que, hasta ahora, nunca pensé que sería compartido. Gimo contra su cuello mientras me posee, levantando mis brazos por encima de mi cabeza para sujetarlos con una de sus manos. Sus labios cubren los míos de nuevo, y le muerdo con fuerza cuando aprieta uno de mis pechos.

Mis caderas se inclinan para que entre más profundo, más consumida por él. No hay nada más que nosotros, la sensación de él dentro de mí, haciéndome sentir completa de nuevo, como si los acontecimientos anteriores fueran una pesadilla, producto de la vida de otra persona. Los labios de Victor trazan un camino ardiente por mi cuello hasta mis pechos mientras aumenta el ritmo, sus caderas embistiéndome ahora. Está en sintonía con mi cuerpo, tocando cada punto sensible como si estuviera memorizando exactamente cómo darme placer para saberlo en momentos futuros.

—Victor, estoy... —gimo, pero él solo gruñe y empuja más profundo, haciendo que mi orgasmo se intensifique aún más.

—Dios, Bella. Se siente tan bien —gime mientras mira donde nuestros cuerpos se conectan, pero sus embestidas se ralentizan y me besa de nuevo antes de salir.

—Oh, joder —me quejo, deseando que me hubiera hecho terminar, pero él ronronea contra mi pezón y retrocede por la cama.

—Todavía no, amor —susurra, depositando beso tras beso en mi estómago hasta que mis caderas se arquean sobre la cama y mis manos presionan su cabeza hacia mi centro.

Su lengua hace magia oscura mientras me provoca y lame, llevándome cada vez más alto hasta que me siento al borde de lo que parece un millón de orgasmos. Clavo mis uñas en la ropa de cama, mordiéndome el labio para contener los gritos que quieren

escapar, pero es inútil. Gimo y me revuelvo, y él me succiona con más fuerza.

Cuando sus dedos entran en mí, casi grito. Su talentosa boca y sus dedos me llevan al borde del clímax solo para ralentizarse y provocarme allí. Es experto en saber cuándo retroceder y cuándo empujarme al límite. Mi cuerpo está en llamas, de la cabeza a los pies, y no creo que pueda soportar mucho más.

—Victor —suplico mientras succiona mi clítoris, enviando torrente tras torrente arremolinándose a través de mí.

—Joder, sabes tan bien —gime contra mi débil nudo de nervios antes de chupar con fuerza, enviándome al olvido. Llego al clímax con un grito, arqueando mi espalda fuera de la cama. Las ondas pulsan a través de mí, haciéndome olvidar cada gramo de dolor, y todo lo que puedo hacer es estremecerme y sobresaltarme mientras mis dedos se enredan en su pelo. Lame y me calma antes de salir a respirar. Estoy jadeando, mi pecho subiendo y bajando con cada respiración entrecortada que tomo. Nunca me he sentido tan viva o tan conectada a otro ser humano.

—Te... quiero... —jadeo, intentando recuperar el aliento.

Él se arrastra sobre mí, y yo envuelvo mis piernas alrededor de sus caderas mientras se desliza dentro de mí lentamente.

—Yo también te quiero —gruñe antes de aumentar el ritmo—. Y pasaré el resto de mi vida demostrándote cuánto si me lo permites.

Mis ojos se ponen en blanco cuando golpea el mismo punto que me hizo perder el control hace unos momentos. —Dios, Víctor, sí —gimo, perdiéndome en las sensaciones que me está proporcionando.

—Bella, eres tan perfecta —gruñe antes de que sus labios atrapen los míos en un beso abrumador. Me aferro a él, mis uñas clavándose en su espalda mientras encontramos de nuevo nuestro ritmo compartido.

—Yo... —jadeo, pero él me interrumpe con un beso profundo que me roba el aliento. Sus embestidas son más fuertes ahora, penetrándome como si intentara alcanzar mi alma. La sensación me abruma tanto que no puedo contener un grito cuando mi orgasmo me atraviesa de nuevo, y me contraigo a su alrededor mientras encuentro mi liberación. Víctor gime y me abraza con más fuerza mientras alcanza su propio clímax, y siento que un calor se extiende dentro de mí.

Cuando mi cuerpo se calma y los espasmos disminuyen, Víctor rueda hacia un lado y me abraza. Nos cubre con la manta y presiona suaves besos en mis labios. Es tan delicado ahora que apenas puedo creer que sea el mismo hombre que vino hacia mí con un arma cargada exigiendo que trabajara para él. Si tan solo hubiera visto este lado suyo desde el principio.

Suspiro satisfecha, aunque hago una mueca al darme la vuelta para que pueda abrazarme por detrás. Mis ojos se fijan en el caballete al otro lado de la habitación donde está el cuadro falsificado, cubierto de sangre, con agujeros en el lienzo. Me tenso al darme cuenta de que todavía hay asuntos pendientes entre nosotros. Por mucho que quiera relajarme y pensar que esto es un final de cuento de hadas para una circunstancia horrible, no puedo simplemente fingir que no tengo su auténtico Rafael guardado en mi taquilla del trabajo.

—Es toda una visión, ¿verdad? —dice, besando la parte posterior de mi hombro.

—Está destruido... —finjo ignorancia, preguntándome cuánto sabe. Mi mente está en guerra consigo misma. Debería estar devolviendo el original al museo como sugirió Matthias. Pero ¿y si Víctor no está mintiendo? ¿Y si el cuadro realmente pertenece a su familia y hay documentos que lo prueban?

—Difícilmente —dice, saliendo de la cama. Deja las sábanas intactas sobre mi cuerpo y se pone los calzoncillos. Luego saca una navaja del cajón de su mesita de noche y se dirige hacia el lienzo, que corta separándolo del marco. Hago una mueca ante el acto y me cubro la

boca, y él lo nota—. Es una falsificación... ¿verdad? —Sus cejas se elevan un poco, y trago saliva antes de asentir.

—Lo siento —murmuro, pero él está demasiado ocupado usando la punta de su navaja para separar el marco.

Duele como el infierno, pero me levanto del colchón y me envuelvo con la sábana mientras camino hacia él. Está tan concentrado, con la determinación grabada en sus facciones, que apenas nota que estoy a su lado mientras las secciones de madera se desmoronan revelando diamantes encapsulados en resina en un hueco dentro del marco. Millones de euros en valor.

—Dios mío —respiro, apenas creyendo lo que estoy viendo. Conocía la leyenda y he oído a muchas personas decir que es cierta, pero verlos con mis propios ojos es impactante.

—Lo mejor es que, la forma en que están alineados nos indica directamente la ubicación de los documentos que necesito encontrar. —Víctor saca la carcasa de resina del marco y la sostiene a la luz. Un diamante rosa claramente visible, muy raro y que sirve como punto distintivo en esta disposición, capta la luz—. Y voy a cambiar la historia...

—¿Cómo? —Me inclino y me maravillo ante la gran cantidad de gemas brillantes.

—Exoneración... Los crímenes atribuidos a mi linaje son falsas acusaciones, y esto lo demostrará. Y la riqueza de estas piedras asegurará a ambos un futuro del que podamos estar orgullosos. —Me rodea con sus brazos y besa mi frente con fuerza, y yo sonrío. Es físicamente doloroso, pero la alegría supera el dolor.

Creo que Víctor realmente quiere esto, y creo que también lo conseguirá.

VICTOR

Mi liberación inunda a Isabella mientras mis labios reclaman los suyos. El sol matutino brilla sobre la almohada donde su pelo se extiende alrededor de su rostro y descansa su cabeza, con los ojos mirándome. Mis caderas embisten contra ella, y siento cada pequeña pulsación de su interior alrededor de mí mientras su orgasmo se desencadena. Es preciosa. Embriagadora.

—Mmm, vaya —gime, dejando caer sus brazos ávidamente a mi alrededor mientras me giro hacia un lado y salgo de ella. Se gira conmigo y se estira sobre mi pecho cuando mis brazos la rodean—. ¿Voy a despertarme así cada mañana a partir de ahora?

Su sonrisa me roba el aliento, pero se lo entregaría gustosamente cada día durante el resto de mi vida. Extiendo la mano y aparto el pelo de su mejilla, luego la acuno contra mi cuerpo.

—Creo que podría arreglarse... Pero no podemos demorarnos esta mañana. —Por mucho que quiera quedarme en esta cama con ella todo el día haciendo el amor, tenemos algunos asuntos que resolver. Mi padre está esperando abajo. Le oí llegar hace solo unos instantes, y esperará explicaciones sobre el cuadro y todo lo que ha sucedido. Seguro que a estas alturas ya se ha enterado del encubrimiento que Rocco ha puesto en marcha en torno al accidente de coche y el tiroteo.

—Vaya, es una pena que no podamos. Me habría encantado repetirlo una y otra vez. —Los dedos de Isabella caminan por mi bíceps y me sonríe, apoyando su barbilla en mi pecho para encontrarse con mi mirada.

—A mí también. —Tenerla en mis brazos es el verdadero premio de todo esto, no los diamantes ni los documentos a los que me conducirán. Cuando me fijé en ella en la galería, no era más que una herramienta para prestar un servicio, tal como mi padre aún la ve. Pero todo cambió, y no creo que quiera hacer esto sin ella—. Bella, antes de bajar...

—¿Él quiere el cuadro? —pregunta, y yo suspiro.

—No le importa el cuadro, pero yo sí quiero recuperarlo. Podemos hablar de eso más tarde. Ahora mismo, necesito que estés de acuerdo conmigo en que esos diamantes, cuando hayan cumplido su propósito para mi padre y tengamos en nuestras manos la prueba que necesitamos... —Busco en sus ojos, y es como si leyera mi mente. La conexión que tenemos va más allá del conocimiento, hacia una frecuencia en la que ambos vivimos.

—Nos ayudarán a construir algo real y duradero, algo que inspirará y educará a las generaciones futuras... —Cada sílaba que forman sus labios solo cimenta más firmemente en mi mente que fuimos hechos el uno para el otro.

—Y destruiremos cualquier cosa que pueda causar daño a alguien. —La abrazo con más fuerza y siento cómo se libera el peso de mi pecho. Años de búsqueda de respuestas y una salida han llegado a esto, y ahora forjaremos un nuevo camino hacia adelante. No será fácil, ni instantáneo, pero sucederá. Y perdurará.

—Deberíamos bajar —le digo—, o él subirá, y preferiría no compartir tu sexy cuerpo de esa manera. —La empujo suavemente, y ella se incorpora hasta quedar sentada.

Su cuerpo está cubierto de moretones por el accidente, pero su alma parece estar sanando. Me levanto de la cama, cojo unos calzoncillos y me visto. Ella se dirige a la ducha mientras envío un mensaje a mi criada para que traiga la ropa que consiguió para Isabella mientras dormíamos. Salgo del dormitorio cuando estoy presentable y me encuentro con la criada que sube para entregarle a Isabella su ropa nueva.

En el salón, mi padre está sentado en un sillón de cuero fumando un puro con el ceño fruncido mientras espera, y yo traigo lo que ha estado esperando. Sus cejas se levantan y rápidamente deja el puro en el cenicero cercano y se levanta.

—Los tienes. —Se acerca a mí rápidamente, extendiendo la mano hacia los diamantes recubiertos de resina mientras camina. Puedo ver el alivio en sus ojos, la misma sensación que experimenté solo momentos atrás mientras hablaba con Isabella.

—Y sabemos dónde están los documentos. Solo tenemos que planear cuándo recuperarlos. —Me da gran placer entregarle estas cosas y saber que está viendo la realización de algo por lo que ha trabajado tan duro toda su vida. Un hombre más sensible lloraría de alegría, pero mi padre simplemente me da una palmada en el hombro y asiente.

—Bien hecho, hijo. —Juraría que veo sus ojos humedecerse, pero un ruido al otro lado de la habitación llama mi atención y me giro con él para ver a Isabella, vestida con un vestido cruzado de color rojo oscuro, con el pelo trenzado sobre un hombro. Está descalza y sus ojos brillan con afecto.

—¿No interrumpo? —Entra de puntillas en la habitación hacia mí, y extiendo mi brazo para darle la bienvenida.

—En absoluto, justo le estaba diciendo a mi padre que hemos asegurado el cuadro y sus secretos, y todo gracias a tu trabajo. —Abrazándola fuertemente contra mi costado, le doy un beso en la frente mientras ella sonríe y extiende una mano sobre mi pecho. Mi

padre nos observa por un momento antes de centrar toda su atención en los diamantes.

—Supongo que el marco ha sido destruido... —Suena cortante, incluso frío—. ¿Cuándo tendré el cuadro? —Sus ojos se alzan de nuevo para clavarse en Isabella, pero yo no me aparto. Puede que aún no entienda esta conexión, pero lo hará y la aceptará por lo que es.

—Será enmarcado de nuevo y estará en tus manos esta misma tarde, papá. —Mi respuesta no le conmueve. Mira a Isabella expectante, pero ella tampoco duda en responder.

—Sí, por supuesto. Haré que Paolo lo prepare y me aseguraré de que se entregue aquí antes del cierre. Muchas gracias por permitirme examinar una obra de arte tan exquisita. —Isabella sonríe suavemente, y su toque femenino parece suavizar un poco los bordes ásperos de mi padre. Él gruñe y asiente, mirando ahora los diamantes en sus manos.

—Sí, bueno, no estoy seguro de que tuviera elección en el asunto —refunfuña mientras coloca los diamantes en la antigua mesa de café victoriana y regresa a su sillón y su puro—. Cuando a Víctor se le mete algo en la cabeza, es como un galgo persiguiendo una liebre. —Mi padre señala el sofá con un gesto, y ambos nos sentamos mientras esperamos que la criada traiga el brunch para que lo disfrutemos. Mi brazo permanece firmemente alrededor de los hombros de Isabella todo el tiempo, lo que no parece agradar mucho a mi padre, pero siempre ha sido un hombre imperturbable.

Isabella se aferra a mí con vacilación. Puedo sentir su nerviosismo alrededor de mi padre, cuya reputación le precede más sonoramente que la mía a mí. Puede ser exagerado y un poco intimidante, sin duda. Me acomodo en el cojín junto a ella y le doy unas palmaditas reconfortantes en el brazo mientras él la mira fijamente durante un momento, dando una larga calada a su puro como si desaprobara nuestra cercanía. Pero no está aquí para juzgar el estado de mi relación. Sé que ha venido por dos razones: los diamantes y una

actualización sobre una tarea que le pedí que se encargara por mí, ya que yo estaba demasiado ocupado persiguiendo leyendas para manejarlo yo mismo.

—Entonces, ¿el cuadro? —digo, y veo el reconocimiento en sus ojos mientras asiente varias veces.

—Sí, el paisaje campestre... ¿Cómo lo llamaste? —Sus cejas se elevan de nuevo, y da otra larga calada a su puro, esta vez reteniendo el humo en sus mejillas y dejándolo salir en anillos que se arremolinan mientras suben hacia el techo.

—No lo hice... —Miro a Isabella, que no tiene ni idea de todo esto—. El artista suele darle nombre. —Una pequeña sonrisa comienza a dibujarse en mi rostro mientras me vuelvo para escuchar lo que tiene que decir.

—Bueno, se vendió por tres millones, así que necesito saber a quién debo hacerle el cheque. Mi comisión es, por supuesto, del veinte por ciento, pero a ese precio es calderilla, realmente. —Mi padre gesticula con su puro, y el humo se retuerce y serpentea como una culebra en el aire.

—Bueno, ¿Bella? ¿Cómo lo llamas? —Ella me mira con los ojos entrecerrados, sentándose un poco más erguida en el asiento.

—¿Llamar a qué? —pregunta, mirando alternativamente a mi padre y a mí.

—El cuadro... del paisaje campestre. Tu recuerdo de la casa de tu abuelo. ¿Cómo lo llamas? —Estoy eufórico de emoción por su reacción. No tiene ni idea de que he cogido su cuadro e intentado venderlo, pero solo demuestra que su obra es lo bastante excelente para ponerla en el mapa. Para una mujer como Isabella, un solo cuadro la ha dejado establecida de por vida. Puede hacer lo que quiera, pero cuando la gente descubra que un cuadro se vendió por tanto, vendrán corriendo por cualquier otra cosa que cree.

—¿El mío? —Al principio, la preocupación marca su frente con líneas profundas. Luego se relaja y mira fijamente a mi padre.

—Bueno, sí. Mi comprador de París dice que está a la altura de los grandes. ¿Realmente pintaste ese cuadro? —Y como por arte de magia, algo cambia entre ellos. Veo la admiración y el respeto en sus ojos mientras la observa por encima de su puro, que vuelve a llevarse a la boca.

—Víctor... —suspira ella, volviéndose hacia mí.

—Así que hice que lo vendiera. Tienes permiso para enfadarte conmigo. —Le sonrío y beso juguetonamente sus labios—. Sabía que valía algo, y ahora tienes prueba de que a otras personas les encantará tu trabajo tanto como a mí.

Su mano se eleva para cubrirse la boca mientras las lágrimas brotan en sus ojos. —No puedo creerlo —murmura, sacudiendo la cabeza.

—Pues créetelo —dice Papà, riendo—. Y ya que estamos con el tema, voy a necesitar una de tus tarjetas. Creo que me gustaría que dirigieras todo nuestro departamento de autentificación. —Sus ojos se estrechan al mirarme—. Eso es, si te unes a nosotros. Tengo un plan fantástico.

Su sonrisa lo dice todo: las reflexiones de décadas de su vida están materializándose ante nuestros ojos y justo en línea con mis pensamientos de reinventar toda esta familia. Se siente tan bien saber que mi padre y yo estamos en la misma página sin siquiera hablar en detalle.

Isabella parpadea y las lágrimas caen por sus mejillas. —Eh, mi bolso —murmura, y yo señalo las escaleras con la cabeza.

—En la mesita de noche. Pero date prisa. Traerán el brunch pronto, y tenemos muchos detalles que discutir. —La beso ligeramente antes de que se levante y salga corriendo, luego me inclino hacia delante, apoyando los codos en las rodillas—. ¿Realmente harás esto?

¿Traerla al redil? Sabes que querrá asociarse con nosotros, Papà. No se quedará callada...

—Ni debería hacerlo —dice, girándose para dar golpecitos a su puro en el cenicero y girarlo para mantener intacto el punto de combustión—. Sabes, tu madre también amaba el arte. Nunca he conocido a una artista moderna tan hábil o apasionada por su arte como ella. Isabella me la recuerda, ¿sabes?

Lo único que puedo hacer es sentarme y maravillarme ante el cambio en mi padre. Es un hombre estoico, no muy preocupado por el amor o el romance en absoluto. Pero oírle hablar de mi madre despierta sentimientos de nostalgia.

—No lo sabía. No hablas mucho de ella. —Oigo que la puerta de arriba se cierra, y estoy ansioso por tener a Isabella de nuevo a mi lado.

—Oh, sí. Amaba el arte y todo lo culto. Es la razón por la que soy quien soy hoy, Víctor. —Me señala con dos dedos, con el puro apretado entre ellos—. Puede que estés continuando su legado, como si la señorita De Luca fuera la personificación de todo lo que tu madre habría querido para ti.

Me recuesto y me deleito en las cálidas emociones que se hinchan dentro de mi pecho. Siento como si las estrellas se hubieran alineado y, finalmente, la vida comienza a tener sentido. No puedo esperar a ver lo que trae el futuro.

ISABELLA

Introduzco la última de mis pertenencias en una caja y suspiro mientras observo el puesto de trabajo, triste porque voy a echar mucho de menos este lugar. Paolo y yo hemos compartido tan buenos momentos aquí. Hemos creado recuerdos y nos hemos unido como hermanos. Su influencia en mi vida me ha cambiado y moldeado de formas que no esperaba, y también voy a echarlo de menos a él.

—¿Estás seguro de que no quieres reconsiderarlo? —le pregunto, insistiendo de nuevo para que se una a mí en Il Nuovo Studio, el proyecto conjunto de Victor y Emilio en el que me han permitido asociarme con ellos.

Paolo está de pie al otro lado de la mesa con un pincel en la mano, inclinado sobre un lienzo que está restaurando. La solución de limpieza gotea en la palma de su mano y él niega con la cabeza, bastante contento con su situación actual.

—No, Bella, estoy muy a gusto aquí. Creo que es increíble lo que estás haciendo y estoy muy orgulloso de ti. Pero este es mi hogar. El señor Giani me ha ascendido, gracias a todo lo que me has enseñado. Creo que voy a estar bastante contento aquí por un tiempo, todavía aprendiendo. Pero quiero ir a visitarte. ¡Y quiero ver más de ese arte increíble! —Paolo resplandece de orgullo mientras

rodeo la mesa y le echo los brazos alrededor, dándole un enorme pero casto beso en la mejilla.

—Más te vale venir a visitarme —bromeo, dándole un golpecito en las costillas—. ¿Quién más va a evitar que me meta en líos? —Le aprieto el bíceps y le guiño un ojo, luego me alejo y me detengo junto al estante donde se guardan todos los pinceles y herramientas. Mi mano recorre los espacios vacíos que pronto serán ocupados por las cosas de otra persona, quien sea que el señor Giani elija para reemplazarme.

—Voy a echar de menos este lugar, Paolo. Pero estoy muy emocionada por mi futuro con Victor y Emilio. —Mi voz se tiñe de emoción sentimental, y suspiro pacíficamente mientras pienso en lo que me espera y el brillante futuro que tengo por delante.

—Deberías estarlo —escucho, pero no es la voz de Paolo. Al girarme, veo al señor Giani de pie en la puerta con el sombrero en las manos —. Vi la obra que vendiste por más de dos millones, y madre mía, Bella, estoy impresionado. Tienes un futuro brillante. —Entra en el taller y por primera vez, lo veo como un amante del arte, no como mi jefe—. Tienes un don, y estaría encantado de exhibir tu trabajo aquí cuando quieras.

El gesto es amable considerando las últimas semanas y el lío que toda esta galería, incluido el señor Giani, ha soportado. La investigación sobre Marco Gallo ha terminado, aunque todavía estoy esperando saber de Interpol cómo han resultado las cosas. Puede que aún presenten cargos contra mí por mi participación en el engaño a un agente, aunque fuera corrupto. Victor me asegura que él y su padre lucharán por mí si llega a ese punto, pero estoy nerviosa.

—Gracias, señor Giani. —Me dirijo hacia mi caja de pertenencias y él se ríe.

—Siempre que te atengas a los términos de nuestro acuerdo. —El humor en su tono no está para nada disimulado. Cuando vine a

recoger el Rafael guardado en mi taquilla para mantenerlo a salvo, el señor Giani estaba tan complacido de que el original no hubiera sido robado, que casi liberó a Victor de su acuerdo... casi. Los hombres habían acordado dejarlo en exhibición durante un tiempo determinado, y ese tiempo no había terminado simplemente porque el agente Gallo me atacara. Así que lo enmarcamos y lo colocamos de nuevo en exhibición junto al cuadro de la Hermana del Luto, donde pertenecía.

Hoy, puedo llevárselo de vuelta a Emilio, quien lo colgará encima de los documentos enmarcados que trajeron la redención para su familia, y el arte que fue pintado en pecado será observado para siempre en la historia como el camino hacia la libertad y la esperanza. No podría estar más emocionada de formar parte de este momento histórico para ambos.

—Por supuesto —digo, bromeando con él. Compartimos un abrazo cordial y recojo mi caja y paso por la puerta, diciendo—: Adiós, Paolo. Adiós, señor Giani.

La tristeza pesa en mis pasos, pero el empuje del viento en mis velas alimenta mi esperanza para el futuro. Entrego mi credencial a seguridad, dejo mis saludos a los hombres que me han vigilado durante años y me dirijo hacia la puerta. El coche de Victor está allí, con Gerard esperándome cerca de la puerta trasera del pasajero. Victor no pudo venir, pero no me importa salir sola de la galería esta vez. Ya no hay amenaza para mi vida y nunca me he sentido más segura.

—Gracias, Gerard —le digo mientras toma mi caja y camina hacia el maletero para guardarla. Él también se ha recuperado, aunque noto un rastro del moratón que se desvanece sobre su ojo, donde se golpeó la cabeza. Mi cuerpo todavía duele en algunos lugares, pero estoy casi recuperada. Y mientras Gerard regresa a mi lado para abrirme la puerta para que entre, oigo una voz que llama mi nombre.

—¡Isabella! —Es un hombre con un profundo retumbar de barítono, y reconozco el tono al instante. Al girarme y volver a la acera, veo a Matthias corriendo hacia mí, agitando algo en el aire—. ¡Bella! Espera...

Nunca he visto una imagen más feliz. Cuando volví al hospital para visitarle, lo habían trasladado a otro centro para recibir atención, pero debido a las leyes de privacidad y al no ser yo un familiar, no quisieron decirme dónde estaba. Dejó de contestar al teléfono, aunque he estado ocupada haciendo preparativos para la nueva galería con Victor, así que nunca me detuve a averiguar por qué. Sabía que nos pondríamos al día eventualmente, especialmente cuando supe que estaban investigando a Marco Gallo y su muerte por disparos.

—Victor me dijo que estarías aquí —grita, reduciendo el paso. Se ve bien, aunque tiene el brazo enyesado y hay una venda sobre su ceja derecha.

—Matthias, me preguntaba por ti. ¿Cómo has estado? —Lo abrazo suavemente, con cuidado de no golpear su brazo, y él me sonríe como un loco.

—Estoy muy bien. Llevo tres días fuera del hospital, completamente en el caso. Tuvimos que revisar todas las pertenencias del antiguo agente Gallo, pero quería ser yo quien te lo dijera. Has sido exonerada de toda culpa. —Está sin aliento, sonriéndome. Que te golpeen hasta dejarte al borde de la muerte puede tener ese efecto en ti.

—Es un gran alivio oír eso. —Dejo que mis hombros liberen la tensión y doy un paso atrás, cruzando los brazos sobre mi vientre. Gerard nos hace un gesto con la cabeza y retrocede, como si nos ofreciera privacidad. Camina alrededor del coche y sube, y espero a que Matthias continúe.

—Hay más, Bella. Mis supervisores creen que te desenvolviste tan bien que quieren ofrecerte un trabajo. —Levanta la mano cuando

empiezo a protestar. Me han "ofrecido" tanto durante las últimas semanas que no puedo hacerlo todo. Voy a estar ocupada trabajando con Víctor y Emilio en la construcción de la nueva galería, exhibiendo artistas locales, organizando eventos, haciendo mis propias pinturas. No tendré tiempo, además de mis horarios de enseñanza y autenticación, para hacer nada más.

—Oh, Matthias, lo agradezco muchísimo pero...

—Ahora escucha... —Apoya su mano en mi hombro mientras continúa—. La forma en que la familia Costa ha transformado su legado y ha dado un giro a su vida, bueno, la oficina está tan impresionada que quiere formar un equipo, un grupo de personas para ayudar a descubrir redes de contrabando de arte. Creemos que serías perfecta para la iniciativa, y queremos que Víctor y Emilio también participen. Tiene sentido, Bella. Al menos piénsalo.

La expresión de Matthias es tan sincera que no sé cómo rechazarlo. La idea de que mi vida estuviera consumida por la oscuridad durante tanto tiempo, la sombra de mi pasado colgando sobre mi cabeza asfixiándome, ¿y ahora se me da la oportunidad no solo de corregir ese error, sino de marcar la diferencia?

—Sí, de acuerdo —digo sin siquiera tener que pensarlo—. Lo haré.

Matthias da una palmada en el cuaderno que tiene en su otra mano y se ríe con ganas una vez. Luego aspira una bocanada de aire profunda y purificadora y dice: —Me alegra tanto que te unas. —Sus ojos caen sobre el cuaderno, y lo mira por un segundo, luego golpea la cubierta con un dedo—. Esto era de tu padre.

—¿Lo era? —pregunto mientras lo tomo de su mano cuando me lo ofrece.

—Sí, y lo saqué de las pruebas. Estoy seguro de que él querría que lo tuvieras. Son todas sus notas sobre el Rafael y las leyendas, mapas de cosas que incluso los Costa puede que aún no conozcan. La agencia no lo necesita. Hemos cerrado el caso de todo el asunto

ahora, gracias a que Marco metió la pata. Pero ten cuidado, Bella. Los hombres que enviaron a Marco tras el cuadro no han dejado de buscar una forma de controlar a Víctor y a su padre. —La advertencia de Matthias se hace sentir.

—Por supuesto —digo, estudiando la cubierta. Tiene la letra de mi padre garabateada en palabras italianas que me hacen sonreír—. Gracias por esto —le digo, emocionándome.

—Lo que sea... Ahora vuelve a lo que estabas haciendo. Me pondré en contacto contigo. ¿Hablamos de los detalles durante el almuerzo? —Matthias se está alejando, sonriéndome mientras se va, y yo asiento, parpadeando lentamente.

—Se lo diré a Víctor. —Nunca en mis sueños más locos pensé que el hombre de mi pasado que me salvó se reuniría conmigo para almorzar con el criminal de mi presente y futuro que casi me costó todo, o que estaría feliz por ello. Después de todo lo que pasó con Nicola y la forma en que lo encontraron muerto en la calle, pensé que yo sería la siguiente.

Nadie dijo nunca cómo murió Nicola, pero sé que Víctor es quien mató a Marco Gallo. Es un secreto que me desagrada guardar, pero por el bien del futuro, conozco mi lugar. Víctor me salvó la vida, aunque un tribunal italiano no lo vería así, y le debo hacer lo correcto forjando un nuevo camino para el nombre Costa, uno que no esté manchado de oscuridad y sangre.

Mi padre llama a este tipo de secretos "la tarifa del diablo". Yo los llamo el menor de dos males. Y ahora llamo a mi futuro seguro, un nuevo comienzo tanto para Víctor como para mí, e incluso para Emilio, mientras todos vivamos. Y que esa vida esté llena de esperanza y paz y todas las cosas buenas.

EPÍLOGO: VÍCTOR

La galería bulle de vida. Es la noche de inauguración. El aire está impregnado con el aroma de vino caro y el murmullo de las conversaciones, que se deslizan entre palabras de elogio y entusiasmo mientras los invitados recorren el espacio. Me encuentro en el centro de todo, apoyado contra la barra pulida, con una copa en la mano, observando cómo la multitud fluye a mi alrededor.

La obra de Isabella domina la sala. Ella permanece entre sus piezas con una gracia natural, su presencia más imponente que los lienzos que la rodean. Cada pintura es una historia —su historia, cruda y sin filtros, pero meticulosamente precisa. No hay nada igual. Y los invitados lo saben. Se desplazan de una obra a otra, hablando en tonos bajos, maravillándose ante su maestría. Capto fragmentos de su admiración.

—Los colores... tan vívidos.

—Parece que tiene vida.

La galería ha consolidado rápidamente su lugar en la escena artística de Roma, exhibiendo tanto las obras atemporales de los maestros como las de las estrellas emergentes. Y esta noche, es la de ella la que brilla con más intensidad.

Sorbo mi vino mientras la observo desde el otro lado de la sala. Está absorta en una conversación con un grupo de invitados, su risa

suave y ligera, sus manos moviéndose mientras habla. Hay una seguridad en ella ahora, una que no estaba presente antes. No puedo evitar sentir una oleada de orgullo al contemplar a la mujer que una vez permaneció a la sombra de otros, ahora convertida en el centro de atención. Domina la sala y, en cierto modo, también me domina a mí.

Pero no es solo su trabajo lo que me enorgullece. La galería en sí, Il Nuovo Studio, es la culminación de todo lo que hemos construido juntos. El nombre de mi familia, antes vinculado a sombras y murmullos, ahora se alza orgulloso junto a los artistas que han definido la historia. He conseguido transformar los negocios familiares en algo legítimo, un futuro de estabilidad con el arte como núcleo. E Isabella... su talento se ha convertido en el corazón de todo esto.

Echo un vistazo a mi colección dispersa entre la suya, más antigua pero en absoluto mejor que la de ella. Son un contraste silencioso con sus piezas vibrantes y cautivadoras, pero hablan de mi trayectoria, de mis orígenes. Siempre he apreciado los clásicos, pero es el arte de Isabella lo que ha cerrado el círculo, lo que lo ha hecho real.

Doy otro sorbo a mi vino, observándola desde la distancia mientras se mueve con una gracia sin esfuerzo, entrelazándose entre conversaciones, su voz que sube y baja en suaves risas. Es el latido de esta noche, y la sala vibra a su alrededor. Ya no se esconde en las sombras de artistas mayores, esas figuras cuyos nombres solían dominar cada conversación, cuyas obras llenaban las paredes de prestigiosas galerías. Esta noche, Isabella se sitúa con confianza entre ellos, su talento reconocido, su lugar en el mundo del arte innegable.

Aunque no es solo su presencia lo que domina la sala, sino la silenciosa brillantez detrás de cada una de sus piezas. La forma en que fusiona la influencia clásica con su voz única, sus pinceladas llenas de confianza pero aún crudas, todavía sin miedo a exponer las

partes desordenadas de su alma. El tipo de arte que hace que la gente se detenga y mire fijamente, no por su belleza sino porque desafía algo dentro de ellos.

Miro hacia la cuidadosamente seleccionada exhibición de mis propias obras. Son, quizás, más discretas que las suyas, pero cada pieza es un reflejo silencioso de quién soy. Más ásperas, más descarnadas, casi un boceto crudo del viaje que he emprendido —un viaje que me condujo a este lugar. A esta noche. A ella.

Vuelvo a mirarla, cautivado. Los diamantes del marco han cumplido su propósito. Algunos se utilizaron para establecer este espacio —Il Nuovo Studio—, otros para asegurar los legítimos reclamos de la familia Costa sobre negocios en toda Europa, empresas que alguna vez estuvieron plagadas de asuntos turbios. ¿Los peligrosos secretos que solían cernirse como una nube oscura sobre el legado de mi familia? Han sido intencionadamente borrados. Desaparecidos. Enterrados, perdidos en el pasado.

Elegí a Isabella. Elegí un futuro mejor para ambos por encima de las partes más oscuras de mi pasado. Y esta noche, mientras la veo cautivar a la multitud, mientras veo lo lejos que ha llegado desde aquella mujer callada e insegura que conocí no hace mucho, sé que tomé la decisión correcta.

Ya no es la mujer que se esconde entre bastidores, la que no podía dejar su huella por miedo a ser eclipsada por otros. Ahora, se sitúa junto a los maestros —quizás no en su lugar, pero sí a su lado. Ha labrado su propio camino.

No puedo evitar observarla. Está rodeada por un grupo de entusiastas del arte, incluido Paolo, aunque ya he captado el brillo en sus ojos. Quiere atraerla de nuevo a su órbita. Quiere trabajar con ella otra vez. Lo veo en la forma en que observa cada uno de sus movimientos, en cómo sus palabras se detienen demasiado tiempo en los bordes de su fama. Pero Isabella no lo nota. Está demasiado ocupada dominando la sala con naturalidad, interactuando sin esfuerzo con las personas que la rodean.

Es mía, y ya no es solo mi secreto o mi tesoro para proteger. Pertenece a este mundo, y está dejando su huella en él. Mi lugar aquí, en esta galería, en este mundo, es gracias a ella.

El ruido de la sala se desvanece en un suave murmullo mientras me acerco a ella, dejándonos solo a nosotros dos, de pie, muy juntos, rodeados por su obra, la tenue iluminación proyectando sombras en su rostro, haciéndola parecer aún más etérea. Isabella está mirando una pieza al otro lado de la sala, perdida en sus pensamientos, su expresión suave. Me acerco más, conteniendo la respiración mientras la observo. La forma en que la luz atrapa su cabello, la curva de su cuello, cómo se mueve... todo parece sacado de un sueño.

Ella se gira ligeramente, y alcanzo su mano, atrayéndola hacia mí tal como la noche en que nos conocimos cuando la aparté secretamente para cortejarla. Sus dedos se entrelazan con los míos instintivamente, pero no pregunta por qué la he alejado de la multitud. Simplemente me sigue, confiando en mí, como siempre lo ha hecho. Nos adentramos más en la galería, más lejos de las risas, más lejos de las luces. Y por un momento, somos solo nosotros —nuestro mundo.

La detengo frente a una de sus pinturas, las pinceladas aún frescas en mi mente. La he visto evolucionar durante los últimos doce meses a través de cada pieza, pero esta es diferente. Se siente más íntima, más suya que cualquier otra anterior. De repente me invade el impulso de contarle todo lo que siento, todo lo que he guardado dentro.

—Isabella —digo, con voz baja, solo para ella. Sus ojos se levantan para encontrarse con los míos, oscuros de curiosidad. Puedo sentir el silencioso cambio entre nosotros, la intimidad del momento asentándose—. Lo has cambiado todo para mí —susurro—. Me has dado una vida que nunca supe que podría tener.

Sonríe suavemente, pero puedo ver las preguntas en sus ojos sobre las palabras no pronunciadas entre nosotros. —Victor, ¿qué estás...?

No le doy tiempo a terminar. Me acerco y toco su mejilla, mi pulgar acariciando la suave curva de su piel, y le pregunto en voz baja, como si las palabras pudieran hacer añicos el mundo que nos rodea si las digo en voz alta. —Cásate conmigo. —Mi corazón se tensa, temeroso de perder lo que tengo con ella ante la posibilidad de tener más, pero las palabras ya están ahí en el aire, posándose sobre su mente.

Por un momento, no habla, solo permanece ahí, con los ojos muy abiertos escrutando los míos, mientras el mundo sigue girando a nuestro alrededor. Entonces asiente, tan suavemente, tan silenciosamente, pero se siente como todo.

—Sí.

Exhalo, y la tensión se rompe en un instante, pero no tengo tiempo de saborear el momento antes de apartarme ligeramente. La galería sigue viva a nuestras espaldas, pero ahora soy yo quien tiene motivos para celebrar. Aclaro mi garganta y me giro para enfrentar a la multitud, sintiendo que mi pulso se acelera con el peso de lo que estoy a punto de hacer.

—Señoras y señores —digo, y mi voz resuena por toda la sala, y de repente, el ruido se desvanece nuevamente, todos los ojos puestos en mí—. Me enorgullece anunciar que esta noche, la señorita Isabella De Luca ha aceptado casarse conmigo.

Los vítores que siguen son ensordecedores, pero todo lo que puedo oír es su suave risa, el sonido que hace que cada momento valga la pena.

Su mano se desliza en la mía mientras se desvanecen los últimos vítores, y me aleja de la multitud, guiándome hacia la parte posterior de la galería donde descansa su última obra, oculta del mundo solo por un poco más de tiempo. Hay algo en sus ojos, una tranquila emoción que refleja la mía.

Alcanza un pequeño lienzo colocado a un lado, sus bordes cuidadosamente iluminados por la suave luz que cae desde arriba. Con una pequeña sonrisa, lo gira hacia mí, y mi respiración se detiene. Es una pintura de una casa. Simple a primera vista, pero cuanto más miro, más veo: los suaves colores apagados de un hogar junto a la costa. Las ventanas están enmarcadas con una luz gentil, el cielo arriba pintado en tonos de oro suave y rosa, como si el sol estuviera comenzando a ponerse. Pero lo que me detiene es la ventana: un cuarto de bebé, apenas visible a través de las suaves cortinas. El contorno de una cuna, el más tenue indicio de algo que pertenece al futuro.

Mi corazón se salta un latido, mi mano apretando la suya mientras el peso de lo que acaba de mostrarme se hunde en mí.

—Esto es... —No puedo terminar la frase. Mis pensamientos se atropellan entre sí. Mi mirada se eleva a su rostro, buscando algo, la verdad detrás de la pintura. Sus ojos se encuentran con los míos, llenos de ese mismo entendimiento silencioso.

—Es nuestro —dice ella, su voz suave, apenas un susurro—. Pensé... Esto es hacia lo que hemos estado construyendo. El futuro con el que hemos soñado, con el que yo he soñado. Juntos.

Me acerco más, mi mano temblando mientras contemplo la pintura de nuevo. El hogar. La luz. La insinuación de un cuarto infantil. Esto ya no se trata solo del pasado que hemos reconciliado, del presente que hemos construido. Se trata de algo más grande, algo más profundo. Una vida que se extiende ante nosotros, llena de promesas, de nuevos comienzos.

Toco suavemente su mejilla, sintiendo el calor de su piel bajo mis dedos. —¿Nuestro futuro, Bella? —Mi voz es queda, reverente.

Ella sonríe, y no es la misma sonrisa de antes. Es más suave, más cálida, del tipo que habla de algo eterno. —Nuestro futuro —susurra mientras presiona mi mano contra su vientre.

Y en ese momento, me doy cuenta de que esto es solo el principio. Tenemos toda una vida por delante, una que construiremos juntos, pieza por pieza, momento a momento, una pincelada a la vez.